

Construcciones y usos del pasado

Patrimonio Arqueológico
Territorio y Museo



Museu de Prehistòria de València

CONSTRUCCIONES Y USOS DEL PASADO
PATRIMONIO ARQUEOLÓGICO, TERRITORIO Y MUSEO

CONSTRUCCIONES Y USOS DEL PASADO
PATRIMONIO ARQUEOLÓGICO, TERRITORIO Y MUSEO
JORNADAS DE DEBATE DEL MUSEU DE PREHISTÒRIA DE VALÈNCIA

Carlos Ferrer García y Jaime Vives-Ferrándiz Sánchez
(editores)

Con textos de:

Josep Ballart Hernández, Víctor M. Fernández Martínez, Carlos Ferrer
García, Luis Grau Lobo, Amalia Pérez-Juez Gil, Gonzalo Ruiz Zapatero,
Pilar Sada Castillo, Joan Santacana Mestre y Jaime Vives-Ferrándiz Sánchez

Museu de Prehistòria de València

2012

Diputación de Valencia

Presidente

Alfonso Rus Terol

Diputada de Cultura

María Jesús Puchalt Farinós

Museu de Prehistòria de València

Directora

Helena Bonet Rosado

Diseño y maquetación

Carlos Ferrer García, Manuel Gozalbes Fernández de Palencia
y Jaime Vives-Ferrándiz Sánchez

Diseño de Portada

Ángel Sánchez Molina

Impresión

Mare Nostrum S.L.

ISBN edición: 978-84-779-639-6

Depósito Legal: V-1855-2012

© de los textos: los autores

© de las fotografías e imágenes: los autores

© de la edición: Museu de Prehistòria de València – Diputación de Valencia

AUTORES

Josep Ballart Hernández, Consejería de Educación. Embajada de España en París

Víctor M. Fernández Martínez, Departamento de Prehistoria. Universidad Complutense de Madrid

Carlos Ferrer García, Museu de Prehistòria de València

Luis Grau Lobo, Museo de León

Amalia Pérez-Juez Gil, Department of Archaeology. Boston University

Gonzalo Ruiz Zapatero, Departamento de Prehistoria. Universidad Complutense de Madrid

Pilar Sada Castillo, Museu Nacional Arqueològic de Tarragona

Joan Santacana Mestre, Departament de Didàctica de les Ciències Socials. Universitat de Barcelona

Jaime Vives-Ferrándiz Sánchez, Museu de Prehistòria de València

ÍNDICE

	Patrimonio arqueológico, territorio y museo. Introducción CARLOS FERRER GARCÍA y JAIME VIVES-FERRÁNDIZ SÁNCHEZ	1
1	Arqueología y patrimonio en un mundo postoccidental: Estudio de dos casos de Etiopía VÍCTOR M. FERNÁNDEZ MARTÍNEZ	7
2	Presencia social de la arqueología y percepción pública del pasado GONZALO RUIZ ZAPATERO	31
3	Territorio de cambios: algunas conjeturas sobre museos y otras ilusiones LUIS GRAU LOBO	75
4	De objeto a objeto de museo: la construcción de significados JOSEP BALLART HERNÁNDEZ	99
5	El museo fuera del museo: la gestión del patrimonio arqueológico <i>in situ</i> AMALIA PÉREZ-JUEZ GIL	115
6	Arqueología, museología y comunicación JOAN SANTACANA MESTRE	137
7	Patrimonio arqueológico, aprendizaje de la historia y educación PILAR SADA CASTILLO	153
	A modo de epílogo. La gestión del patrimonio arqueológico desde un paradigma crítico JAIME VIVES-FERRÁNDIZ SÁNCHEZ y CARLOS FERRER GARCÍA	177

PATRIMONIO ARQUEOLÓGICO, TERRITORIO Y MUSEO INTRODUCCIÓN

Los trabajos que aquí se presentan son fruto de la celebración de las Primeras Jornadas de Debate organizadas en el Museu de Prehistòria de València los días 20 y 21 de octubre de 2010, en el marco del Plan de Formación Local de la Diputación de Valencia. Su objetivo fue reflexionar sobre la íntima relación entre pasado y sociedad desde la óptica del museo arqueológico y el territorio. Es sobradamente conocido que el pasado se construye desde el presente y, por ello, es indisoluble del contexto social desde el que se efectúa esta narración: intereses, poder e identidades son algunos de los vértices ineludibles del poliedro que creamos. En nuestro caso nos interesa plantear qué sucede cuando el pasado emerge en el presente con unos documentos particulares objeto de atención de la arqueología: la cultura material en sentido amplio, y específicamente los objetos y los sitios históricos.

De hecho, en la organización de esta iniciativa ha tenido mucho que ver la emergencia de renovaciones teóricas en arqueología basadas en posturas críticas que subrayan la creciente responsabilidad de la investigación ante la sociedad. Este paradigma privilegia una actitud reflexiva a través de la adopción de visiones contextualistas de la historia. Lejos de mantener una actitud contemplativa –erudita– ante los restos del pasado se persigue un papel activo en la sociedad, planteando preguntas y solventando problemas. Al mismo tiempo, y como un juego de espejos, la arqueología está despertando un interés creciente entre el gran público, que va más allá de la atención que merece la actividad académica investigadora básica. A modo de mosaico, los tres pilares principales en los que se asienta el actual interés por el pasado son:

- la conciencia creciente de conservación de restos materiales del pasado, que incluyen objetos, monumentos y paisajes.
- la búsqueda de identidades y valores –compartidas o no– y tradiciones culturales en el pasado.
- el ocio y el turismo cultural, que mueve dinero y gente en relación con la visita a los restos patrimoniales.

Como consecuencia de ello el concepto de público o, mejor, públicos, está adquiriendo importancia para los profesionales en la difusión de la arqueología desde la perspectiva de la nueva museología. La atención a los intereses de los visitantes es un elemento ineludible en este estado de la cuestión, pues grupos sociales con inquietudes diversas se verán atraídos por cosas distintas del pasado y requieren estrategias diversas de divulgación así como la incorporación de varios lenguajes. Un público particular que, desde nuestro punto de vista, requiere especial atención en este sistema es la comunidad local. La responsabilidad de conservación del territorio y ante la sociedad conlleva nuestro compromiso con estos grupos a la hora de construir y presentar el pasado.

Todo ello –objetos, ciencia, ética, territorio, turismo, públicos– gira en torno a la idea clave de patrimonio arqueológico: todo aquello que, teniendo una evidente dimensión material, ofrece y mantiene una relación con el pasado (remoto o reciente). Desde hace unas décadas, a los tradicionales objetos muebles conservados en almacenes y vitrinas de museos, se incorporan además los inmuebles, en el territorio, e incluso los paisajes. La cultural material adquiere, así, un papel central, aunque con significados que no están dados, sino que se construyen constantemente a través de su consumo, disfrute, utilización, uso, abuso, o manipulación.

La gestión cotidiana del patrimonio obliga a posicionarse con decisiones responsables y consensuadas: desde las políticas de conservación –qué se conserva y qué no– hasta los criterios museísticos –qué se expone y qué no; desde el compromiso en el territorio y con las comunidades locales hasta los valores que se promueven. Con estos posicionamientos de partida pretendíamos abordar en qué medida los cambios acaecidos en los últimos años en la ciencia arqueológica, en la museología, en la comunicación y en el modo de considerar al público afectan a la gestión cotidiana del patrimonio arqueológico. En concreto, lanzábamos una serie de interrogantes:

- ¿Cómo puede el museo responder a las nuevas visiones y misiones para asumir la responsabilidad frente al patrimonio y la sociedad?
- ¿Cómo debe el museo integrar el nuevo paradigma en su función social de difusión y educación?
- ¿Cómo incorporar los diversos intereses sociales a la presentación de los restos del pasado?
- ¿Qué ética debe guiar las cuestiones que se asocian al Patrimonio Arqueológico?
- ¿Cuál es la vía para que el museo asuma los nuevos retos de conservación y difusión en el territorio?
- ¿En qué medida puede cooperar el museo con otros agentes en la conservación del territorio y el desarrollo local?

La Diputación de Valencia a través de su Museu de Prehistòria participa de manera activa en esta dimensión pública de la arqueología a través de la gestión de sus colecciones y yacimientos visitables, y de la presentación al público del pasado en forma diversa (exposiciones, talleres didácticos, rutas, itinerarios y jornadas de visita a yacimientos). Entendemos que las relaciones sociedad-patrimonio deben jugar un papel relevante en esta labor, y por ello hemos pretendido establecer un marco de discusión transversal a los diversos ámbitos en los que la arqueología está adquiriendo una dimensión pública creciente en un foro de reflexión sosegada y plural.

Los conceptos que se recogen en el título de esta introducción se trataron durante los dos días de las jornadas desde diversas ópticas y experiencias, englobando desde la investigación arqueológica de base hasta la educación en museos. Los participantes presentaron síntesis y, sobre todo, reflexiones personales sobre los conceptos a debate, derivados de su experiencia y trayectoria profesional en los ámbitos de la universidad y los museos, la gestión del patrimonio o la investigación.

La primera contribución, de Víctor Fernández Martínez, introduce muchas de estas cuestiones desde su experiencia personal en África. Aborda la práctica profesional arqueológica asumiendo las renovaciones epistemológicas de las perspectivas poscoloniales. A partir de dos trabajos en Etiopía, uno sobre arte rupestre y las percepciones de las comunidades locales y otro sobre un museo local, el autor nos habla de la dificultad de hacer arqueología comprometida con los valores locales al tiempo que entran en contradicción con categorías científicas, en este caso occidentales.

A Gonzalo Ruiz Zapatero le encargamos un trabajo que expusiera las complejas relaciones del patrimonio y la arqueología con la sociedad. Su capítulo trata directamente de los públicos y de la idea que tiene la gente de la arqueología y del pasado así como de los medios con los que el pasado llega a la gente. Su contribución revisa la tradicional centralidad del arqueólogo o el museólogo en la presentación del patrimonio y aboga por una adecuación de las estrategias de divulgación del patrimonio en relación a las audiencias.

El museo es, sin duda, una potente máquina que articula gran parte del trabajo con el patrimonio. Luis Grau revisa en su capítulo las relaciones entre museo y territorio a través del museo *in situ*, y entre museo y sociedad. Si bien en su trabajo plantea que el museo es un director de escena en este escenario, al tiempo es crítico con una aproximación superficial del museo en el territorio que no de cuenta de la compleja maraña de relaciones históricas de las que es resultado.

No es ninguna novedad señalar que la cultura material es central en nuestro trabajo. De ella tratan las dos siguientes aportaciones. Josep Ballart reflexiona sobre la biografía de las cosas a través de textos que para él son, precisamente, imágenes que ilustran las cualidades de los objetos de museo. Su reflexión repasa las diferentes capas de significados que otorgamos a los objetos y las complejas relaciones que las personas y las cosas tienen en la construcción del patrimonio. Amalia Pérez-Juez trata también de la cultura material, en este caso la que se conserva *in situ* y que convenimos en denominar yacimientos. Aborda aspectos transversales como los modelos de gestión, comunicación y participación de las comunidades locales. Subraya la necesidad de consensuar intereses y de integrar sociedad, naturaleza y cultura.

La comunicación y la educación son objeto de reflexión en los dos últimos trabajos bajo la premisa de que no debería existir la investigación sin difusión. Joan Santacana comienza analizando el patrimonio arqueológico en el marco más amplio de los productos culturales, al tiempo que subraya el enorme potencial de la arqueología para transmitir emociones y conocimiento a través de las cosas del pasado y del método del presente. La educación es el tema clave en torno al cual Pilar Sada elabora su discurso. Como profesional de los museos, y a través de casos prácticos de su propia experiencia en Tarragona, destaca el importante papel que los museos tienen en el acceso al patrimonio y, sobre todo, en la educación de la sociedad y en la formación

del pensamiento crítico. Finalmente, subraya la necesidad de crear políticas culturales coherentes con procesos y planificación sustentados en una investigación sólida.

A las exposiciones de cada participante siguió una animada Mesa Redonda con el título *El Museo entre la sociedad y el patrimonio* y que giró, sobre todo, en torno a la ética que debe –o no– guiar los pasos de los profesionales del patrimonio arqueológico. Como organizadores de las jornadas, queremos resaltar que éstas han supuesto, sobre todo, una reflexión útil sobre la que encaminar nuestro trabajo futuro. De hecho, gran parte de lo que debatimos aquellos días ha inspirado las conclusiones que cierran el volumen. Para acabar estas líneas introductorias queremos agradecer a los conferenciantes su trabajo y esfuerzo para presentar sus exposiciones y los textos con el enfoque concreto que buscábamos y, sobre todo, dentro de un plazo razonable en el tiempo requerido.

Carlos Ferrer García
Jaime Vives-Ferrándiz Sánchez
Museu de Prehistòria de València
Valencia, 31 de enero de 2012

ARQUEOLOGÍA Y PATRIMONIO EN UN MUNDO POSTOCCIDENTAL: ESTUDIO DE DOS CASOS DE ETIOPIA

Víctor M. Fernández Martínez

INTRODUCCIÓN: LA TEORÍA POSCOLONIAL

La teoría poscolonial pone en cuestión la extendida idea de la superioridad intelectual y moral de la “civilización occidental” y critica el mundo presente en cuanto es el resultado de un largo proceso de expansión de Europa durante los últimos siglos, de un encuentro desigual de nuestro continente con los “pueblos sin historia” (Wolf, 1987) en el que estos últimos llevaron con mucho la peor parte.

Como es bien sabido, el colonialismo y sus abusos fueron muy criticados en el pasado, prácticamente desde el comienzo de su existencia: recordemos los textos de Bartolomé de las Casas en los orígenes de la conquista española de América o la denuncia contra la terrible explotación del Congo por el rey de los belgas a finales del siglo XIX por el irlandés Roger Casement, cuya vida el novelista Mario Vargas Llosa recrea en su último libro por el momento, *El sueño del celta*.

Lo que diferencia a la nueva “teoría” de las acusaciones históricas contra el colonialismo es que, a diferencia de éstas, no se realiza desde nuestro punto de vista sino que intenta hacerlo desde la perspectiva del colonizado. Cuando De las Casas o Casement imploraban justicia para el indio y el africano lo hacían apelando a un concepto universal de “piedad” y de “justicia”, que pretendían válido para todos los pueblos del planeta y por eso fácilmente comprensible. Por el contrario, el nuevo enfoque persigue desmontar el aparato intelectual que hizo posible el colonialismo, una de cuyas características es precisamente la pretensión de hacer pasar por universales conceptos creados originalmente para los pueblos industrializados de Occidente.

Ese cambio se inscribe en la línea de pensamiento que va de Nietzsche a la Escuela de Frankfurt, pasando por Heidegger y culminando en la eclosión del postestructuralismo francés en la década de 1960. Fueron precisamente Michel Foucault y Jacques Derrida los primeros que advirtieron que el legado cartesiano e ilustrado de Occidente era una desviación “esencialista” impuesta al resto de las culturas del globo mediante la violencia (Ghandi, 1988: 26). Foucault desarrolló en su análisis del discurso la teoría anterior de Gramsci sobre la hegemonía como forma de dominación basada en la aquiescencia de los dominados, que ignoran “ideológicamente” sus condiciones reales de existencia (Barrett, 1991: 140-143). Más adelante, el sociólogo indio Ashis Nandy propuso que la famosa identificación foucaultiana entre saber y poder no es atemporal sino que tuvo un origen histórico en la segunda fase de la experiencia colonial cuando, tras la conquista violenta, se “colonizaron” las mentes desde la posición superior de la razón civilizada y se convirtió a los “otros” colonizados en sujetos de conocimiento (Nandy, 1988).

En ese mismo terreno intelectual, sabemos que la ciencia moderna surgió acompañando a la empresa colonial, y que la curiosidad de exploradores y naturalistas por conocer las nuevas regiones descubiertas escondía la necesidad de controlar esos territorios con fines mucho más pragmáticos e inconfesables. Un ejemplo cercano lo tenemos en nuestras colonias del norte de África, cuando políticos y militares se quejaban de que la pobreza científica española había perjudicado seriamente tanto los avances de nuestras tropas como las ganancias económicas de las empresas de nuestro país en esa región (Pedraz, 2000). La crítica que de las mistificaciones ideológicas de Occidente respecto a los países y culturas medio-orientales hizo Edward Said en su influyente obra *Orientalismo* (Said, 1991) ha puesto de relieve el hecho de que al representar al “oriental” (o al africano, indio, primitivo, etc.) los observadores occidentales no solo cambiaban en un sentido peyorativo y simplificador la realidad observada, sino que de esa manera se instituían a sí mismos como superiores: la propia conciencia de elevación moral y racional de la que gozamos en los países “avanzados” se ha creado precisamente en oposición a una realidad “atrasada” sin la cual la primera no hubiera sido posible (figura 1).

En un paso más de profundización en el problema, la nueva teoría acabó descubriendo que el origen foráneo de los propios discursos científicos complicaba seriamente la elaboración de discursos propios. El famoso artículo de Gayatri Spivak, “¿Pueden hablar los subalternos?” (Spivak, 1988) justificaba

una respuesta negativa a la pregunta: para representarse a sí mismos los dominados no tienen más remedio que emplear las categorías de los dominadores, viciando en origen su propia libertad de auto-imaginación. Al final de este trabajo, y después de ver en qué manera el problema afecta a nuestra práctica intelectual sobre culturas diferentes, volveremos a plantear este fundamental problema.

HACIA UNA HISTORIA POSCOLONIAL

Desde hace siglos se reflexiona en Europa sobre el sentido de la historia, y la comparación con otras culturas y concepciones no es nueva. Pero es a partir del estructuralismo y postestructuralismo, con su corolario reciente de la teoría poscolonial, cuando se han puesto realmente en cuestión las perspectivas tradicionales y se ha abierto la puerta a la posibilidad de paradigmas diferentes.

El primer filósofo moderno que trató en profundidad sobre la historia, y uno de los más influyentes hasta hoy mismo, Georg W. F. Hegel (sobre todo en su obra *Fenomenología del espíritu*, Hegel, 2005 [1807]), consideraba que la Historia (con mayúscula) tiene un único sentido muy claro, que es el del

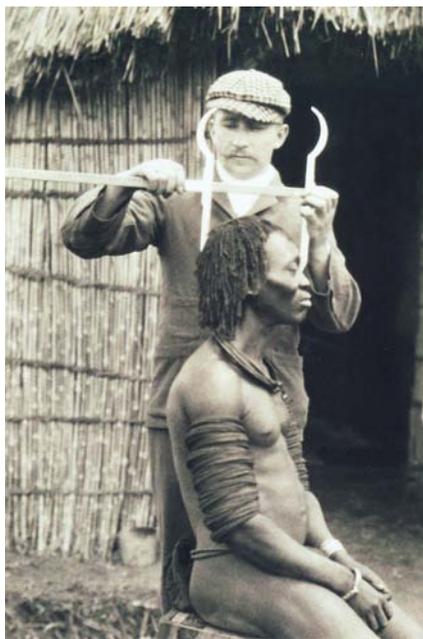


FIGURA 1. Midiendo el cráneo de un africano en Uganda, hacia 1900 (tomado de Mongibeaux, J.-F., *Exploraciones, 1860-1930*, Éditions Place des Victoires, París, p. 61).

desarrollo de la razón, la libertad y la conciencia individuales, siendo éste el único camino para alcanzar una conducta moral “natural”. Hitos positivos en esa larga vía fueron la Grecia clásica o el Protestantismo, y ejemplos de frenos a ese *progreso* fueron las civilizaciones orientales (asiáticas e islámicas), donde “el único hombre libre es el monarca”. Para Hegel, los pueblos tradicionales, y entre ellos todo el África subsahariana, estaban “fuera de la historia”, pues en ellos no hubo cambios verdaderos ni ningún tipo de progreso.

La dicotomía anterior, de enorme éxito (todavía a mediados del siglo xx el historiador británico Hugh Trevor-Roper repetía que en África no había existido la historia), se intentó matizar en beneficio de las culturas premodernas por Claude Lévi-Strauss (1968): respecto de la historia hay dos modelos teóricos, a los que cada sociedad concreta se acerca más o menos, las sociedades “frías” y las “calientes”. Las calientes son por supuesto las occidentales, que “interiorizan resueltamente el devenir histórico para hacer de él el motor de su desarrollo”. Las frías son las tradicionales, que lógicamente también experimentan cambios y entienden el paso del tiempo, pero se resisten a toda transformación en sus estructuras, no “permiten a la historia irrumpir en su seno”, manteniendo su relación económica de equilibrio con el medio ambiente, su demografía bajo control, y una estructura social igualitaria que se rige por el consenso.

El historiador jesuita francés Michel de Certeau, muy influido por el psicoanálisis, analizó en su obra *La escritura de la historia* (1985) cómo la historia occidental no sólo fue un instrumento al servicio del colonialismo, sino que al escribir su propia historia, “des-escribía” las tradiciones, las historias, etc. de los pueblos indígenas colonizados. Nuestra historiografía se encargó de decir precisamente lo que “el otro” callaba. Certeau empieza su libro analizando un grabado que representa a Americo Vesputio “despertando” a una india americana dormida, una metáfora del descubrimiento y nominación del nuevo continente: Occidente como instrumento dominador y dador de sentido (y de “nombres”), frente al cuerpo innominado de una mujer desnuda, que representa lo exótico y la otredad. Para Certeau, el cuerpo del otro es “la página en blanco donde se inscribe el deseo y la voluntad de poder occidental”, y nuestra historiografía es la “colonización del cuerpo por el discurso del poder”.

Roland Barthes, el padre de la semiótica moderna, escribió el artículo “El discurso de la historia” en 1967 (Barthes, 1987). El autor comienza recordando que la estructura de nuestro discurso histórico es lineal y acumulativa (como

la mayoría de los discursos científicos), pero no hay que olvidar que originalmente proviene del discurso narrativo creado para describir una ficción o un mito. Paradójicamente, es esa misma estructura la que da a lo descrito la categoría de “real”, la prueba de que realmente ocurrió. Esto provoca que nuestra idea del pasado sea también lineal, cuando la realidad es mucho más compleja. Debería ser posible escribir una historia que reprodujera “la estructura de las posibilidades vividas por los individuos protagonistas de los procesos descritos”. Habría que “descronologizar” el hilo de la historia y restaurar una forma de tiempo complejo (con dobles sentidos y dialogo con otros discursos) y “en absoluto lineal”. Aunque parezca solo un sentimiento nostálgico, habría que volver a un tiempo “cuyas profundidades espaciales recuerden el tiempo mítico de las antiguas cosmogonías, cuando estaba ligado esencialmente a las palabras del poeta y del adivino”.

En el cercano campo de la antropología, Johannes Fabian, en su obra *Time and the Other* (2002) ha criticado el “alocronismo” de la mayoría de las investigaciones antropológicas, que suponen que los primitivos viven en un tiempo distinto del nuestro (lo que supone un uso “opresivo” del tiempo). La linealidad del tiempo occidental es una generalización al resto del mundo y una secularización del tiempo bíblico, de la sucesión de hechos del pueblo elegido (y luego de los pueblos mediterráneos), una historia continua de salvación que se opone al tiempo cíclico “pagano”, que resiste todavía en formas como el conocido “mito del eterno retorno”. El evolucionismo transformó el tiempo y lo temporal en algo “espacial”, pues las diferentes partes del mundo y sus culturas se correspondían con otras tantas divisiones del tiempo (los primeros exploradores del XVIII y el XIX eran “viajeros en el tiempo”). Conquistar y colonizar la tierra era hacerse dueño de su tiempo. La propuesta alternativa de Fabian consiste en recuperar el concepto de totalidad y aplicar una metodología dialéctica al análisis antropológico: tanto el investigador como el investigado *hablan*, están unidos por el lenguaje, y por eso son esencialmente contemporáneos e iguales.

Otros observadores han advertido la dislocación que ha sufrido recientemente nuestra relación con el tiempo. Como señala David Lowenthal (1998), en los últimos decenios hemos “roto” casi definitivamente con el pasado. No sólo es que ya los clásicos hayan dejado de ser un modelo de comportamiento, es que los ignoramos por completo y el estudio de la historia se ha convertido en un pasatiempo para unos pocos curiosos. Para el historiador François

Hartog (2003), el cambio del “régimen de historicidad” *clásico* al *moderno* se produjo después de la Revolución Francesa. En el primero el pasado iluminaba desde atrás el futuro, explicaba lo que ocurría, enseñaba a las generaciones siguientes y las futuras, etc. Ahora es el futuro mismo el que nos enseña y nos guía hacia adelante, con un modelo basado en el “presentismo”: solo existe el tiempo actual.

Como consecuencia práctica de las anteriores críticas teóricas, desde los países “en desarrollo” se han intentado construir “historias alternativas” que contesten la vieja historia oficial de occidente (Young, 1990). Aunque algunas han procedido de África (por ejemplo, Schmidt y Patterson, 1995; Schmidt, 2010), la mayor parte, no solo en número sino también en interés teórico, ha procedido del campo más activo de desarrollo de la teoría poscolonial, la antigua colonia inglesa de India, con la conocida escuela de “Estudios Subalternos” (Guha, 2002). Uno de sus miembros, Dipesh Chakrabarty (1992), aunque admite que Europa sigue siendo el tema principal de cualquier historia, con independencia de la región o nación que trate, y que la historia se impone tanto por el imperialismo occidental como por los nacionalismos del Tercer Mundo, con el fin principal de universalizar a la nación-estado como única forma de comunidad política en todo el mundo (Ibíd.: 221, 240), defiende la posibilidad futura de una historia distinta que “provincialice” Europa, admitiendo todas las diferentes narrativas en condiciones de igualdad (Klein, 1995: 297-8).

EL ARTE RUPESTRE ESQUEMÁTICO DE MENGE (BENISHANGUL)

En Enero de 2001, durante la prospección arqueológica exploratoria del estado regional de Benishangul-Gumuz (junto a la frontera etíope-sudanesa), un territorio de cerca de 50.000 km² donde nunca antes se había realizado una intervención arqueológica, los informantes del pueblo de Menge, al norte de la capital del estado, Assosa, nos llevaron a un abrigo cercano con pinturas rupestres esquemáticas de color rojo, llamado la “roca roja” (Bel Bembesh) en lengua local Berta. En una campaña arqueológica posterior, en 2003, observando las rocas graníticas cercanas descubrimos otro abrigo con pinturas esquemáticas idénticas, aunque en menor número, llamado Bel ash-Sharifu, la “Roca del maestro islámico” (los Berta fueron islamizados en la segunda mitad del siglo XIX) (Fernández y Fraguas, 2007; Fernández, 2011).

Las pinturas son en su mayoría toscos rectángulos, unas veces vacíos y otras rellenos de líneas verticales o reticuladas, líneas aisladas, círculos y signos “solares”. Sendas catas de sondeo abiertas en los dos abrigos, y en un abrigo cercano a Bel ash-Sharifu y un despoblado situado detrás de Bel Bembesh, ofrecieron materiales cerámicos (con decoración impresa, incisa y acanalada), similares a los que habíamos descubierto previamente en el abrigo de Kunda Tamo, próximo a la ciudad de Bambasi al sur de Assosa. Dos fechas de radiocarbono, una en Kunda Tamo de 1985 ± 40 BP y otra en el abrigo próximo a Bel ash-Sharifu de 275 ± 30 BP, permiten inferir la cronología general de cerámicas y pinturas en el primer milenio y primera mitad del segundo milenio de nuestra era. Esa es también la cronología de cerámicas con decoraciones en gran parte similares y registradas en las regiones próximas del sur de Sudán, Kenia y centro de Etiopía (David *et al.*, 1981; Robertshaw y Siiäirinen, 1985; Robertshaw, 1987; Joussaume, 1995). Previamente a Benishangul habían llegado grupos con cerámicas impresas pivotantes procedentes del Sahara y Sudán central, de donde habrían huido a causa de la aridez creciente de mediados del Holoceno (Fernández, 2003; Fernández *et al.*, 2007).

Es curioso que la fecha radiométrica más reciente antes citada coincida con la época en que, según los escasos datos históricos disponibles, los Berta llegaron a Benishangul procedentes de la región adyacente sudanesa del sultanato Funj de Sennar (finales del siglo XVII y comienzos del XVIII); al subir al altiplano desde las llanuras sahelianas, los mismos Berta todavía recuerdan hoy que desplazaron a grupos anteriores, los minoritarios Mao y Kwama que hablan en su mayoría lenguas Koman (Triulzi, 1981).

Lo primero que nos llamó la atención fue la similitud de muchos signos con los que se hacen mediante cicatrices (escarificaciones) en el rostro, sobre todo las mujeres, en algunas tribus de la zona. Los signos son más frecuentes en los grupos Koman y otros relacionados como los Gumuz, aunque también los presentan los Berta menos islamizados. Esta coincidencia nos llevó a pensar primero en un significado étnico-identitario del sitio, lo que fue negado por los informantes locales, y más tarde en que se podría tratar de signos protectores que aparecen en diferentes contextos: en los individuos para protegerlos personalmente (se hacen al final de la infancia como rito de paso y otras veces como protección frente a las enfermedades) (Rubin, 1988) y en las rocas más visibles del paisaje para proteger a la comunidad completa.



FIGURA 2. Mubarak Ashafi y otros ancianos Berta de Menge, febrero 2003.

Los signos esquemáticos de estos dos yacimientos son muy parecidos a toda una serie de ellos que aparecen en África Oriental y norte de la Meridional, desde Mozambique hasta Uganda, en los que predomina también el color rojo y que han sido estudiados siempre a escala regional, por ejemplo en Zambia (Smith, 1997) o Uganda (Namono, 2010). En líneas generales, se tiende a ver el arte rupestre dividido en dos grandes estilos, uno naturalista, en principio más antiguo y que representa animales salvajes cazados y estuvo probablemente ligado a rituales chamánicos (Lewis-Williams, 1981), y otro esquemático y en general más reciente, ligado a diversos rituales en los que predomina la propiciación de la lluvia. Aunque antes se creía, sin demasiado fundamento, que ambos estilos fueron obra de una población cazadora-recolectora, anterior a los bantúes que hoy ocupan casi toda la gran región y antecesora de los actuales San (Bosquimanos) de Suráfrica, hoy son cada vez más quienes piensan que desde el río Zambeze hacia el norte, donde predominan los geométricos sobre los animales en el arte rupestre, los autores estuvieron relacionados con los actuales pigmeos del África Central, que en el pasado ocuparon áreas mucho más extensas (Namono, 2010). Una interesante tesis

de Benjamin Smith (1997) es que este arte esquemático-pigmeo habría sido realizado por mujeres, pues los mismos diseños son los que éstas dibujan hoy en otros soportes diferentes (cortezas, huevos de avestruz, etc.).

Hasta aquí hemos visto lo que se puede considerar un análisis arqueológico convencional de un hallazgo habitual en África. Ahora bien, durante nuestra prospección, en tres ocasiones, en 2003 y 2005, preguntamos a informantes locales Berta sobre el significado de las pinturas, al campesino Al Mamún Tilahum que vivía cerca de sitio, y a dos ancianos de Menge que nos recomendaron por su conocimiento de las tradiciones: Mubarak Ashafi y Mohammed Nekura (figura 2). Los tres nos dieron datos idénticos: 1) Las pinturas fueron hechas en el momento de la Creación por Dios (*rabbana*, la misma palabra que emplean los musulmanes sudaneses); 2) Los signos están escritos en una lengua anterior al árabe y narran episodios del Corán; 3) El lugar es milagroso y la gente va a pedir gracias personales, con ritos colectivos en momentos de peligro, sobre todo cuando la lluvia anual tarda en llegar. Los rituales son dirigidos por maestros sufíes (había un incensario y ruinas de una pequeña mezquita rodeando la roca en Bel Bembesh) y mucha gente ve grandes luces por la noche junto a las pinturas, que se asocian con buenos presagios para la comunidad. En Bel Bembesh solían retirarse hombres santos (“jeques”) que permanecían allí largos días sin comer y daban consejo a todo el que se lo pedía.

La información anterior nos confirmó dos cosas importantes, y en cierta manera contradictorias: el sentido original de las pinturas se había perdido por la influencia histórica islámica, pero el sitio seguía conservando parte de su poder simbólico y por ello era posible que su significado prehistórico no hubiera desaparecido completamente. Haciendo caso a los informantes locales, hicimos un rastreo bibliográfico en dos ámbitos distintos, los datos etnográficos sobre el uso del arte esquemático en relación con la lluvia en África Oriental y los rituales prehistóricos adaptados al Islam en todo el norte del continente.

Aunque hay algunos datos aislados sobre la relación entre arte rupestre y lluvia en otras regiones africanas, incluidas las islas Canarias (Fernández, 2007), es en África Oriental donde existen informaciones más seguras (figura 3). Así, tenemos que en toda la zona de Kasama en Zambia el arte esquemático muestra formas claramente relacionadas con el tiempo atmosférico que la población local relaciona con antiguos ritos de lluvia (Smith, 1997), mientras

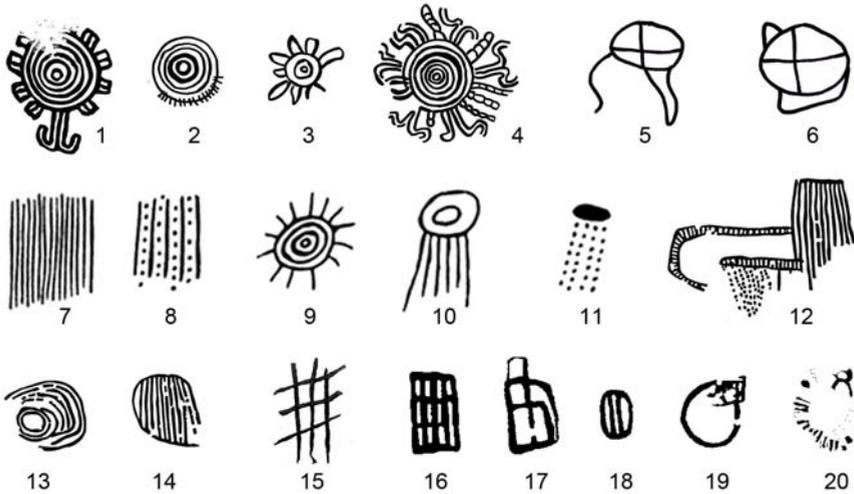


FIGURA 3. Figuras esquemáticas de lugares de África Oriental donde se practican todavía ritos de propiciación de la lluvia (diferentes escalas): 1-4. Nyero, Uganda (Sassoon, 1971); 5-6. Bahi, Tanzania (Culwick, 1931); 7-11. Kasama, Zambia (Smith, 1997); 12-14. Katolova, Zambia (Phillipson, 1972); 15-20. Menge, Etiopía (Fernández y Fraguas, 2007; Fernández, 2011).

que varios sitios con arte alrededor del lago Victoria en Uganda todavía se frecuentaban hace poco para ese tipo de peticiones y otros rituales de fertilidad, confirmados por supuestos milagros y luces nocturnas (Chaplin, 1974), y lo mismo ocurría en la zona de Bahi en Tanzania (Culwick, 1931) (ver un resumen en Odak, 1992).

Por otro lado, tenemos que en todo el norte de África hay abundante información sobre cómo el Islam se apropió de rituales prehistóricos mediante complejos procesos de hibridación entre ambos universos ideológicos. En la obra clásica de Westermarck (1933) se recogen ejemplos de ritos de agua, del valor mágico de las montañas y rocas, del culto de santos en yacimientos prehistóricos, de la aparición de luces nocturnas, etc. En todo el orbe islámico las rocas y cuevas fueron lugares elegidos a menudo por ermitaños que se retiraban allí a orar, santificando el sitio que a partir de entonces adquiriría valores mágicos y solía ser también escenario de rituales sufíes (Trimingham, 1971). Lo anterior muestra cómo el significado del arte esquemático de Menge fue perfectamente adaptado, hasta adquirir un aspecto casi “clásico” del norte de África, durante la islamización de Benishangul en la segunda mitad del siglo

XIX. Es interesante que el viajero holandés Juan María Schuver, que recorrió Benishangul en 1881, se fijara en que una de las primeras actividades de los hombres religiosos que iban llegando poco a poco desde Sudán era prescribir textos mágicos del Corán con fines curativos, escritos en trozos de papel o calabaza, lo que tal vez explicaría el rápido cambio de significado de los signos prehistóricos y su conversión en partes del libro sagrado de los musulmanes (James *et al.*, 1996: 33).

En su renombrado estudio sobre las fronteras africanas, Igor Kopytoff señala cómo los límites de las distintas etnias han ido cambiando históricamente, casi siempre porque grupos más expansivos penetraban en los territorios de otros grupos, creando unas nuevas fronteras al ir desplazando la original. Un mecanismo muy utilizado para conseguir la aceptación de los antiguos ocupantes era identificarse o asociarse con sus puestos de mayor fuerza simbólica, dominando los rituales originales y en ocasiones cambiándoles el sentido (Kopytoff, 1987: 55-56). La zona de Benishangul es una de las más ricas étnicamente de toda África, y parece haberse registrado un “proceso de larga duración”, quizás desde la Prehistoria como sugieren nuestras excavaciones en el Nilo Azul sudanés y en Benishangul, consistente en que sucesivos grupos de lenguas nilo-saharianas que buscaban refugio fueron subiendo al escarpe fronterizo etíope. Cuando los Berta empezaron a llegar desde Sudán hace unos tres siglos, debieron de empezar la apropiación de los rituales anteriores de los Koman y Gumuz, que completaron con su total islamización poco después.

EL MUSEO REGIONAL DE ASSOSA (BENISHANGUL)

Si el ejemplo anterior hacía referencia a cómo nuestras interpretaciones teóricas pueden verse afectadas por las opiniones locales, este muestra un ejemplo de contacto más intenso, como es la exposición de la historia y cultura locales llevada a cabo por investigadores que, aunque dotados de la “mejor intención”, proceden de un país y de una formación intelectual completamente diferente (González-Ruibal y Fernández, 2007).

En 2005 y 2007 el equipo arqueológico que había realizado la prospección de Benishangul obtuvo dos pequeñas ayudas económicas del fondo para proyectos de cooperación de la Universidad Complutense (Vicerrectorado de Relaciones Institucionales y Cooperación) para instalar un museo en Assosa, la capital del estado regional. El gobierno del estado tenía previsto construir



FIGURA 4. Hall central del museo de Assosa (Benishangul-Gumuz), diciembre 2009.

un edificio nuevo para ese mismo fin, pero ante la falta de medios decidió dedicar el amplio hall del edificio de Cultura y Turismo para exponer los objetos; éstos habían sido recopilados en su mayor parte antes de nuestra llegada, por varios funcionarios que habían recorrido pueblos de la región adquiriendo material etnográfico; de nuestras excavaciones vinieron los pocos objetos arqueológicos (útiles líticos tallados, fragmentos de cerámicas prehistóricas) que se pudieron exponer, y la familia del antiguo “sultán” de Benishangul, el jeque Khojele al-Hassan, fallecido en 1938, suministró diverso material considerado “histórico” de la región (ropas y armas del jeque y sus descendientes, emblemas, fotos antiguas, fotocopias de cartas de los emperadores de Etiopía dirigidas a la familia, etc.) (figura 4).

El edificio del museo contaba también con una biblioteca, que justo antes de nuestra llegada había recibido la donación de varios miles de libros procedentes de expurgos de bibliotecas de Estados Unidos a través de la embajada norteamericana en Addis Abeba. Aunque una mayoría de los libros podrían ser de alguna utilidad en Assosa (volúmenes sobre ciencia, economía, historia, enciclopedias, novelas, libros infantiles, etc.), otros estaban totalmente descolocados allí, como muchos libros sobre recetas de cocina, tiempo libre (cultivo de jardines, reparación de motores fuera de borda...) o los repetidos ejemplares sobre comportamiento de etiqueta (*Book of etiquette*) que con asombro vimos que habían sido envidados a ese rincón fronterizo de África.

Según pudimos comprobar en el registro de préstamos que funcionó durante unos años durante nuestra intervención, la media de libros prestados era de unos tres por semana, normalmente a maestros y funcionarios del gobierno local, que en un porcentaje alto de casos no devolvían los volúmenes al centro (por esa razón se decidió luego instalar una sala de lectura aneja). Nuestra labor en la biblioteca consistió en ordenar los libros por temas y retirar los repetidos para destinarlos a un lugar diferente, así como comenzar un inventario informático con el programa *Access* en uno de los ordenadores del centro. Para el museo instalamos dos ordenadores nuevos, con un inventario completo de objetos realizado con el programa *File Maker*.

Como es bien sabido, la construcción de las naciones modernas en los últimos dos siglos se ha apoyado de forma consistente en el patrimonio histórico y cultural de las mismas. En Etiopía esto se ha desarrollado también con el rico patrimonio del norte del país, desde los palacios y tumbas del reino de Axum que dominó una gran parte del Mar Rojo poco antes y después del comienzo de la era cristiana, hasta las iglesias rupestres medievales de Lalibela y los palacios reales de los siglos XVII y XVIII en Gondar, monumentos todos ellos declarados patrimonio de la humanidad por la UNESCO. Ahora bien, una gran parte del país no se siente representada por ese patrimonio y así tenemos que la gran etnia Oromo, conquistada por el rey Menelik a finales del siglo XIX y que ocupa casi la mitad meridional de Etiopía, lo rechaza y ha construido sus propios museos, como el que pudimos visitar en la capital de la región de Wollega al oeste de Benishangul, Nekemte, realizado con un cierto peso propagandístico de las glorias de los Oromo durante su historia (aunque fue construido en la época del *Derg*, gobierno comunista entre 1974 y 1991, con un fuerte componente centralista). Es curioso que donde más visible sea la exposición del pasado Oromo sea en las pinturas murales de los bares del estado regional de Oromía, que además de anunciar el establecimiento o las bebidas que se pueden consumir representan antiguos caudillos de la etnia, con el característico apéndice sobre la cabeza en forma de pene, símbolo de la fuerza del guerrero (figura 5).

En el nuevo sistema político instaurado en Etiopía con la constitución de 1994, toda etnia tiene asegurado el derecho a la representación política, y las más importantes constituyen estados autónomos propios (Amhara, Tigray, Oromo, Afar, Somali) mientras las más pequeñas lo tienen compartido con otras también poco importantes numéricamente. Este proceso ha traído la

aparición, en palabras del historiador italiano Alessandro Triulzi, de “memorias reprimidas” que por primera vez se atreven a cuestionar el “archivo centralizado de la memoria” (Triulzi, 2001).

Las etnias autóctonas de Benishangul-Gumuz son cinco: Berta, Gumuz, Shinasha, Mao y Komo-Kwama (las dos últimas se suelen agrupar en tanto que sus denominaciones son equívocas y en realidad se trata de más grupos, todos ellos muy pequeños). Berta y Gumuz son mayoritarias, al sur y norte del Nilo Azul respectivamente, y los conflictos entre ambas para dominar la región constituyen el tema fundamental de la historia regional en los últimos años (Young, 1999). El museo está situado en la capital regional, que es a su vez centro de la región Berta, por lo que la mayoría de los objetos representados eran de esa etnia, no tanto por un interés particular sino únicamente por la mayor facilidad de su adquisición.

En lo que sí estaban de acuerdo tanto Berta como Gumuz era en una exposición etnográfica organizada por etnias. Así estaban clasificados los objetos recogidos en el almacén cuando llegamos por primera vez al edificio de Cultura, aunque enseguida advertimos de que existían errores, que los funcionarios (casi todos de fuera de la región) ignoraban el origen de



FIGURA 5. Dibujo de antiguo caudillo Oromo en un bar de Ghimbi (Wollega, Oromía), febrero 2002.

muchos artefactos y las mezclas eran constantes. Pocos años antes se había inaugurado en Addis Abeba un nuevo museo etnográfico en el antiguo palacio de Haile Selassie hoy sede de la Universidad de la ciudad (con la asistencia técnica del Museo de Artes Populares de Sevilla y financiación de la UNESCO), organizado únicamente por temas (niñez, ritos de paso, cerámicas, el mundo funerario, etc.). Cuando preguntamos a los directores del centro sobre la cuestión, que entonces eran un Berta y un Shinasha (hoy son un Shinasha y un Kwama), nos llevamos una respuesta inesperada: se trataba de una “cuestión técnica” que nos correspondía resolver a nosotros. Consiguientemente, elegimos una distribución que nos pareció más moderna y didáctica, con vitrinas dedicadas a la alimentación, bebida, arte, minería, etc. en las que aparecían mezclados objetos de las diferentes etnias (figura 6). Finalmente dedicamos una vitrina al género, con objetos específicos portados por hombres y mujeres de varias etnias. Asimismo colocamos algunas cerámicas de la etnia Amhara, la más importante históricamente de Etiopía pero que en Benishangul-Gumuz constituye una minoría de recién



FIGURA 6. Vitrina dedicada a la música en la instalación del museo de Assosa, con trompetas y flautas Berta junto a un tambor, flautas y cascabeles Gumuz (diciembre 2009).

llegados muy pobres, reasentados a la fuerza por el gobierno del *Derg* y que no cuentan con representación política en el parlamento ni en el gobierno regional (Wolde-Selassie, 2004).

Aunque en ningún momento fuimos advertidos al respecto, sabíamos que los musulmanes Berta y algunos Gumuz no se sienten muy identificados con algunos aspectos “paganos” de su cultura tradicional, incluido algo tan corriente en toda la región como es el consumo de cerveza. Las cerámicas que se han elegido como símbolos de las dos regiones a ambos lados de la frontera, en una especie de escudo que representa las relaciones entre ellas, son la típica jarra de agua sudanesa copiada por los Berta (*al-brik*) y la usada en toda Etiopía para elaborar el café (*giovana*). Pero las grandes jarras donde se fermenta la cerveza en los poblados gumuz y kwama, e incluso en algunos Berta alejados de la zona central y fronteriza y por ello menos islamizados (jarras que por cierto recuerdan a las que se usaban en la antigua Nubia y Sudán Central con el mismo fin desde hace milenios), así como los filtros de bambú y las calabazas también usadas en la preparación de la bebida alcohólica, no podían dejar de exhibirse, como así resultó finalmente sin ningún problema del que fuéramos conscientes.

Más importante podía ser un problema de corte político al que ya hemos hecho mención: la presencia central en la parte histórica del museo de la persona del jeque Khojele al Hassan (figura 7). Este personaje fue central a finales del siglo XIX, cuando llegó a controlar gran parte de Benishangul de forma independiente, luchando contra Menelik II de Etiopía y llegando a ofrecer la región a los ingleses que entonces colonizaban el inmediato Sudán. Una vez conquistada toda la zona por Etiopía, Khojele pasó una temporada en la cárcel, pero poco después volvió a mandar en Benishangul en representación del gobierno de Addis Abeba, manteniendo buenas relaciones con el regente y luego emperador Haile Selassie. Pero esas relaciones se basaban en los tributos anuales que Khojele pagaba en oro (el famoso oro de Benishangul, conocido desde la antigüedad) y esclavos. La caza de esclavos ya era practicada por Khojele desde antes de la incorporación a Etiopía, efectuada sobre otras etnias “paganas” (como los Uduk de la parte sudanesa, para los que el nombre que le daban, *kujul*, y el del diablo eran la misma cosa; cf. James, 2007), pero también con los Berta más alejados y todavía no islamizados. Con su gran riqueza personal, Khojele se construyó un palacio en Addis Abeba, que todavía hoy es uno de los monumentos más antiguos y originales de la capital de Etiopía.



FIGURA 7. La única foto conservada del jeque Khojele al Hassan, caudillo y sultán de Benishangul fallecido en 1938.

En los meses que pasamos trabajando en la instalación del museo, llegó hasta nosotros la noticia de que algunas familias Berta prominentes no estaban de acuerdo con que el museo fuera “el museo de Khojele”, dado su carácter de traficante de esclavos, etc. Pronto supimos que la razón de esta oposición provenía de las rivalidades internas entre grupos de poder Berta, que junto con las que les oponían a todos ellos frente a la etnia Gumuz llevaron al gobierno central a cambiar completamente en 2009 el gobierno de Assosa (cuya autonomía es evidentemente solo nominal). Todas esas familias formaban la casta conocida como *watawit* (cuya traducción más habitual es la de “vampiros”), descendientes mezclados de mercaderes sudaneses (*yalla-ba*) llegados a lo largo del siglo XIX y que se casaron con las hijas de los jefes Berta e impusieron el Islam y su propia jerarquía en la región.

Nuestra posición en medio de esas fuerzas internas no era nada cómoda. Pero si seguimos su línea hacia arriba o hacia abajo, vemos cómo la cadena de la dominación no parece terminar nunca. En la parte más baja están los Mao-Komo, luego siguen los Gumuz, encima han estado a veces los Berta, más arriba los Amhara y sobre todos ellos el poder central de Addis Abeba, representado durante una gran parte del siglo XX por el *negus* Haile Selassie. Ahora bien, tenemos que este último, con su oposición a la colonización italiana en los años 1930, su famoso discurso en la Sociedad de Naciones defendiendo la independencia de las colonias, etc. se convirtió entonces, y su recuerdo aún mantiene en parte el prestigio, en un símbolo de la liberación de los países del Tercer Mundo (e incluso en un semi-dios para los seguidores de la “religión” rastafariana), cuando en su país no fue otra cosa que un sátrapa feudal que parecía salido de la Edad Media europea. ¿Por cuál de ellos tomar partido?

Por otro lado, a lo largo de la época colonial, se ha podido observar cómo los colonizadores europeos simulaban muchas veces defender a los más bajos en la escala social y étnica (bosquimanos en Suráfrica, Bubi en Guinea Ecuatorial, Oromos y fronterizos en Etiopía, etc.) frente a otros más poderosos, en una maniobra hipócrita que buscaba debilitar la fuerza, mucho mayor y por tanto más peligrosa para los colonos, de los segundos. En tanto que europeos, no estamos en una posición fácil en absoluto para criticar las relaciones de poder internas de los países africanos. En una recopilación reciente de ensayos sobre nuevos museos africanos vemos cómo nuestro problema dista mucho de ser único para estas instituciones en el continente (Ahonon, 2000; Sheriff, 2000; Sylla, 2000).

En nuestro caso teníamos claro que solo poseíamos materiales históricos de la familia Khojele, y una vez olvidado el espinoso tema del esclavismo (abolido en Etiopía a comienzo de la década de 1940), vimos que el jeque constituye todavía un motivo de orgullo e identificación nacional para muchos habitantes de Benishangul-Gumuz, al menos para los que conocen un poco de su historia. De hecho, en los años que el museo lleva abierto, según he podido comprobar en los cortos viajes que he realizado a Assosa para seguir su curso, el centro constituye de forma creciente un motivo de dignidad y autoestima para los habitantes de la capital, y sobre todo para los funcionarios del gobierno local, que lo muestran a casi todos los representantes del gobierno central y de otros estados regionales que visitan la zona y se quedan asombrados de su misma existencia, cuando en lugares de mucha más importancia aún no existe ningún centro similar.

CONCLUSIÓN

¿ES POSIBLE UN DISCURSO POSCOLONIAL DESDE OCCIDENTE?

Es evidente que los dos ejemplos anteriores representan un esfuerzo por modificar, al menos en parte, un tipo de actividad arqueológica habitual en un país emergente, cuya particularidad más importante al respecto es que fue colonizado en su momento (sólo durante unos pocos años por Italia, pero la huella dejada en el país aún perdura). Influidos por la teoría poscolonial, hemos tratado de “dar la voz a los subalternos”... ahora bien, ¿lo hemos conseguido? ¿Fue el esfuerzo suficiente?

En el caso de los Berta y el arte rupestre, se nos presentaba claro el conflicto producido entre una explicación supuestamente racional y científica (“universal”) y otra “local” de los propios Berta. Como arqueólogos occidentales, no podíamos evitar escoger la primera (nos era imposible aceptar que los signos esquemáticos fueran el Corán), pero al mismo tiempo nos dolía rechazar otra interpretación, realizada desde una posición vital mucho más próxima al arte que la nuestra, y por eso cambiamos nuestra idea original para adaptarla al menos en parte y hacerla más congruente con los datos suministrados por los ancianos del pueblo.

En el caso del Museo de Assosa, aunque pudimos llevar a cabo su instalación sin ningún tipo de presión o interferencia, nos mantuvimos atentos a las ideas locales al respecto, dispuestos a cambiar lo necesario para adaptar nuestras ideas museísticas preconcebidas a sus propios conceptos. Ambas contraposiciones son en gran medida una prolongación de las que los antropólogos llevan encarando desde hace algún tiempo (entre “etic” y “emic”) y que han llevado a la actual antropología “reflexiva” o “posmoderna”. En una línea más teórica, ambas experiencias me llevaron a plantearme una pregunta realmente complicada: ¿es posible incorporar categorías locales, premodernas, a nuestros discursos “objetivos” sobre el pasado?

La pregunta anterior enlaza con la del famoso artículo de G. Spivak citado al comienzo del artículo, cuya respuesta ya sabemos que es negativa. Esa negación se produce una y otra vez, y tenemos un último ejemplo en un texto de nuestro colaborador Alfredo González-Ruibal (quien contribuyó al descubrimiento de las pinturas de Menge, realizando incluso la copia de las mismas, además de trabajar en la instalación del museo) (González-Ruibal, en prensa). En él se afirma que con independencia de todos nuestros esfuerzos, el resultado será siempre “ciencia al estilo occidental, por mucho

que intentemos hibridizarla con las creencias y sistemas de conocimientos vernáculos”. Como mucho, nuestros intentos de hablar por ellos no pasarán de ser una “imitación o mimesis”, ya que, como decía Spivak, los subalternos “no tienen un lugar desde el que hablar”, y “no hay más discurso que el occidental”.

Encarando una salida lógica del *impasse*, González-Ruibal se remite a la obra del filósofo francés Jacques Rancière (1992): el subalterno tiene un “exceso” de discurso, que finalmente lo convierte en mudo y ciego. Esa abundancia proviene precisamente de la profusión de mensajes occidentales entre los que vive, y por ello a lo más que puede aspirar es a un discurso prestado, lleno de imitaciones y tópicos. Las “arqueologías indígenas” adolecen también de ese tipo de “no discurso”. Para quienes hemos trabajado en antiguos países colonizados, no es posible sino asentir con pesar a lo anterior, recordando nuestra propia decepción ante la pobreza y escasa originalidad de las ideas que nos transmitían los locales, imitaciones de las nuestras en las personas con más formación, y lejanas e incomprensibles, o simplemente inexistentes, en los demás.

La alternativa sería poner el *pragma* antes del *logos*, las cosas antes de las palabras, dejar que las cosas hablen por sí mismas; es decir, una aproximación fenomenológica. Para González-Ruibal, esa experiencia se produce en arqueología cuando se visitan sitios especiales, como una cueva por él descubierta (Zeret, al NE de Addis Abeba) donde los soldados italianos masacraron a una multitud de resistentes etíopes y que fue respetada por la población local hasta hoy mismo, dejando las cosas y los esqueletos en su posición original (González-Ruibal *et al.*, 2011). Personalmente, yo recuerdo emociones parecidas al entrar en alguna ciudad abandonada del desierto, como Kasr al-Barka en Mauritania donde estuve en 2008, o cuando visité el recién abierto Museo de Oriente en Lisboa, con los objetos iluminados dentro de las vitrinas en medio de la total oscuridad de las salas, sin apenas información escrita sino sólo la sensación de las cosas aparecidas como por encanto...

No obstante, mantener ambos mundos (discurso y no discurso) completamente separados intelectualmente no parece la única opción válida, aunque solo fuera por su desesperanza. También por recordar que, como decía el filósofo Richard Rorty, “las cosas no hablan, solo nosotros lo hacemos” (Rorty, 1991). Los dos casos presentados en este trabajo muestran que de la escucha de los subalternos, o mejor, de la espera ante su silencio, nuestras propias ideas

salen modificadas. La novelista danesa Karen Blixen narraba, en la continuación de sus memorias africanas titulada *Sombras en la hierba*, como se pasó años esperando, a su vuelta a Dinamarca, que sus antiguos amigos keniatas contestaran a las cartas que ella enviaba una y otra vez pidiendo noticias. Cuando, de tarde en tarde, llegaba alguna, a ella le recordaba su experiencia de cazadora en la sabana, al aparecer sigilosamente los primeros animales que se acercaban a beber en las charcas al amanecer... Lo que nosotros hemos oído de las voces de los otros, por poco que fuera, ha enriquecido nuestra forma de ver el pasado, al acercarnos un poco más a la historia y los intereses locales, y nos apunta hacia un camino de futuro trabajo común y más esclarecedor.

AGRADECIMIENTOS

La investigación de Benishangul fue financiada por las ayudas a proyectos arqueológicos en el exterior de la Dirección General de Bellas Artes y Bienes Culturales del Ministerio de Cultura, y la instalación del Museo de Assosa por las ayudas a la cooperación al desarrollo del Vicerrectorado de Relaciones Institucionales y Cooperación al Desarrollo de la Universidad Complutense de Madrid. En el trabajo de campo y museístico colaboraron Alfredo González Ruibal, Alfonso Fraguas, Álvaro Fanquina, Xurxo Ayán, Salomé Zurinaga, Cristina Charro, Carmen Ortiz y Beatriz del Mazo.

BIBLIOGRAFÍA

- Ahonon, L. (2000): The living consecration of the kingdom of Abomey. The Musée Historique d'Abomey. En C. C. Ardouin y E. N. Arinze (eds.), *Museums and History in West Africa*, James Currey, Londres, 164-168.
- Ardouin, C. C., Arinze, E. N. (eds.) (2000): *Museums and History in West Africa*. James Currey, Londres.
- Barrett, M. (1991): *The Politics of Truth. From Marx to Foucault*. Stanford University Press, Stanford.
- Barthes, R. (1987): El discurso de la Historia. En *El susurro del lenguaje. Más allá de la palabra y la escritura*. Paidós, Barcelona, 163-167.
- Certeau, M. de (1985): *La escritura de la historia*. Universidad Iberoamericana, México.
- Chakrabarty, D. (1992): Postcoloniality and the Artifice of History: Who Speaks for "Indian" Past?, *Representations* 37, 1-26.
- Chaplin, J. H. (1974): The prehistoric rock art of the Lake Victoria Region, *Azania* 9, 1-50.
- Culwick, A. T. (1931): Ritual use of rock paintings at Bahi, Tanganyika Territory, *Man* 31, 33-36.

- David, N., Harvey, P., Goudie, C. J. (1981): Excavations in Southern Sudan, 1979, *Azania* 16, 7-54.
- Fabian, J. (2002): *Time and the Other. How Anthropology makes its object*. Columbia University Press, Nueva York.
- Fernández, V. M. (ed.) (2003): *The Blue Nile Project. Holocene Archaeology in Central Sudan*. Complutum 14, 197-425.
- Fernández Martínez, V. M. (2007): El arte rupestre de La Palma: una visión desde la etnoarqueología africana, *Revista de Estudios de la Isla de La Palma* 3, 65-78.
- Fernández, V. M. (2011): Schematic Rock Art, Rain-Making and Islam in the Ethio-Sudanese Borderlands, *African Archaeological Review* 28(4), 279-300.
- Fernández, V. M., Fraguas, A. (2007): Schematic rock art in west Ethiopia. En J. Deacon, (ed.), *African Rock Art: the future of Africa's past. Proceedings of the 2004 International Rock Art Conference, Nairobi. Trust for African Rock Art (TARA)*, Nairobi-Palo Alto, 95-98.
- Fernández, V. M., de la Torre, I., Luque, L., González-Ruibal, A., López, J. A. (2007): A Late Stone Age sequence from West Ethiopia. The sites of K'aaba and Bel K'urk'umu (Assosa, Benishangul-Gumuz Regional State), *Journal of African Archaeology* 5(1), 91-126.
- Gandhi, L. (1998): *Postcolonial Theory: A Critical Introduction*. Edinburgh University Press, Edimburgo.
- González-Ruibal, A. (en prensa): Making the mud and crops speak: On the speech of the subaltern (Trabajo presentado en el *Theoretical Archaeology Group*, Brown University, 30 abril-2 mayo 2010).
- González-Ruibal, A., Fernández, V. M. (2007): Exhibiting cultures of contact: A museum for Benishangul-Gumuz, Ethiopia, *Stanford Journal of Archaeology* 5 <http://www.stanford.edu/dept/archaeology/journal/>
- González-Ruibal, A., Sahle, Y., Ayán Vila, X. (2011): A social archaeology of colonial war in Ethiopia, *World Archaeology* 43(1), 40-65.
- Guha, R. (2002): *Las voces de la historia y otros estudios subalternos*. Crítica, Barcelona.
- Hartog, F. (2003): *Régimes d'historicité, Présentisme et expériences du temps*. Seuil, París.
- Hegel, G. W. F. (2006 [1807]): *Fenomenología del Espiritu* (traducción de Manuel J. Redondo). Pre-Textos, Valencia.
- James, W. (2007): *War and Survival in Sudan's Frontierlands. Voices from the Blue Nile*. Oxford University Press, Oxford.
- James, W., Baumann, G., Johnson, D. (eds.) (1996): *Juan Maria Schuver's Travels in North East Africa 1880-1883*. The Hakluyt Society, Londres.

- Joussaume, R. (1995): *Tiya. L'Éthiopie des mégalithes. Du biface à l'art rupestre*. Chavinoise.
- Klein, K. L. (1995): In Search of Narrative Mastery: Postmodernism and the People without History, *History and Theory* 34(4), 275-298.
- Kopytoff, I. (1987): The Internal African Frontier: The Making of African Political Culture. En I. Kopytoff (ed.), *The African Frontier. The Reproduction of Traditional African Societies*. Indiana University Press, Bloomington, 3-85.
- Lévi-Strauss, C. (1968): *Antropología estructural*. Eudeba, Buenos Aires.
- Lewis-Williams, J. D. (1981): *Believing and seeing: symbolic meanings in southern San rock painting*. Academic Press, Londres.
- Lowenthal, D. (1998): *El pasado es un país extraño*. Akal, Madrid.
- Namono, C. (2010): Resolving the Authorship of the Geometric Rock Art of Uganda, *Journal of African Archaeology* 8(2), 239-257.
- Nandy, A. (1988): *The Intimate Enemy: Loss and Recovery of Self under Colonialism*. Oxford University Press, Oxford.
- Odak, O. (1992): Ethnographic context of rock art sites in East Africa. En M. J. Morwood y D. R. Hobbs (eds.), *Rock Art and Ethnography*. Occasional AURA publication 5, Melbourne, 67-70.
- Pedraz Marcos, A. (2000): *Quimeras de África. La Sociedad Española de Africanistas y Colonistas. El colonialismo español de finales del siglo XIX*. Polifemo, Madrid.
- Phillipson, D. W. (1972): Zambian rock paintings, *World Archaeology* 3, 313-327.
- Rancière, J. (1992): *Les noms de l'Histoire. Essai de poétique du savoir*. Éditions du Seuil, París.
- Robertshaw, P. (1987): Prehistory in the Upper Nile Basin, *Journal of African History* 28, 177-189.
- Robertshaw, P., Siiriäinen, A. (1985): Excavations in the Lakes Province, Southern Sudan, *Azania* 20, 89-161.
- Rorty, R. (1991): *Contingencia, ironía y solidaridad*. Paidós, Barcelona.
- Rubin, A. (1988): General introduction. En A. Rubin (ed.): *Marks of Civilization: Artistic Transformations of the Human Body*. Museum of Cultural History-University of California, Los Angeles, 13-17.
- Sassoon, H. (1971): *Nyero rock paintings*. The Department of Antiquities, Ministry of Culture and Community Development of Uganda.
- Schmidt, P. (ed.) (2010): *Postcolonial Archaeologies in Africa*. School of American Research Press, Santa Fe.
- Schmidt, P. R., Patterson, T. C. (eds.) (1995): *Making Alternative Histories. The Practice of Archaeology and History in Non-Western Countries*. School of American Research Press, Santa Fe.

- Sheriff, A. (2000): Encapsulating History. The Palace Museum and the House of Wonders. En C. C. Ardouin y E. N. Arinze (eds.), *Museums and History in West Africa*, James Currey, Londres, 155-163.
- Smith, B. W. (1997): *Zambia's Ancient Rock Art. The Paintings of Kasama*. The National Heritage Conservation Commission of Zambia, Livingstone.
- Spivak, G. Ch. (1988): Can the Subaltern Speak? En C. Nelson y L. Grossberg (eds.), *Marxist Interpretations of Culture*, MacMillan, Basingstoke, 271-313.
- Sylla, A. (2000): Family heritage in the region of Ségou. The sacred relics of Bakaridian at Dioforongo. En C. C. Ardouin y E. N. Arinze (eds.), *Museums and History in West Africa*, James Currey, Londres, 151-54.
- Trimingham, J. S. (1971): *The Sufi Orders in Islam*. Oxford University Press, Oxford.
- Triulzi, A. (1981): *Salt, Gold and Legitimacy. Prelude to the history of a no-man's land. Bela Shangul, Wallaga, Ethiopia (ca. 1800-1898)*. Istituto Universitario Orientale, Seminario di Studi Africani, Nápoles.
- Triulzi, A. (2001): Musei e memoria dell'Africa postcoloniale. En A. Bellagamba y R. Cafuri (eds.), *Musei dell'Africa contemporanea*. Etnosistemi-Processi e dinamiche culturali 8, Roma, 127-130.
- Westermarck, E. (1933): *Pagan Survivals in Mohammedan Civilisation*. MacMillan, Londres.
- Wolde-Selassie Abutte (2004): *Gumuz and highland resettlers: differing strategies of livelihood and ethnic relations in Mätäkkäl, Northwestern Ethiopia*. Münster Publishing.
- Wolf, E. (1987): *Europa y la gente sin historia*. Fondo de Cultura Económica, México.
- Young, R. (1990): *White Mythologies: Writing History and the West*. Routledge, Londres.
- Young, J. (1999): Along Ethiopia's western frontier: Gambella and Benishangul in transition, *Journal of Modern African Studies* 37(2), 321-346.

PRESENCIA SOCIAL DE LA ARQUEOLOGÍA Y PERCEPCIÓN PÚBLICA DEL PASADO

Gonzalo Ruiz Zapatero

*A la memoria de mi hermana María del Carmen (Lula)
por toda la luz, bondad y ejemplo que nos dio siempre.*

En un episodio de 1997 de la famosa serie *Los Simpson* el director Skinner anuncia por megafonía que todos los buenos estudiantes serán premiados con una visita a una excavación arqueológica. Se oyen voces de entusiasmo. Pero también, continúa la alocución, todos los malos estudiantes serán castigados con una visita a una excavación arqueológica. Se oyen gritos de desaprobación. Si la arqueología ha llegado a *Los Simpson* es, sin duda, porque se trata de un tema de amplio reconocimiento social. De alguna manera los Simpson hacen existir realmente a la arqueología en el mundo actual. Algo parecido difícilmente hubiera podido suceder en series de dibujos animados de veinte o treinta años atrás. En gran medida, la presencia de la arqueología en los medios de comunicación de masas es lo que otorga relevancia social al estudio material del pasado. El *fenómeno* Stonehenge en el Reino Unido y el *fenómeno* Atapuerca en España constituyen dos buenos ejemplos de cómo, en la actualidad, grandes proyectos y equipos están convencidos de que la comunicación efectiva con el público tiene que hacerse a través de una amplia batería de medios (exposiciones, prensa, videos, libros, TV, etc.), argumentando que son esenciales para divulgar los resultados de la arqueología.

La arqueología ha construido en las últimas décadas puentes cada vez más sólidos con las sociedades en las que actúa (Copeland, 2004; Darwill, 2006; Eriksson, 2011 y Sabloff, 2009) y, especialmente, con el tema de la comunicación a audiencias lo más amplias posibles (Laneri, 2002; Lerner, 2010; Holtorf, 2007b y Pokotylo, 2007). Probablemente, en buena medida, por la conciencia de que trabaja mayoritariamente con financiación pública y en la actualidad, con la crisis económica iniciada en 2008 (Schlanger y Aitchison, 2010), parece

sentirse una presión añadida para justificar lo que hace de cara a la sociedad y destacar cuales son los beneficios que aporta (Little, 2002). Dentro de la creciente concienciación de la importancia de la divulgación arqueológica se está abriendo camino una idea nueva entre los arqueólogos: la necesidad de conocer bien a los distintos públicos (McManamon, 1991; Prior, 1996). Y en ese sentido, quizás somos nosotros los que desconocemos al público más que el público a la arqueología (Hargreaves y Ferguson, 2000). No basta conocer la disciplina y los mecanismos y formatos de divulgación y, más que quejarnos de que “la gente” no conoce la arqueología, deberíamos preocuparnos por conocer las ideas, expectativas, preferencias y deseos de las diferentes audiencias. No para satisfacer servilmente sus opiniones (Kristiansen, 2008) sino para construir potentes mensajes arqueológicos que utilicen y se apoyen en aquellas (McManamon, 2000). Y también debemos conocer los medios de comunicación moderna porque los medios conocen bien el potencial de la arqueología para la narración escrita y visual y son, en gran medida, los que presentan y definen la arqueología para los diferentes públicos. De manera que, como arqueólogos, haríamos bien en estar informados sobre la percepción pública de nuestra propia disciplina; y aún más deberíamos trabajar más activamente para lograr una imagen más efectiva ante la sociedad (Bathurst, 2000-2001).

Por otra parte, el pasado arqueológico está en la vida cotidiana más presente de lo que habitualmente pensamos y un ciudadano se puede encontrar con el pasado a lo largo de un solo día de múltiples formas: en la arquitectura neoclásica de una entidad bancaria, en una cerveza de marca *Celta*, en una exposición sobre *Tesoros Sumergidos de Egipto*, en las revistas del kiosco que dan cuenta del último hallazgo fósil, en el anuncio de un periódico del Museo de la Evolución Humana de Burgos o en el de una entidad bancaria que nos anima a evolucionar con un gráfico tradicional de la evolución humana, en una novela prehistórica como la última de J. Auel, *La tierra de las cuevas pintadas* (2011), en un videojuego que nos desafía a conquistar tierras para el Imperio Romano, en un documental de arqueología sobre Ötzi, el Hombre del Hielo, en un restaurante que ofrece “cenas medievales” o, en fin, en un anuncio televisivo del Metro de Madrid habitado por “cavernícolas” que buscan la estación Prehistoria (Ruiz Zapatero, 2009a). Son pequeños trozos del pasado, muy anecdóticos ciertamente, pero que conforman el imaginario popular sobre el pasado de una forma importante y potente. Y sin duda con más impacto que la arqueología académica.

Pero el pasado es, ciertamente, un *país extraño* (Lowenthal, 1999), no visitable e inaprensible. La arqueología como conocimiento real del pasado es imposible. Nada de lo que hemos hecho generaciones de arqueólogos en todo el mundo y lo que hagan las próximas generaciones cambiará este hecho. No podemos viajar al pasado y no podemos creer que *vivimos* el pasado como lo vivieron las gentes del pasado (Hoffer, 2008: 179). Pero hacer arqueología, estudiar el pasado no es imposible. No podemos reconstruirlo pero sí representarlo. Para ello tenemos que completar el puente desde el presente al pasado. Como señala Hoffer, refiriéndose a la historia, esa es la clave. En una de las últimas escenas de *Indiana Jones y la Última Cruzada*, Indi debe cruzar un abismo para llegar a la cueva donde se guarda el Santo Grial. Para ello tiene que tener fe, y esa fe exige que de un paso sobre el abismo (“el que tiene fe cruzara”); lo hace y encuentra suelo firme, un puente invisible al otro lado (figura 1). Lo que necesitamos para estudiar el pasado es fe en el puente construido con nuestros métodos y teorías. Evidentemente una fe que nada tiene que ver con lo religioso sino con nuestra confianza en la manera de hacer arqueología. Pero hacer arqueología nos enfrenta con la paradoja de una búsqueda de certezas en un mundo –el del pasado– incierto. Es una paradoja que podemos superar con confianza en nuestras habilidades y el reconocimiento de nuestras limitaciones (Hoffer, 2008: 181). Sólo entonces el puente entre el presente y el pasado estará sujetado y pavimentado con seguridad, seguridad en que podemos conocer parte del pasado, contrastar distintas visiones del mismo, y total confianza en que dicha tarea merece la pena.

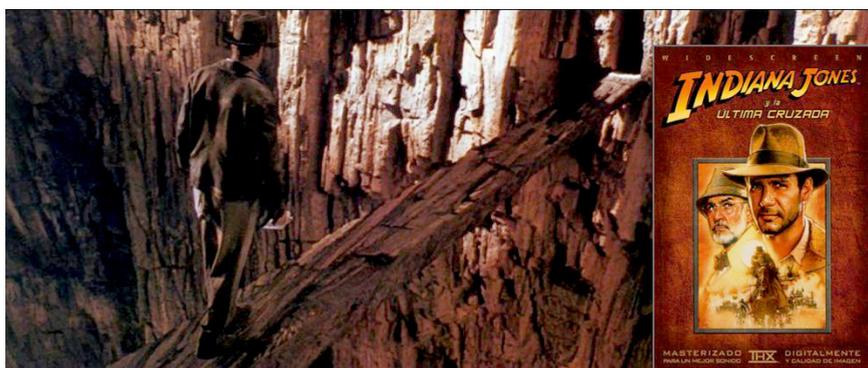


FIGURA 1. “Sólo el que tiene fe pasará”. Fotograma y cartel de la película *Indiana Jones y la última cruzada* (S. Spielberg, 1989).

Ese puente arqueológico al pasado es el que tenemos la obligación de presentar y animar a que lo crucen el mayor número de audiencias posible. ¿Hacemos realmente eso? ¿Es un puente con buenas señalizaciones de las direcciones a las que lleva? ¿Ayudamos a la gente a cruzar el puente? ¿Cómo ve el puente la gente? A estas y otras cuestiones relacionadas trataré de ofrecer respuesta en el presente trabajo. Para ello, en primer lugar, analizaré por un lado, las relaciones entre arqueología y sociedad en las últimas décadas y, por otro lado, los tipos de público. En segundo lugar, realizaré un breve repaso de los principales medios a través de los cuales la arqueología se hace presente en la sociedad contemporánea –exposiciones, museos y yacimientos arqueológicos, libros y revistas, publicidad, medios de comunicación, conferencias y cursos, libros infantiles, novelas “arqueológicas” y cómics, películas, Internet y videojuegos–, señalando solamente algunos datos significativos para comprender dicha presencia y su impacto. En tercer lugar, me ocuparé de examinar los pocos estudios realizados sobre la percepción que las audiencias tienen de la arqueología actual y de destacar la gran importancia que tienen estos estudios para dibujar los contornos de la percepción pública de la arqueología. Este será el punto al que dedicaré más atención, puesto que estoy firmemente convencido de que conocer las percepciones de los distintos públicos es fundamental para la divulgación de la arqueología, lo que equivale a decir fundamental para su futuro como disciplina académica. Y por último, esbozaré algunas perspectivas de futuro en relación con la divulgación social de la arqueología y con la percepción popular del pasado arqueológico. Apuntando algunas líneas y direcciones en las que, en mi opinión, debería moverse la arqueología en los próximos años, sin que en ello exista la más mínima intención, por mi parte, de prescribir nada.

ARQUEOLOGÍA Y SOCIEDAD. LOS PÚBLICOS DE LA ARQUEOLOGÍA

Los arqueólogos somos, de alguna manera, mediadores entre la gente del pasado que estudiamos y la gente del presente y del futuro a la que destinamos los conocimientos históricos que producimos. De esa mediación se deduce que deberíamos tener mucho interés, no solamente por la gente del pasado sino también por la del presente. La realidad de los últimos 150 años no ha sido así, hemos ignorado, en gran medida, a la sociedad porque nos hemos empeñado mucho en dirigirnos a nuestros propios colegas casi en exclusividad.

El conocimiento de las audiencias, de los públicos, exige, en primer lugar, admitir el error común de creer que existe lo que hemos llamado el “público general”. No hay un público general sino que siempre tratamos con distintos públicos, que a su vez tienen diferentes capacidades, distintos intereses y una gran diversidad de posibilidades de acceder al pasado. Una manera de contemplar esa diversidad es el modelo que he propuesto de la imagen metafórica de una pirámide egipcia (figura 2), en la que se distribuyen diferentes categorías de audiencias con diferentes capacidades de valoración del Patrimonio Histórico y Arqueológico (Ruiz Zapatero, 2005a). Aunque no pretendo, en absoluto, reducir todos los posibles públicos a esas categorías es una forma de aproximación plural y caleidoscópica a la realidad de la diversidad de públicos potenciales. El problema básico es que muchos arqueólogos creen que se dirigen a otros colegas en lugar de a una plasticidad de audiencias, todas ellas no-especialistas, y aunque ciertamente los especialistas son una parte de los públicos de la arqueología son, sin duda, el público cuantitativamente más reducido y, por otro lado, el menos necesitado de atracción a la vez que

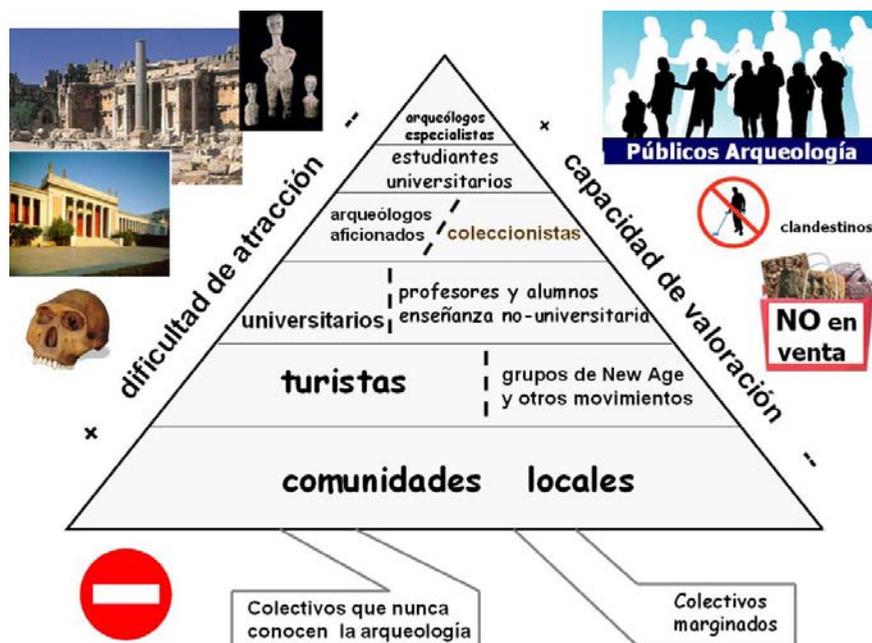


FIGURA 2. Pirámide de públicos de la arqueología (modificado de Ruiz Zapatero, 2005a).

el mejor informado. Por debajo de la cúspide de la pirámide los segmentos de público van siendo más numerosos y también progresivamente a medida que descendemos más difíciles de atraer y cuentan con menos conocimientos previos. Los estudiantes universitarios de historia y arqueología, los arqueólogos aficionados y los coleccionistas (un sector muy respetable pero que puede ser problemático) constituyen cuerpos de la parte alta de la pirámide arqueológica de públicos. Los titulados superiores y el profesorado y alumnado no-universitario son colectivos importantes, el último especialmente caracterizado como una audiencia muy específica. En muchas ocasiones, sencillamente es un público cautivo. La categoría de turistas debería incluir distintos tipos pero genéricamente constituye, dividido en nacionales e internacionales, un *target* muy conspicuo. En algunos países anglosajones los visitantes de ciertos sitios como conjuntos megalíticos en Europa o *kivas* de los indios Pueblo del SO de EE.UU. incluyen un porcentaje nada desdeñable de personas que acuden por sus creencias en la *New Age* y otros movimientos espirituales esotéricos y los arqueólogos empiezan a respetarlos y crear programas especiales dirigidos a ellos. La base de la pirámide son los “grandes ignorados”, las poblaciones locales en las cercanías y entornos de monumentos y yacimientos arqueológicos, que tradicionalmente nunca o apenas han sido tenidos en cuenta. Sin duda, si consideramos la multitud de sitios arqueológicos dispersos, constituyen el público mayoritario y de su consideración ha surgido desde hace algo más de una década la llamada *arqueología de comunidad* (Marshall, 2002) que está teniendo un continuado y significativo crecimiento (Moshenska y Dhanjal, 2011; Simpson y Williams, 2008), sobre todo en el Reino Unido y EE.UU. (Simpson, 2010). Básicamente la *arqueología de comunidad* intenta implicar, de forma directa y con múltiples iniciativas, a las comunidades locales en la protección, investigación y promoción de su patrimonio local (Malloy y Jeppson, 2009). De alguna manera es una *arqueología desde abajo* (Faulkner, 2000).

Todavía en el subsuelo de la pirámide se sitúan unos públicos –en muchos países más bien son *no-públicos*– que se encuentran virtualmente separados o excluidos de la arqueología: por un lado, aquellos colectivos que nunca o casi nunca han conocido la arqueología por diversas razones (por ejemplo invidentes y discapacitados infantiles), y por otro lado, colectivos marginados como enfermos terminales o población reclusa. Pero ciertamente son también públicos y se han iniciado con ellos, en algunos países, programas y experiencias muy valiosos.

El reconocimiento de la pluralidad de públicos es absolutamente esencial para una divulgación eficaz. Aunque es cierto que en ciencia es muy reciente la exploración de las “comprensiones científicas de los públicos” por parte de los científicos, contamos ya con algunas aportaciones verdaderamente deslumbrantes (Nieto-Galan, 2011). Eso exige superar la fórmula dominante de la “comunicación de una única dirección” y se tiende a buscar fórmulas más complejas que supongan la implicación de las audiencias a través de la diversidad, la flexibilidad y la activación de distintos niveles divulgativos (Davies, 2008). En definitiva, como bien dice Nieto-Galan (2011: 315), la divulgación científica no debe ser considerada “como una actividad periférica o marginal respecto al conocimiento científico, no como algo inferior, sino como una función más, plenamente integrada en todos los niveles en la práctica científica cotidiana, ubicada en primera línea de la batalla por la hegemonía, la autoridad y el poder”.

Considerar la diversidad de públicos, estudiar sus ideas, creencias y conocimientos, es considerar mejor la arqueología, es pensar en los destinatarios del conocimiento que producimos, es comprobar que las líneas que separan a expertos de profanos son difusas y, en definitiva, es repensar el sentido de lo que supone estudiar el pasado. Las distintas audiencias nos deben enriquecer con sus percepciones e inquietudes porque nos ayudan a conformar los cauces para hacer una arqueología que interese, llegue y sea útil a todos los ciudadanos. Y sobre todo, para divulgar el pasado debemos tener muy presente que todos los arqueólogos podemos aprender mucho de todos nuestros públicos. Además, con esta nueva actitud, podemos dignificar a todos los públicos de la arqueología sin distinciones (Nieto-Galan, 2011: 317).

LA PRESENCIA DE LA ARQUEOLOGÍA EN LA SOCIEDAD CONTEMPORÁNEA

La arqueología, en versiones académicas, divulgativas, esotéricas y fantasiosas llega a través de múltiples canales a muchas audiencias en las sociedades contemporáneas occidentales. Son auténticos fregonazos audiovisuales, visuales, sonoros y textuales, de muy diferente valor, pero que alcanzan a mucha gente. Aquí sólo pretendo comentar muy por encima algunos de los medios por los que la arqueología configura el imaginario popular y colectivo en el mundo actual.

Las exposiciones, sobre todo las de gran efecto y publicidad, en museos, centros e instituciones culturales tienen un gran impacto. Exposiciones muy académicas y de temas relativamente especializados logran cifras de algunos

cientos de miles de visitantes pero las de “temas-gancho” como las de Egiptología no sólo logran visitas astronómicas sino que llegan a cobrar por ver simples reproducciones y escuchar a “arqueólogos mediáticos”, como el caso reciente “Tutankhamon: la tumba y sus tesoros” (Comunidad de Madrid, 2010) y la multitudinaria conferencia de Zahi Hawass en el Palacio de Exposiciones de la capital de España. Se paga por ver una tumba de cartón piedra y unos “tesoros” que simplemente son unas buenas reproducciones y por escuchar la conferencia, es una especie de *arqueología espectáculo*. Resulta de buen tono decir que se ha ido a exposiciones aunque no se vean auténticas piezas arqueológicas. Son exposiciones con una clara finalidad mercantil, más que cultural. Como alguna exposición anterior, también en Madrid, sobre los guerreros de Xi’an (Fundación Canal de Isabel II, 2004) que presentaba diez de las célebres esculturas chinas completamente divorciadas de su contexto arqueológico y cultural. Con buenas operaciones de marketing se pueden conseguir importantes éxitos de público. En nuestro país los museos arqueológicos más prestigiosos ofrecen buenas exposiciones, tanto traídas de fuera como producciones propias, pero a veces la impresión es que están excesivamente dirigidas a públicos cultos y no se intenta –al menos no suficientemente– utilizar medios atractivos para los públicos menos proclives a visitar exposiciones. Me refiero a la posibilidad de recurrir a ideas heterodoxas, con larga tradición en otros países europeos, como figuras bien conocidas popularmente del cine o de los cómics. Y así *Astérix y Obélix* han sido la excusa para exposiciones sobre los galos o los celtas en museos belgas, franceses, holandeses, suizos, etc... con gran éxito, como también lo han sido los héroes prehistóricos de papel *Rahan*, *Tounga* y *Toumac* en Francia (<http://www.skene.be/RW/EXPO/ImagesPrehistoire>). ¿Para cuándo la primera semejante en un museo español?

Aquí ha habido una larga espera para que Indiana Jones sirva de gancho a una exposición, la del Museu d’Arqueologia de Catalunya en Barcelona (Orovió, 2011), celebrando los treinta años del estreno de la película *En busca del arca perdida* de Spielberg que inauguró la famosa saga. El referente moderno lúdico puede servir, con un poco de inteligencia y habilidad, para interesar a la gente en el pasado histórico. El rigor y seriedad en temas arqueológicos no debe estar reñido con la amenidad para presentarlos.

Los museos, yacimientos arqueológicos visitables o presentados al público con centros de interpretación (Hernández, 2010; Timoney, 2009) constituyen una de las formas más directas, eficaces e impactantes de divulgar el pasado

(Merriman, 1999; Masriera, 2007; Mansilla, 2004; Moser, 1998; Santacana y Hernández, 2006; Wood y Cotton, 1999). Los problemas que arrastran muchos de los museos arqueológicos –presentaciones de objetos descontextualizados, mero atractivo visual con pocos mensajes claros y pobre museografía (Lull, 2007: 364-66 y Ruiz Zapatero, 2009b: 27 ss.)–, hacen que las cifras de visitantes en nuestro país no sean muy elevadas (figura 3) y, además, habría que recordar que buena parte de su número de visitante es *público cautivo* (por ejemplo los escolares llevados obligatoriamente). Con todo disponemos de pocos estudios de visitantes de museos arqueológicos (Alcalde, 1995; García Blanco *et al.*, 1999; Pérez Santos, 2000) y desde luego no contamos con una radiografía detallada de sus visitantes. Por otro lado, no tenemos muchos yacimientos bien presentados al público, aunque cuando la oferta es buena consiguen atraer a decenas de miles de visitantes al año: Atapuerca, Numancia, Emérita y Tarraco, las cuevas con arte paleolítico de la región cantábrica y muchos otros sitios arqueológicos (<http://www.arqueoturismo.net/>). Y ver y “tocar” los restos arqueológicos *in situ* siempre constituye un estímulo atractivo para todos los públicos (Ruiz Zapatero, 1998). Las visitas guiadas cada vez tienen más demanda así como cualquier actividad participativa. Un caso



FIGURA 3. El miedo a los museos arqueológicos (Viñeta de El Roto, modificada).

especial es la de las visitas a excavaciones en desarrollo, desde la bienvenida rotunda de hace años (Binks *et al.*, 1988) no ha habido mucho interés en publicar experiencias y estrategias (Moshenska, 2009b) y en nuestro caso no conozco ningún estudio ambicioso en esta dirección. Por otra parte, hay un peligro continuo: debemos combatir la pura mercantilización de los sitios arqueológicos (Rowan y Baram, 2004) y el mero consumismo patrimonial (Ruiz Zapatero, 2009a).

Los libros de divulgación arqueológica ofrecen un panorama bastante triste: pocos buenos realizados por profesionales y algunos más –no muchos ciertamente– muy mediocres escritos por aficionados de muy distinta naturaleza. La visita a cualquier librería no deja lugar a dudas y la ausencia de *best sellers* (salvo el caso del fenómeno Atapuerca) confirma la atonía de este tipo de publicaciones. No existe ni una serie que merezca tal nombre dedicada a la arqueología, ya que las pocas existentes (Ariel, Akal, Crítica y Síntesis) son más bien universitarias.

Las revistas de divulgación histórica, presentes en muchos quioscos y puntos de prensa, incluyen eventualmente artículos de arqueología. A las pioneras *Historia 16* e *Historia y Vida* han ido siguiendo otras como *La Aventura de la Historia*, *Clio*, *National Geographic Historia*, *Historia de Iberia Vieja*, *Muy Historia*, *Memoria*, *BBC Historia* y otras de ámbito autonómico como las catalanas *Sàpiens* y *L'Avenç*, la andaluza *Andalucía en la Historia* y la madrileña *Madrid Histórico*. En conjunto estas revistas han realizado una verdadera “revolución silenciosa” (Casals y Casals, 2004) sobre todo si tenemos en cuenta que, en conjunto, tiran más de 350.000 ejemplares y que pueden llegar a tener más de un millón de lectores potenciales cada mes (Ruiz Zapatero, 2009b: 20). Presentan, en principio, un potencial alto para difundir cuestiones arqueológicas, aunque los trabajos de arqueología no son muy numerosos. A esas revistas habría que sumar las pocas revistas estrictamente de arqueología como *Revista de Arqueología*, bastante venida a menos, y que cuenta con un estudio pionero (Mansilla, 2001) que amplía una experiencia americana (Gero y Root, 1996), y *Arqueo*. Sólo muy recientemente estamos empezando a analizar sus contenidos y difusión real así como el valor de las revistas esotéricas que publican pseudoarqueología (Domínguez-Solera, 2009). En estas revistas, con tiradas nada desdeñables, la *fringe archaeology* repite continuamente una temática limitada: la Atlántida, extraterrestres, Egiptología, Arqueoastronomía, antiguas religiones, grafismos misteriosos y arte (Fagan, 2006).

La arqueología en libros infantiles y juveniles constituye un fenómeno reciente en nuestro país, comparado con otros (Galanidou y Dommasnes, 2007). Al lado de una mayoría de traducciones de originales franceses y británicos se van publicando algunos títulos propios que configuran un apreciable elenco de obras en editoriales comerciales (un balance reciente en Ruiz Zapatero, 2010b: 168-175). Por otra parte las propias instituciones arqueológicas y los profesionales van ocupándose del tema; así el INRAP francés acaba de editar *La Arqueología a tu alcance* (De Filippo y Garrigues, 2009) una excelente obra para niños que explica bien y desde una perspectiva profesional la arqueología. Por su parte J. Clottes (2008), el gran especialista francés en arte paleolítico, ha escrito un delicioso texto para explicar la Prehistoria a los jóvenes aprovechando la experiencia con sus nietos, y en España J. L. Arsuaga (2008) con *Mi primer libro de Prehistoria* acaba de publicar algo parecido, que se suma a algún libro anterior como *Entre homínidos y elefantes. Un paseo por la remota Edad de Piedra* (Querol y Castillo, 2003).

El pasado arqueológico en ficción literaria cuenta con una buena tradición en Francia (Zamaron, 2007), el Reino Unido (http://www.trussel.com/f_prehis.htm) y EE.UU. (Gressens, 2005). Una pequeña parte se ha traducido al castellano, especialmente la referida a la Prehistoria (Fernández Martínez, 1991) y a la arqueología clásica: magníficos los ensayos de R. Olmos sobre diversos contextos de la Antigüedad publicados a principios de los años 1990 en *Revista de Arqueología*.

Los cómics merecen una atención especial, por la gran capacidad de atracción para niños y jóvenes –también para adultos–, cuentan con una creciente importancia en Prehistoria y Arqueología (Gallay, 2002; Ruiz Zapatero, 1997 y 2005b) y ofrecen muchas posibilidades didácticas. Los propios arqueólogos empiezan a interesarse seriamente e incluso se ha publicado un manual de introducción a la arqueología ¡todo en viñetas! (Loubser, 2003). Y ahora que se estrena la película de Spielberg sobre las aventuras de Tintin resulta oportuno reseñar el curioso e interesante libro *Hergé archéologue* (Crubézy y Senégas, 2011) que explora el trasfondo arqueológico real detrás de las historias del famoso reportero. Entre nosotros se ha iniciado la producción de historietas ambientadas en la Prehistoria como *Explorador en la Sierra de Atapuerca* (Fundación Atapuerca, 2004) inspirado en los hallazgos de *Homo antecessor* en Atapuerca y *El Poble de l'Estany* (Ayuntamiento de Banyoles, 2006), una interesante aventura ambientada en el Neolítico de Cataluña.

La arqueología en la publicidad comercial ha ido creciendo a lo largo del tiempo (Schnitzler y Schnitzler, 2006). La publicidad aprovecha las ideas populares ligadas al pasado para vender los productos que propone. En mayor o menor medida es algo que se ha hecho desde la propia configuración de la Prehistoria y la Arqueología como disciplinas, aunque en las últimas décadas es cuando ha experimentado un crecimiento mayor. Los iconos arqueológicos –sean megalitos, celtas, personajes del Egipto faraónico, esculturas griegas o romanas, templos, armas o la iconografía de la evolución humana– ayudan a reforzar conceptos como belleza, elegancia, antigüedad, fortaleza, originalidad o clasicismo aplicados a los productos comerciales que se publicitan. Nos falta en España un estudio pionero de esta clase que revelaría aspectos muy sutiles de la percepción popular de la arqueología, pero puede verse algo interesante en algún blog (<http://www.historiayarqueologia.com/profile/JaimeAlmansaSanchez>).

Conferencias y cursos dirigidos a la divulgación arqueológica son algunos de los medios más tradicionales, sobre todo las conferencias, quizás llegando a un público reducido pero de forma eficaz. Lamentablemente el género de la conferencia está en franca decadencia y resulta cada vez más difícil conseguir audiencias de cierta importancia, además los centros académicos suelen ofrecer un cierto rechazo a varios públicos (figura 4). Alternativas populares, llevando a la gente paseando por los propios restos arqueológicos, impartiendo charlas en plazas de pueblos con grandes pantallas al atardecer, o las *universidades de mayores* o *de la experiencia* pueden ser fórmulas interesantes que no hagan perder el poder de la palabra, de la comunicación verbal directa, que siempre será un valor. Las nuevas tecnologías de la información no deben anular la fuerza del discurso hablado; desgraciadamente a veces el medio es todo o casi todo y adquieren todo sentido las palabras de un sabio jefe de bedeles en una vieja universidad cuando le preguntaba al conferenciante invitado: “¿le enchufó el *power-point* o va Vd. a decir algo interesante?”.

Un mundo complejo y emergente lo constituyen los video-juegos que incluyen marcos temáticos del pasado, real o ucrónico, y que por su carácter fundamentalmente lúdico se excluyen de cualquier intento formativo o didáctico aunque en la práctica transmitan visiones y *falsos-conocimientos* que pasan a formar parte del imaginario del pasado (Watrall, 2002). Aunque yo también creo que la mezcla de realidad y fantasía en los juegos de rol no es del todo rechazable (Sevillano y Soto, 2011).



FIGURA 4. La conferencia de arqueología (Viñetas de la Familia Ulises de Benezam, en TBO, años 1960).

La arqueología en la prensa, la radio, el cine y la televisión la he analizado en otros lugares (Ruiz Zapatero, 1996, 2007 y 2009b: 19-22; Ruiz Zapatero y Mansilla, 1999) y cuenta con cierta cobertura en las principales tradiciones arqueológicas, especialmente la televisión y el cine (Clack y Britain, 2007; Hutira, 2010; Kulik, 2006; Paynton, 2002; Schmidt, 2002; Van Dyke, 2006). Tampoco falta el interés hacia la *fringe archaeology* con estudios interesantes (Fagan, 2006 y Lovata, 2007), o sobre la imagen que proyectan los medios de la figura del arqueólogo (Holtorf, 2007c). La arqueología en televisión tiene, en nuestro país, un paupérrimo desarrollo, en el que apenas cabe citar la serie de TVE *Memoria de España* (2004-2005) con una lamentable puesta en escena en los capítulos de Prehistoria y Antigüedad, el programa catalán *Sota*

Terra de TV3 (2010) (<http://www.tv3.cat/sotaterra>), una versión del famoso *Time Team* británico con mejores intenciones que resultados, y la serie *Hispania* de Antena 3 (2010) (<http://www.antena3.com/series/hispania/>) que, a pesar de su mala ambientación arqueológica, ha tenido bastante éxito con las aventuras de Viriato –más de 4,6 millones de seguidores como media– y ha iniciado su segunda temporada. Y sólo hemos empezado a chequear la arqueología en la prensa (Almansa y del Mazo, en prensa; Meneses Fernández, 2004), que como han demostrado otros estudios nos debería interesar más por la imagen social que proyecta de la disciplina (Khun, 2002).

Finalmente, Internet es un nuevo mundo que acoge todo tipo de información y consecuentemente la arqueología crece continuamente con contenidos maravillosos al lado de otros deplorables: la Red es posible de lo mejor y de lo peor. Mucha arqueología está ya en Internet, mucha más lo estará en muy poco tiempo y cada vez más los distintos públicos acudirán a buscar información en la Red. Internet es ya la gran fuente de conocimiento arqueológico popular y cabe preguntarse si no se convertirá en un nuevo registro arqueológico. En muchos aspectos ha desplazado ya, como veremos más adelante en las encuestas, a otros medios tradicionales y es, junto al cine, el medio más demandado en las sociedades avanzadas del siglo XXI.

LOS ESTUDIOS DE PERCEPCIÓN POPULAR DE LA ARQUEOLOGÍA

El estudio de las percepciones que los distintos públicos tienen de la arqueología no ha formado parte, tradicionalmente, de las agendas investigadoras de los arqueólogos, más allá de simplificaciones y afirmaciones tópicas o al menos muy superficiales (Prior, 1996; Schmidt, 2002). El interés por las percepciones populares de la arqueología forma parte de los nuevos intereses ligados a la ampliación y consolidación de la CRM, *Cultural Resource Management* (King, 2005; Lynne y Lipe, 2010), algo así como la Gestión del Patrimonio Cultural en España aunque con matices diferentes (Querol, 2010), y de la *Public Archaeology* en el ámbito anglosajón (Reino Unido, EE.UU. y Australia) a lo largo de las dos últimas décadas (Darwill, 2006; Holtorf, 2007a; Matsuda, 2004; Merriman, 2004; Moshenska, 2009a). Incluso se defiende, muy convincentemente, que la *Public Archaeology* consituye una obligación moral de todos los profesionales de la Arqueología (McManamon, 1998), aunque sólo muy recientemente se puedan hacer balances de trayectorias profesionales dentro de la Arqueología Pública como una carrera específica

dentro de la disciplina (Saunders, 2011). Lo que sin duda, unido a la introducción de la materia en la universidad –pionera fue la UCL (University College London) bajo la dirección de P. Ucko–, la aparición de una revista específica *Public Archaeology* (2000) y el fuerte crecimiento de trabajos en revistas y sesiones en congresos del último decenio, ha supuesto la mayoría de edad de la especialidad. Pero el estudio de la percepción popular de la arqueología es mucho más reciente en nuestro país (Almansa, 2006 y 2011) y otros países europeos; y prácticamente inexistente en la mayor parte del resto del mundo (pero véase Katsamudanga, 2009).

Se trata de un tipo de estudios que se encuentran en una fase pionera, incluso en el mundo anglosajón como veremos a continuación. Con dos grandes problemas: primero, el escasísimo número de investigaciones realizadas y segundo, el desigual valor de las muestras que han empleado esos pocos trabajos. A todo ello habría que añadir la manera de realizar las preguntas o los formularios con preguntas cerradas que sesgan, sin duda alguna, las respuestas y, en consecuencia, relativizan el valor de las comparaciones entre las percepciones de distintos países. Eso significa sencillamente que conocemos relativamente mal cuáles son las opiniones, los imaginarios y las actitudes de las diferentes audiencias sobre nuestra disciplina. Con todo, aquí intento ofrecer un resumen crítico de los resultados disponibles, por más que debemos ser muy cautelosos a la hora de sacar algunas conclusiones generales. Pero en algún momento hay que hacerlo aunque sólo sea para llamar la atención sobre las dificultades existentes y la necesidad de más y mejores estudios en el futuro próximo.

Existen otras vías, por supuesto, para explorar la percepción popular sobre la arqueología como demuestran el interesante estudio de Nichols (2004) a partir de los documentales arqueológicos emitidos en la televisión australiana y el análisis de la arqueología televisiva británica (Kulik, 2006; Paynton, 2002), acaso la más importante del mundo, pero por ahora parecen vías apenas esbozadas.

Para empezar, merece la pena considerar algunos de los resultados más significativos de dos grandes encuestas en América y Europa. Sin duda, la encuesta de opinión más amplia que tenemos es el famoso *Informe Harris* (Ramos y Duganne, 2000) realizado, con un amplio muestreo, en EE.UU. y que constituye hasta ahora el estudio más sólido y representativo. El *Informe Harris* revela que el 60% de los estadounidenses cree en el valor de la arqueología en la investigación y la educación, el 64% piensa que no se deberían

sacar piezas arqueológicas sin autorización de los países implicados, el 80% opina que se deben conceder subvenciones públicas para la protección de yacimientos arqueológicos, mientras que el 86% considera que se deben dedicar fondos públicos para preservar sitios de valor histórico y arqueológico. Por último, el 96% piensa que deben existir legislaciones específicas para la protección de restos arqueológicos. Sobre la importancia de la arqueología en la sociedad contemporánea los estadounidenses la califican bastante bien con una media de 7,3 sobre 10. En cuanto al interés demostrado se puede destacar que el 88% han visitado museos, el 37% han visitado sitios arqueológicos y un 11% ha participado en actos y eventos relacionados con la arqueología. Estos son sólo algunos de los resultados más interesantes del informe y teniendo en cuenta el conjunto de la encuesta, se puede afirmar que existe en EE.UU. una buena percepción del valor de la arqueología y de los restos arqueológicos como documentos históricos (figura 5). Aunque también convendría reflexionar si los porcentajes señalados son todo lo buenos que deberíamos esperar o si, por el contrario, se debería trabajar para conseguir unas valoraciones más amplias y positivas. Y también se deberá trabajar para caracterizar mejor las diferencias de opinión según los niveles de estudio, porque así se podrán planificar actuaciones más eficaces en las presentaciones a los distintos públicos o audiencias.

Otra encuesta reciente y muy amplia es la encargada por el INRAP al Instituto Ipsos (2010) para explorar la percepción de la arqueología en Francia (De Sars y Cambe, 2011). Los franceses opinan mayoritariamente que la investigación arqueológica es bastante útil (62%) o muy útil (24%) lo que significa que ocho de cada diez franceses cree que la arqueología es una actividad de utilidad pública. Los interesados estrictamente en la arqueología son uno de cada cinco, que ascienden a dos de cada cinco si consideramos la historia y la arqueología de forma conjunta. Datos que resultan francamente alentadores (figura 5). Además tienen un gran interés por las excavaciones y hallazgos de sus regiones, visitando yacimientos y asistiendo a jornadas de “puertas abiertas”. Un 15% ha visitado al menos un sitio arqueológico en el último año y existe un vivo interés por la presentación de los vestigios *in situ*. Puede afirmarse que la gente considera a los restos arqueológicos como “su pasado” y que éstos ayudan a situar a cada ciudadano en un territorio y su historia. El interés y conocimiento arqueológico es parecido en ámbitos urbanos y áreas rurales y atraviesa a los diversos segmentos de edad y los dos sexos; en ese

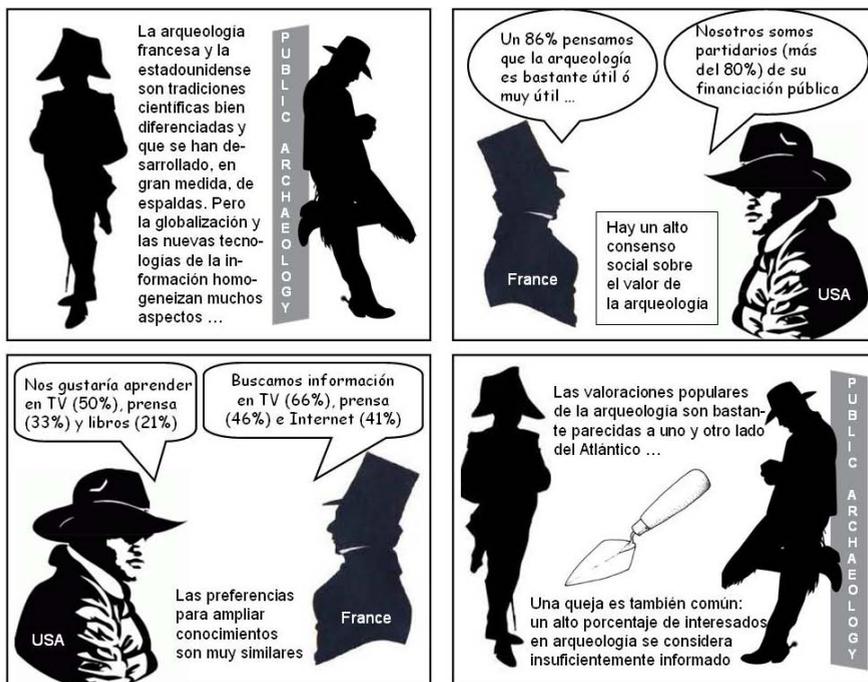


FIGURA 5. Las percepciones populares sobre la arqueología en las grandes encuestas de Francia y EE.UU. (datos según De Sars y Cambe, 2011 y Ramos y Duganne, 2000).

sentido la *mediación* arqueológica es así un importante medio de “democratización cultural” en la Francia contemporánea.

Pero sobre todo, sería muy importante poder contar con encuestas tan amplias como la norteamericana o la francesa en muchos países y desde luego en el nuestro. Creo firmemente que lo que piensa la ciudadanía de un país sobre su arqueología es una base fundamental para orientar el conjunto de actuaciones y programas arqueológicos en todos los niveles: organizativo, financiero, legislativo, investigador y divulgador. Un proyecto nacional de investigación, coordinado por Comunidades Autónomas, sobre este aspecto sería importantísimo en España para esbozar sensibilidades y conocer las actitudes generales y las particularidades y peculiaridades –que seguro existen– en cada Comunidad Autónoma.

La exploración de percepción pública de la arqueología, como ya he señalado, constituye un hecho reciente que apenas sobrepasa la última década y además los estudios son escasos y con muestreos bastante limitados. La in-

formación más relevante, además de la estadounidense (Ramos y Duganne, 2000) y la francesa (De Sars y Cambe, 2011) ya comentadas, corresponde a Australia y Canadá, dos tradiciones arqueológicas punteras a nivel mundial. Me quiero centrar en tres cuestiones bien analizadas en los estudios sobre estos dos países (Balme y Wilson, 2004; Pokotylo, 2002, 2007 y Pokotylo y Guppy, 1999) y en el único trabajo pionero en España (Almansa, 2006): primero, la relevancia o importancia que se le concede a la arqueología en el mundo contemporáneo, segundo, las actividades y objetivos que se le atribuyen o asocian, y en tercer lugar, las fuentes y medios de información que emplea la gente y/o le gustaría tener a su disposición para informarse y aprender arqueología y, en consecuencia, el grado de información que las audiencias no-especializadas consideran que tienen.

Sobre la primera cuestión, la relevancia de la arqueología a nivel popular (figura 6), aún admitiendo el valor muy relativo de las encuestas por las muestras limitadas y el sesgo que introduce la presentación de respuestas cerradas, la valoración global es bastante buena –siguiendo la tónica que ya hemos visto para franceses y norteamericanos– si tenemos en cuenta que los canadienses piensan, en algo más del 89%, que la arqueología es relevante para la vida moderna (más del 61% la juzga muy o bastante relevante), mientras que entre los australianos los valores son algo más moderados. Para el 57% es relevante con distintos matices aunque para el 30% es poco relevante y además un 10% no sabe/no contesta. Con estos resultados parece claro que

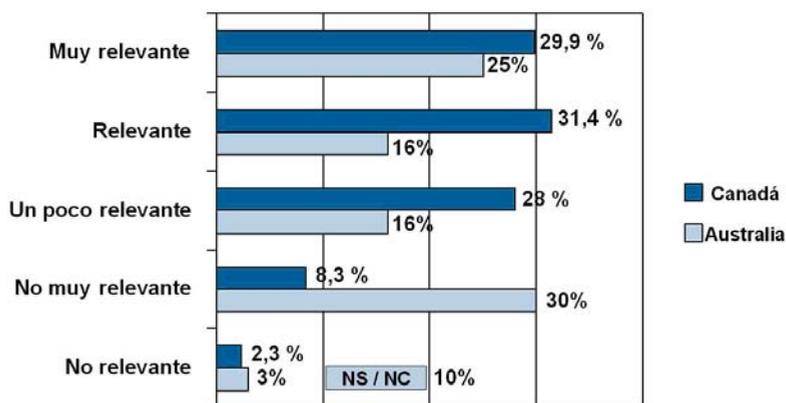


FIGURA 6. Valoración del grado de relevancia de la arqueología entre canadienses y australianos (datos a partir de Pokotylo y Guppy, 1999 y Balme y Wilson, 2004).

se reconoce, con mayor o menor intensidad, el valor de la arqueología en las sociedades desarrolladas contemporáneas y además la arqueología interesa de forma especial a porcentajes muy estimables de las distintas sociedades: un 19% de franceses – que va hasta el 43% si unimos arqueología e historia (De Sars y Cambe, 2011), y se eleva a un 67% de australianos (Balme y Wilson, 2004); valores no muy alejados se pueden manejar para los otros países con información disponible (Pokotylo y Guppy, 1999). La arqueología llama la atención y despierta tanto o más interés que disciplinas como la filosofía, la astronomía o la sociología, básicamente porque permite aprender del pasado para abordar el futuro y porque la arqueología nos ayuda a comprender el mundo en que vivimos. Sin duda creo que el público se interesa más por la arqueología que los arqueólogos por los distintos públicos.

La segunda cuestión gira en torno a las actividades y objetivos de la arqueología o, dicho en otras palabras, qué es lo que hacen los arqueólogos. La percepción que tiene la gente dibuja contornos relativamente parecidos en las distintas encuestas nacionales. Así en América los estadounidenses asocian arqueología con excavación (22%), porcentaje que iría hasta un 50% si añadimos excavar artefactos antiguos, huesos o restos de culturas y civilizaciones antiguas; a ello hay que añadir un 12% que la relaciona con la historia y el patrimonio (Ramos y Duganne, 2000). Otras respuestas tienen valores bajos y sólo resulta preocupante un 10% que piensa que los arqueólogos también excavan dinosaurios, una confusión con la paleontología que sigue presente en todas las percepciones populares. De todas formas un estudio pionero de Feder (1984) detectaba muchos más errores y distorsiones, incluso entre estudiantes universitarios. Hoy parece que en EE.UU. la mayoría de la población percibe bien que los arqueólogos se dedican al estudio de las civilizaciones desaparecidas. En Australia, también la excavación constituye la primera caracterización de la arqueología (37%), y si añadimos un 26% que declara la investigación del pasado y un 7% con un ambiguo “investigar” llegamos a la conclusión de que tres de cada cuatro australianos identifica más o menos correctamente las tareas de los arqueólogos (Balme y Wilson, 2004: 20-21). El resto se reparte entre un preocupante y sorprendente 23% que reduce la arqueología a la búsqueda de dinosaurios y un 3% de “románticos-fantásticos” (figura 7) que la vincula a una actividad aventurera bien ejemplificada en las películas de *Indiana Jones* (Bathurst, 2000-2001; Gresh y Weinberg, 2008), figura que como otros arqueólogos *heroicos* ha sido rigurosamente analizada (Zarmati, 1995) y goza de mayor popularidad que *Lara Croft* (Zorpidu, 2004).

Bastante sorprendente y curiosa, al menos desde la perspectiva española, resulta la visión desde Canadá de lo que la gente relaciona con la arqueología a nivel mundial (Pokotylo y Guppy, 1999). Para un 40% se relaciona, de forma correcta, con investigar el pasado material y conservar el patrimonio. Pero luego es llamativo el alto porcentaje de respuestas que se centran en aspectos sociales y políticos de la práctica arqueológica, con casi los mismos valores alrededor de un 15%, como la religión y la política, la repatriación de propiedades culturales –sin duda al calor de las protestas realizadas por los gobiernos de Grecia y Egipto en las últimas dos décadas– y la reclamación y derechos sobre tierras de las poblaciones indígenas. No muy lejos y en la misma órbita de preocupaciones se encuentran el vandalismo, el saqueo y el comercio de antigüedades (13%) y las cuestiones relacionadas con el desarrollo del suelo (10,8%). Con esta importancia de la dimensión socio-política de la arqueología entre los canadienses no resultan sorprendentes las escasas referencias a otros temas como la Arqueología Bíblica, la Paleontología, el turismo y patrimonio, educación y algún otro, que aparecen muy marginalmente.

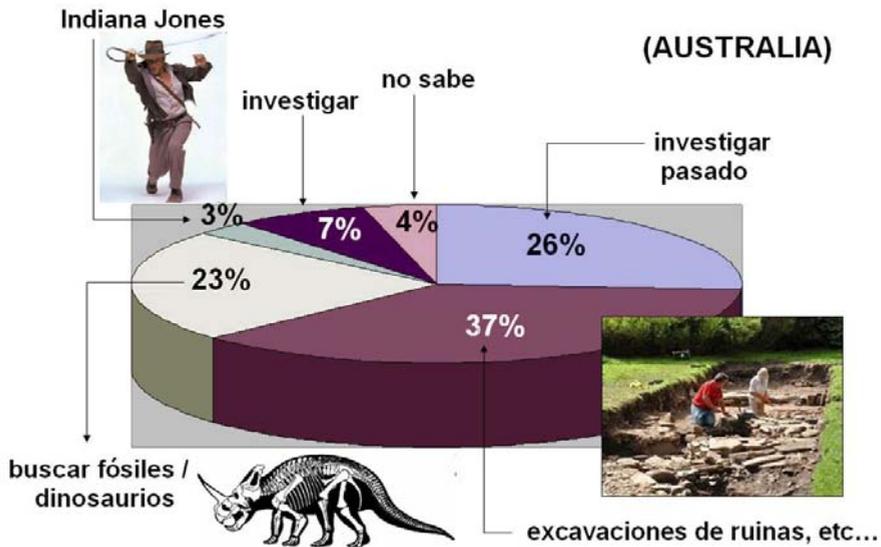


FIGURA 7. ¿Qué tipo de trabajo hace un arqueólogo? Percepciones populares del trabajo de los arqueólogos en Australia (datos según Balme y Wilson, 2004).

En España, si al estudio muy limitado de Almansa (2006), con una muestra pequeña y no aleatoria centrada en Madrid, le concedemos un cierto valor generalizador podríamos aventurar que se relaciona arqueología, de forma correcta aunque imprecisa, con evolución humana (quizás en buena medida resultado del efecto sociológico del Proyecto Atapuerca) y las culturas antiguas y de forma secundaria con los restos materiales, utensilios, herramientas y monumentos de las civilizaciones del pasado. Evolución humana, culturas antiguas y la materialidad del pasado serían los tres pilares de las percepciones de la muestra madrileña. Y aunque una gran mayoría reconoce su valor social (95%), desconoce en gran medida como funcionan los métodos arqueológicos. Con todo, el estudio de Almansa (2006) creo que tiene un buen valor orientativo –además de ser pionero en este tema– y es que la sociedad madrileña, y con toda probabilidad la española haciendo una amplísima extrapolación, no tienen mayoritariamente una idea clara de la arqueología. Y en las percepciones declaradas pesan bastante los estereotipos decimonónicos más que las ideas modernas.

La tercera y última cuestión es conocer cuales son las fuentes y medios de información que emplea la gente y/o le gustaría tener a su disposición para informarse y aprender sobre arqueología y el grado de satisfacción con que puede acceder a ellos. Esta cuestión creo que resulta especialmente relevante porque nos permite conocer cual es la realidad de cómo la arqueología llega a la sociedad, cuales son los medios y canales importantes y cuales son los deseos de la gente para poder profundizar en sus conocimientos. En este sentido, el Informe Harris (Ramos y Duganne, 2000) resulta muy esclarecedor y probablemente también orientador de por donde irán las preferencias de otras sociedades en poco tiempo. Así un 56% de estadounidenses encuestados declara que la televisión es su medio más relevante (se podían citar varios elementos por lo que los valores no se calculan sobre el 100% sino sobre el total de citas a cada uno). Las revistas (33%) y periódicos (24%) suman el segundo valor, detrás de la televisión, mientras que los libros y enciclopedias representan el 33%. No me interesa aquí tanto los valores concedidos a la enseñanza en sus diferentes tramos y sí destacar, por último, que los medios más específicamente arqueológicos: conferencias, visitas a yacimientos y museos y otros eventos de presentación arqueológica apenas llegan al 5%. El informe detalla que a los norteamericanos les gustaría aprender arqueología a través de la televisión (50%) y de revistas (22%) y libros (21%). Menos por los periód-

dicos (11%) y casi nada de las actividades estrictamente arqueológicas, pero es interesante destacar que sí les atrae participar en una excavación arqueológica (10%) y en actividades de “hands on” (White, 2005) que impliquen un contacto directo con materiales y/o experiencias arqueológicas (7%), aspecto que empiezan a incluir los mejores museos arqueológicos de EE.UU.

Los franceses, que de media citan dos medios distintos, declaran sus preferencias para informarse sobre arqueología por este orden (De Sars y Cambe, 2011): televisión (66%), Internet (44%), prensa generalista, periódicos y revistas (36%) y prensa especializada en arqueología (10%). Por detrás quedan los museos (10%), los libros (7%) y las actividades arqueológicas participativas (7%). Entre éstas, los grandes espectáculos de recreación histórico-arqueológica están creciendo mucho y con gran interés de público pero no son inocentes (Ucko, 2000). Otros medios tienen valores muy bajos. Es interesante en el caso de Francia que la televisión es, muy destacadamente, el medio favorito, y subrayar el alto valor, un 46% que le otorga la segunda posición, de la prensa escrita en su conjunto, algo bastante lógico al tratarse de un país muy culto y con altos índices de lectura. Pero sobre todo creo que es muy importante destacar la visibilidad de Internet, algo que en el Informe Harris y en los estudios canadienses no tenía relevancia sin duda por las fechas de sus encuestas en la década de los 90 del siglo pasado. La encuesta francesa demuestra el gran valor concedido a Internet en la actualidad y me atrevo a pronosticar su crecimiento continuado en los próximos años. La oferta francesa sobre arqueología de páginas web institucionales y de otro tipo, blogs de toda clase y otras fórmulas en Internet es muy grande, variada y de un nivel medio bastante alto. Una tendencia muy a tener en cuenta de cara al futuro.

En el caso australiano (Balme y Wilson, 2004: 22), con respuestas muy repartidas, la primera posición es la televisión y si le sumamos el cine supone un 26%, la prensa sigue a continuación con un 16%, los libros representan un apreciable 15%, mientras que los museos se quedan con un 13% y los viajes con un 7%. Un valor aparte hay que concederle a la enseñanza, que alcanza un 15% en todos los tramos educativos, y valores insignificantes logran otros medios. Pero hay que recordar que la encuesta australiana se hizo entre jóvenes universitarios, y sin duda, el perfil de la percepción corresponde a un público muy concreto y con más capacidad para buscar y valorar ciertos medios para informarse sobre arqueología que otros grupos sociales.

Los resultados canadienses (Pokotylo y Guppy, 1999), una vez más con respuestas que incluyen más de un medio, apuntan a la preeminencia de la televisión (54,5%), que todavía podríamos ampliar si sumamos el valor del cine, pero el primer puesto es para los museos (57,5%) que demuestran contar con un gran aprecio. A continuación siguen los viajes (36,7%), los libros (24,3%) y las revistas (23,6%). En conjunto, aunque el perfil general encaja con el modelo occidental que estamos viendo, la manera de informarse de los canadienses tiene matices propios, especialmente en lo que refiere al valor concedido a los museos.

Por último, la superficial valoración española (Almansa, 2006) aunque tomada con toda clase de reservas ofrece la siguiente silueta de cómo se aprende del pasado: televisión (31,5%), prensa (14,2%), yacimientos arqueológicos (11,7%), museos (10,5%) y libros (4,2%). Otros medios son anecdóticos y casi un 11% declaró que no aprendía de ninguna manera. En este caso el sesgo parece ser que buena parte de la muestra estaba muy relacionada con la arqueología, de ahí seguramente los sorprendentes valores de la importancia de yacimientos y museos.

La importancia capital de la televisión (Holtorf, 2007a: 52-54), el papel destacado de los libros y prensa escrita de todo tipo y la fuerte emergencia de Internet en las sociedades más avanzadas parecen dibujar las preferencias de los medios que la gente utiliza para informarse de arqueología. Museos y viajes quedan en su segundo plano y habría que recordar la importancia concedida a todas las experiencias arqueológicas que permitan la participación activa de los distintos públicos. Otra cosa –ciertamente muy relevante para la comunidad científica– es la opinión que tiene la gente de la facilidad con la que se puede acceder, en general, al conocimiento arqueológico. En este punto los canadienses opinan que es bastante o muy accesible en más de un 42% pero un 37,5% opina que sólo es algo accesible y un 20% piensa que lo es muy poco o nada. La encuesta francesa revela también una cierta queja ya que sólo un 21% de franceses que se declara “interesado” se considera suficientemente informado sobre las excavaciones y actividades de su entorno geográfico, mientras que el 77% considera que la información es insuficiente. El lado bueno de estas opiniones es que revelan la existencia de una fuerte demanda de información arqueológica; algo muy positivo y que debería presionar a la comunidad arqueológica para intensificar la divulgación y la participación en la disciplina de las diferentes audiencias.

Para descansar un poco de tanta encuesta y datos estadísticos y recordar que la percepción popular de la arqueología es fluida y que la propia arqueología desarrolla continuamente nuevas fórmulas de divulgación voy a mostrar un caso anecdótico pero muy revelador. A mediados de los años 1990 una revista de humor, *El Jueves*, incluyó en sus páginas una parodia de los cursos a distancia de conocidas academias que incluían –y siguen incluyendo– cursos sobre los más pintorescos temas. La parodia humorística eran dos cursos, uno para “construir tu pirámide” y el otro un “curso práctico para tallar sílex” (figura 8). El ingenio humorístico de los detalles de la supuesta publicidad está fuera de toda duda, pero más de quince años después el humor surrealista ha perdido buena parte de su fuerza porque resulta que ahora si que es posible encontrar cursos bastante parecidos en museos, cursos de verano o actividades de parques arqueológicos. El humor surrealista de ayer se ha trocado en una realidad seria hoy; otra cosa es que a alguien le siga resultando humorística esa realidad.



FIGURA 8. Visión humorística de cursos de arqueología en la revista *El Jueves*, hacia mediados de los años 1990.

A modo de conclusión provisional me atrevería a resumir la situación de las percepciones populares de la arqueología en el momento actual de la siguiente manera:

(1) Se reconoce ampliamente el valor y la utilidad de la arqueología, y de forma bastante amplia se admite su relevancia en el mundo actual. Y se detecta, cada vez más, una mayor sensibilidad hacia los restos arqueológicos y la importancia y necesidad de su protección, conservación y disfrute por todos los públicos.

(2) Existen más problemas en la percepción de la naturaleza de la arqueología y, aunque de forma correcta se relaciona con las excavaciones y los restos materiales de las sociedades del pasado, se encuentran distorsiones –confusión con la Paleontología y dimensión romántico-aventurera– y sobre todo, bastante desconocimiento con los métodos de investigación arqueológica. Podríamos concluir diciendo que, de forma general o superficial, se identifica relativamente bien la arqueología pero no hay una percepción clara de su verdadera naturaleza, formas de trabajo e implicaciones sociales.

(3) En cuanto a las formas de aprender arqueología, hay una escala de medios que parece bastante uniforme en los casos de sociedades occidentales considerados: el primer puesto indiscutible es para la televisión, el segundo, aunque no constatado plenamente, creo que puede ser Internet, mientras que el tercer lugar corresponde a las revistas y prensa. Según los casos el cuarto puesto se lo pueden disputar los libros y los museos. Y es importante reconocer la escasa atracción de las formas de divulgación específicamente arqueológicas (conferencias, visitas a sitios, etc ...) o quizás de forma más exacta su escasa capacidad para llegar a mucha gente. La demanda de más arqueología televisiva y más *arqueología internetizada* dibujan, sin duda alguna, una tendencia que no hará otra cosa que crecer, y plantean serias responsabilidades de futuro a las instituciones y a toda la comunidad arqueológica.

(4) Se necesita de forma urgente, por un lado, contar con encuestas de muestras más amplias y representativas y, por otro lado, plantear encuestas dirigidas específicamente a los distintos tipos de público, ya que las encuestas generalistas están bien para conocer valoraciones globales pero pueden ocultar diferencias notables según las diferentes audiencias. Indagar sobre cada colectivo particular deberá ser un objetivo irrenunciable para los próximos años.

PERSPECTIVAS DE FUTURO
POR UNA ARQUEOLOGÍA MÁS INCLUSIVA

La arqueología es una disciplina que vive desde hace décadas con la obsesión de llegar cada vez a más gente, a audiencias más amplias. Y en esa obsesión una explicación fundamental es, sin duda, que la arqueología trata de la gente, de la gente del pasado que de alguna manera es inevitable que atraiga, interese o incluso fascine a la gente del presente. Los objetos y los restos arqueológicos son la materia prima de nuestro estudio pero el objetivo real es llegar a las sociedades del pasado. No podemos simplemente “cosificar” el pasado y transmitir historias de objetos si realmente queremos llegar a muchos públicos, para ello quizás una clave es que deberíamos hacer el pasado más humano, transmitir un pasado sobre la gente más que sobre objetos (Balme y Wilson, 2004: 24). Por otra parte, en las tareas de alcanzar a más audiencias y de forma más eficaz hay que reconocer que no existen “super-arqueólogos”. Lo que hay es un colectivo cualificado y diversificado que, si quiere actuar con fuerza, precisa de la suma de todos los sectores de la arqueología, fundamentalmente la academia, la administración, los museos y las empresas (Criado, 1996). En esa dirección necesitamos dos cosas: primero, recuperar la conciencia de unidad de la disciplina –la arqueología es una por más que existan distintas esferas de actividad– para hablar todos la misma lengua, y segundo, fortalecer las relaciones entre los cuatro colectivos desde el respeto y la diversidad.

Todos deberíamos compartir una tarea importante: no sólo explorar y reconocer los medios que configuran las percepciones populares del pasado arqueológico sino también embarcarnos en lo que yo denominaría la “excavación” de esos medios en la conciencia individual y colectiva. Me refiero a la posibilidad de “excavar”, estratigráficamente, como se han ido originando, superponiendo e interfiriendo los distintos medios populares que constituyen la percepción pública del pasado (figura 9). Es evidente que en los imaginarios arqueológicos de la gente han intervenido los conocimientos escolares y de otros niveles educativos, los libros infantiles, las obras de ficción literaria, la televisión, las películas y documentales, los cómics, los video-juegos, Internet, periódicos y revistas, y muchos otros elementos populares que construyen visiones determinadas del pasado. Una investigación sociológica que intentara documentar esos medios como niveles o sustratos en los cerebros de la gente, para explorar su orden de superposición, sus relaciones mutuas,

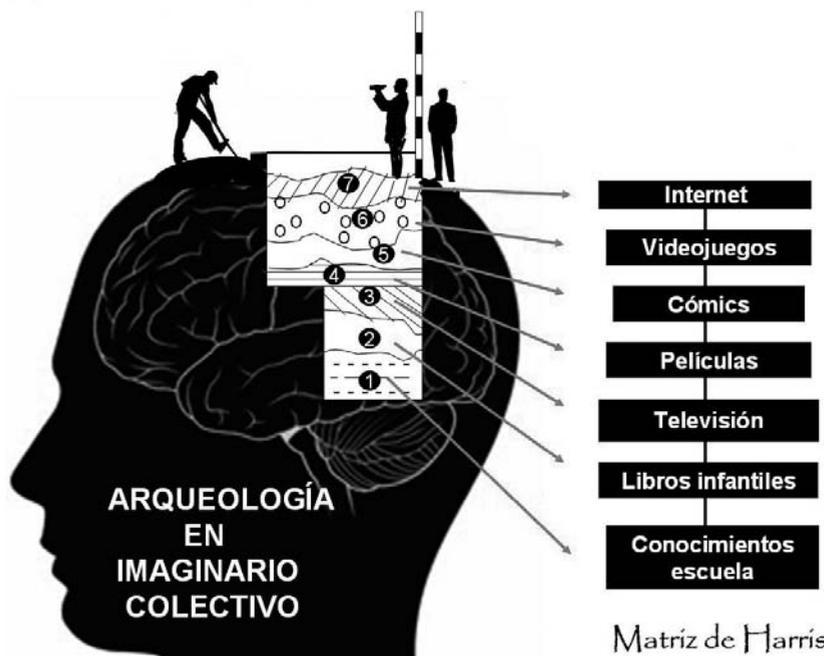


FIGURA 9. Excavando las percepciones del pasado en la mente del imaginario colectivo: metáfora para deconstruir las ideas previas.

y el peso relativo de su importancia proporcionaría conocimientos valiosísimos para dibujar los contornos de la percepción popular de la arqueología en cada sociedad. Algo así como elaborar una gigantesca y colectiva matriz de Harris que ayudara a entender los imaginarios de los distintos públicos.

Se trataría de construir una visión desde la academia de cómo se contempla la arqueología desde los no-arqueólogos, una perspectiva no disciplinar sino popular, una “arqueología como cultura popular” tal y como ha reivindicado Holtorf (2005 y 2007a). Una mirada a “los otros” para ver cómo nos perciben. Y en esa perspectiva *no-arqueológica* sino popular hay multitud de caminos, de líneas que merecen la consideración y el análisis de la comunidad arqueológica. Sólo quiero citar algunas de esas aproximaciones populares de las que podemos aprender mucho los arqueólogos, y a través de las cuales podemos practicar una arqueología mucho más inclusiva, una arqueología que atraiga e implique a cuantas más personas mejor, y sobre todo, que *a priori* no excluya a nadie.

En primer lugar las historietas o cómics que ofrecen varias reflexiones variadas. Para empezar las viñetas de los cómics se expresan fundamentalmente con imágenes –cierto que no únicamente sino junto a textos y “bocadillos”–, y las imágenes son también fundamentales en arqueología, ya que nuestra disciplina, como bien ha dicho Moser (1998), es una disciplina fuertemente visual. Por lo tanto las imágenes de los cómics pueden asemejarse a las ilustraciones de reconstrucción escénica que empleamos en arqueología (Lagar-dere, 1990). Existe un fuerte componente visual del mundo material que une al cómic con la arqueología (Ruiz Zapatero, 1997). Las ilustraciones de los cómics pueden representar visualmente el pasado con mucho realismo y con mucho atractivo. Y mi pregunta es si los cómics, que con asesoramiento de arqueólogos cada vez son más frecuentes, y las reconstrucciones artísticas que dibujan o encargan los arqueólogos se diferencian realmente en algo. Incluso, en ocasiones, un mismo dibujante es el autor de un cómic y de ilustraciones en libros de arqueología académica (Gallay, 2006; Ruiz Zapatero, 2010a), todavía más, unas viñetas de cómic pueden ser tan científicas como un manual e incluso mejorar visualmente una explicación; por ejemplo la técnica de talla Levallois, de obtención de lascas de forma predeterminada por percusión directa, suele estar mal explicada gráficamente en casi todos los textos especializados o, al menos, no resulta muy clara para ser visualmente comprendida por los estudiantes; pero la página de *Neanderthal* de E. Roudier (2007) ofrece la mejor explicación gráfica que conozco de la talla Levallois ¡y es un cómic! (figura 10). Estoy convencido de que hay muchas posibilidades de construir divulgación arqueológica de altura en este medio.

Los libros de divulgación arqueológica, que como hemos visto siguen manteniendo una posición respetable entre los medios de información de la gente, constituyen un género muy importante. Pero aunque en otras tradiciones los arqueólogos se implican bastante, en España la situación es mucho más penosa. Muy pocos libros de arqueología tienen vocación de alta divulgación, bastantes de los que se publican no están escritos por especialistas y, salvo muy contados casos –los éxitos del equipo de Atapuerca–, apenas cuentan con tiradas grandes y logran poca proyección social en librerías, suplementos de libros de periódicos y casi nula atención en otros medios de comunicación. Mucha de nuestra producción no logra proyección popular, probablemente porque en la mayoría de los casos eso ni se plantea como objetivo. Con seguridad nos asustaríamos si conociéramos las ventas de mu-



FIGURA 10. Viñetas de E. Roudier en *Neanderthal. Le cristal de chasse, t. I* (Éditions Delcourt, 2007) que muestran la técnica de talla Levallois.

chos libros que apenas son leídos. Y sobre todo, quizá el problema es que resultan ilegibles y poco atractivos para muchos públicos. De los escritos por no-profesionales o profesionales poco cualificados habría que decir, con la feliz expresión de Javier Marías, que hay mucha “mercancía averiada” que, desgraciadamente no permite ninguna denuncia, sólo lamentaciones cuando uno los tiene en la mano en las librerías. Claro que siempre he reconocido que si el mercado español pone en circulación “subproductos” de arqueología es porque la academia no se implica en la tarea y el hueco se cubre con malos

libros. De la conjunción de las dos situaciones se deriva el gris panorama de los libros de divulgación arqueológica. Las mejores pruebas de lo que digo se pueden obtener en la visita a las tiendas de los museos arqueológicos: lo más salvable son casi todas las traducciones y en la reflexión de que si alguien extranjero nos pidiera un buen libro de síntesis de toda la arqueología española deberíamos confesar que todavía no se ha escrito. ¿Valdría la pena que nos fijáramos en los libros que tienen éxito en otros países? Creo que sí. Y por otro lado, se debe recordar siempre que ser muy buen investigador no asegura ser muy buen divulgador. Además hacen falta las instituciones. El día que una institución arqueológica española se ocupe del público infantil al modo en que lo ha hecho el INRAP francés con el librito –afortunadamente traducido al castellano–, *La Arqueología a tu alcance* (De Filippo y Garrigue, 2009) habremos entrado en otra dimensión. Por ahora el público infantil en nuestro país tiene en este terreno todavía algunas limitaciones (Ruiz Zapatero, 2010b: 168-175).

El combate por la popularización arqueológica rigurosa y atractiva contra el esoterismo, la *New Age* y fantasías ucrónicas merece la pena y es necesario: la responsabilidad de la academia se extiende más allá de sus muros. Y existe, por otro lado, lo que Holtorf (2005) denomina *arqueo-appeal* que podemos aprovechar a nuestro favor (figura 11).



FIGURA 11. El “arqueo-appeal” o la magia de la arqueología en las aproximaciones populares con los temas e ideas que configuran el atractivo (siguiendo la descripción de Holtorf, 2005).

Los yacimientos y monumentos suponen la manera más directa de entrar en contacto con el pasado. Hasta hace poco tiempo no existían estudios sobre las mejores maneras de interpretar y presentar al público los sitios arqueológicos (Jameson, 1997; Silberman *et al.*, 2004), la atención se ponía en los restos, pero poco o nada en los públicos. Y no pocos problemas existen para intentar una *apocatástasis* de las ruinas, para mostrar/explicar los sitios arqueológicos en su estado original o primitivo. Pero lo que me interesa destacar aquí es que en los últimos años ha surgido una nueva línea de investigación que con el nombre de *etnografía arqueológica* (Edgeworth, 2003 y 2006) pretende estudiar con metodología etnográfica todas las formas de actuación y comportamiento de los arqueólogos incluyendo, evidentemente, las actuaciones en los yacimientos y con la gente que los visita. La etnografía arqueológica no disocia pasado/antiguo de presente/moderno y plantea que repensemos el pasado como un componente básico del presente (Hamilakis y Anagnostopoulos, 2009). Y para hacerlo debemos intentar situar nuestra práctica y nuestra interacción con las distintas audiencias bajo un estudio de tipo etnográfico, un análisis de lo que hacemos y cómo lo hacemos. En otras palabras, convertir en objeto de estudio todas las facetas de las actuaciones arqueológicas.

Por primera vez estamos así estudiando las relaciones entre los sitios arqueológicos, los arqueólogos y las poblaciones locales y visitantes, como en el interesantísimo caso de Grecia (Stroulia y Sutton, 2010). Este reciente conjunto de ensayos parte de una constatación: el pasado arqueológico griego ha estado, en buena medida, separado, disociado, del presente social. Por un lado, la investigación y presentación de sitios arqueológicos ha supuesto, de alguna manera, la destrucción de las relaciones de las comunidades locales con los sitios arqueológicos, y por otro lado, parece que algunos arqueólogos demuestran más interés por el pasado nacional griego que por el presente local. A todo ello hay que sumar una realidad: los sitios arqueológicos no se explican por sí mismos, deben ser interpretados. Tampoco hay que olvidar la internacionalización de la arqueología griega y sobre todo, un pasado de arqueología colonial demasiado cercano todavía.

Y si los sitios y monumentos arqueológicos han sido disociados de la gente es necesaria una recontextualización que permita conectar arqueología, sitios y poblaciones locales. En esa tarea –y pueden ser ideas interesantes muy extrapolables a otros casos– se aconseja: (1) trabajar por una *accesibilidad in-*

tegral, no meramente física (por ejemplo lograr traducciones de toda la investigación realizada a la lengua autóctona o crear programas de atracción local mediante grupos de reconstrucción histórica y talleres participativos); (2) estudiar detalladamente y desde planteamientos holísticos las relaciones entre las comunidades actuales, los sitios arqueológicos y los paisajes; (3) desarrollar unas prácticas arqueológicas y etnográficas colaborativas que impliquen directamente a la población local, y (4) lograr una implicación directa de los arqueólogos en mejoras de la vida local, de la vida cotidiana de la gente de la zona. Y recordar siempre que las tareas para conseguir una *accesibilidad integral*, además de física para todos (Pezzo, 2010), y unas prácticas arqueológicas y etnográficas colaborativas serán tanto más eficaces cuanto más se logre una implicación individualizada, física y multisensorial con la gente de las comunidades locales. El objetivo final de las propuestas griegas sería: lograr que las poblaciones locales aprecien la arqueología y se sientan orgullosas de su pasado y conseguir que los arqueólogos aprecien a las comunidades locales por sí mismas, independientemente del pasado arqueológico que estudian.

Realizar *estudios etnográficos* de las visitas a los sitios y monumentos arqueológicos es una experiencia muy enriquecedora y valiosa para conocer las percepciones de la gente sobre esas experiencias. Un pequeño estudio piloto que he realizado en el caso de Numancia (Soria) me permite evaluar sus posibilidades. En el año 2005 realicé varias visitas guiadas al yacimiento incluyéndome como un visitante más en los grupos, provisto de una pequeña grabadora, y atento a recoger todos los comentarios y comportamientos de los visitantes. Comprobé que, frente a las encuestas escritas o con formulario cerrado realizadas verbalmente al final de las visitas que enmascaran o distorsionan las verdaderas opiniones para mostrarse “culto” y ser “políticamente correcto”, la observación anónima de lo que dicen y hacen los visitantes permite capturar más genuinamente lo que realmente piensa la gente. Las conclusiones son muy interesantes porque recogen el verdadero sentir de los distintos públicos e incluso el lenguaje y los mecanismos de comprensión que emplean. Los propios arqueólogos tenemos en estas etnografías de las visitas guiadas a sitios y monumentos un filón de investigación por realizar y mucho que aprender para construir mejores mensajes y discursos en la presentación de los restos arqueológicos.

Para proteger el patrimonio la arqueología puede aprender mucho de la ecología. Y la ecología y la protección de la naturaleza llevan ventaja sobre el pasado en muchos sentidos y desde luego en el de sensibilización de la gente.

Hace poco tiempo en el Zoo de Central Park de Nueva York descubrí algunas alertas en los carteles que podrían servir como buenos lemas en arqueología: “trata cada oso como si fuera el último oso” se convertiría en “trata cada yacimiento como si fuera el último yacimiento” o “¡las monedas matan!” (para proteger a los patos) podría devenir en “los detectores ilegales matan” (los sitios arqueológicos). No hay en todo ello ninguna exageración.

A MODO DE EPÍLOGO

A comienzos del siglo XXI la arqueología está presente en la sociedad más que nunca, en su historia, y lo está de dos formas muy claras: 1) a través de medios que son propios de los arqueólogos, actuaciones y productos que generamos nosotros mismos, y 2) mediante una variedad de formas que son ajenas a la arqueología profesional. Las segundas son mucho más amplias y diversas y, aunque deforman, mutilan y distorsionan el pasado, tienen una capacidad de comunicación con los públicos muy superior. Es importante identificar y conocer las “otras arqueologías”, las arqueologías no-académicas, las no producidas por los arqueólogos aunque sólo sea porque resultan – sin proponérselo – muy efectivas e influyentes a la hora de construir los imaginarios populares.

Los medios no-profesionales, las arqueologías populares, ciertamente no son competencia directa de los arqueólogos pero creo que es un gran error desentendernos de ellas (Holtorf, 2007a). Pienso que nuestro trabajo debe incluir también esas arqueologías populares despreciadas porque mediante la observación, el estudio, la crítica, la ayuda y la colaboración si es preciso, podemos contribuir a crear canales populares más rigurosos, más fiables, más respetuosos con el pasado. Y todo ello porque aceptando la libertad de quienes las construyen desde posiciones no-arqueológicas costaría muy poco evitar errores, sesgos y malentendidos. Al final mi filosofía es: ¿por qué hacer algo mal cuando no cuesta más hacerlo bien? Hay muchos campos para intervenir en estos medios: para empezar usar los mitos falsos pero bien conocidos para desmontarlos y sustituirlos por conocimiento crítico (figura 12). Podemos empezar a hacerlo (Almansa, 2011).

Pero es que en nuestros medios, todos los relacionados con la arqueología profesional, también tenemos tareas urgentes: podemos y debemos mejorar la calidad y lograr mayores audiencias en las exposiciones, los museos, los yacimientos arqueológicos, las publicaciones de divulgación, los cursos, conferencias y las páginas web. Una arqueología que sitúe en primer plano a las

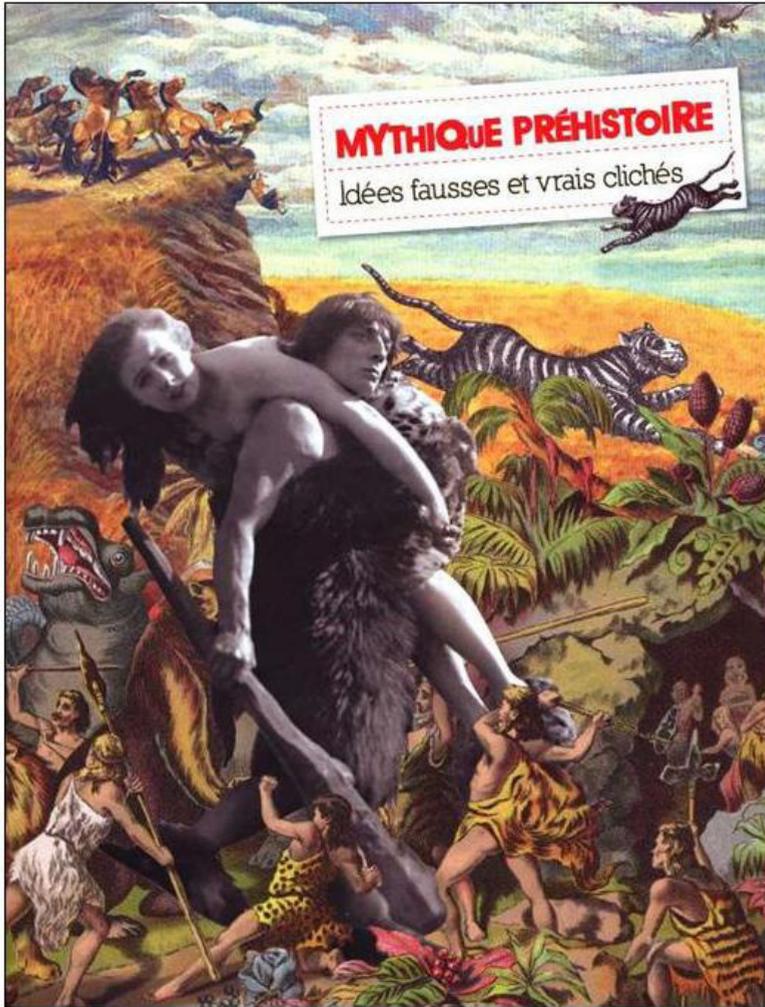


FIGURA 12. Cartel de la Exposición “Prehistoria mítica. Ideas falsas y clichés verdaderos” del Museo de Solutré (marzo de 2010 - enero de 2011).
<http://www.ocim.fr/spip.php?article2741>.

comunidades locales y tienda a ser más inclusiva es posible. Para ello hacen falta medios pero, sobre todo, hacen falta más imaginación y más ganas de implicarse con la gente. Al fin y al cabo si alguien puede ver el pasado es gracias a los arqueólogos que tenemos la obligación de la alfabetización arqueológica de la sociedad (Franklin *et al.*, 2008).

Por otra parte, es preciso realizar una mejor radiografía de cómo las distintas audiencias perciben la arqueología y el pasado. Nuestra visión es muy pobre, conocemos mal las ideas, creencias, perspectivas y valores que la gente tiene sobre la arqueología. Necesitamos encuestas a muy distintos niveles sobre las percepciones del pasado arqueológico pero también podemos acercarnos a ellas a través de foros, páginas web, blogs y otras fórmulas que ya están en Internet, una suerte de “arqueología electrónica”, porque ahí se expresan libremente ideas, creencias, perspectivas y valores populares acerca de nuestra disciplina. Incluso tenemos la posibilidad de inaugurar un campo de investigación nuevo: una arqueología de la percepción popular del pasado. Una dimensión de la historia de la arqueología que está por desarrollar.

La arqueología es el estudio de la gente del pasado a través de los restos materiales para generar conocimiento histórico que sirva a la gente del presente. Para ello precisamos conocer mejor a nuestros públicos y sus percepciones. Es lo que he intentado defender en este ensayo porque pienso que este tema es central para el desarrollo de la disciplina.

AGRADECIMIENTOS

Quiero expresar mi agradecimiento al Museo de Prehistoria de Valencia y, muy especialmente, a los organizadores de la Reunión que ha dado lugar a este libro porque me resultó muy grata y estimulante. De todas las intervenciones y de las preguntas y observaciones realizadas por los asistentes este texto es claramente deudor. Por último agradezco, muy profundamente, a los editores la infinita paciencia para ultimar la redacción de este trabajo en unas circunstancias personales que han resultado un tanto difíciles.

BIBLIOGRAFÍA

- Alcalde, G. (1995): Una aproximación a los visitantes individuales de los museos de arqueología de Cataluña, *Revista de Museología* 6, 29-35.
- Almansa, J. (2006): La imagen popular de la arqueología en Madrid, *Arqueoweb* 8/1. http://www.ucm.es/info/arqueoweb/numero8_/conjunto8_1.htm (Acceso 12/09/2011).
- Almansa, J. (2011): Arqueología para todos los públicos. Hacia una definición de la arqueología pública “a la española”, *Arqueoweb* 13, 87-107. <http://www.ucm.es/info/arqueoweb/numero-13.html#13> (Acceso 15/09/2011).
- Almansa, J., del Mazo, B. (en prensa): Tesoros, política y otros demonios. La arqueología madrileña en la prensa, *VI Jornadas de Patrimonio Arqueológico de*

- la Comunidad de Madrid* (Museo Arqueológico Regional de la Comunidad de Madrid, nov. 2010), en prensa.
- Arsuaga, J. L. (2008): *Mi primer libro de Prehistoria. Cuando el mundo era niño*. Espasa, Madrid.
- Auel, J. (2011): *La tierra de las cuevas pintadas*. Maeva, Madrid.
- Balme, J., Wilson, M. (2004): Perceptions of Archaeology in Australia amongst educated young Australians, *Australian Archaeology* 58, 19-24.
- Bathurst, R. R. (2000-2001): Keeping Up with the Jones's: Addressing Aspects of Archaeological Representation, *Nexus* 14, 1-10.
- Binks, G., Dyke, J., Dagnall, P. (1988): *Visitors Welcome: A Manual on the Presentation and Interpretation of Archaeological Excavations*. English Heritage, Londres.
- Casals, J. M., Casals, X. (2004): La historia en el quiosco: ¿una "revolución silenciosa"?, *Ayer* 25(2), 349-365.
- Clack, T., Britain, B. M. (2007): *Archaeology and the Media*. Berg Publishers, Londres.
- Clottes, J. (2008): *La Prehistoria explicada a los jóvenes*. Paidós, Barcelona.
- Copeland, T. (2004): Presenting Archaeology to the Public: Constructing insights on-site. En N. Merriman (ed.), *Public Archaeology*. Routledge, Londres, 132-144.
- Criado, F. (1996): El futuro de la arqueología ¿la arqueología del futuro?, *Trabajos de Prehistoria* 53(1), 13-26.
- Crubézy, E., Senégas, N. (2011): *Hergé archéologue*. Errance, París.
- Darwill, T. (2006): Public Archaeology: a European Perspective. En J. Bintliff (ed.), *A Companion to Archaeology*. Blackwell Publishing, Malden, 409-434.
- Davies, S. R. (2008): Constructing Communication: Talking to scientist About Talking to the Public. *Science Communication* 29(4), 413-434.
- De Filippo, R., Garrigue, R. (2009): *La Arqueología a tu alcance*. Ediciones Oniro, Barcelona.
- Domínguez-Solera, S. D. (2009): Pseudociencia y arqueología en España, *Arqueoweb* 12. <http://www.ucm.es/info/arqueoweb/pdf/12/dominguezsolera.pdf> (Acceso 10/09/2011).
- Edgeworth, M. (2003): *Acts of Discovery: An Ethnography of Archaeological Practice*. Archaeopress. BAR, Int. Ser. 1131, Oxford.
- Edgeworth, M. (2006): *Ethnographies of Archaeological Practice: Cultural Encounters, Material Transformations*. AltaMira Press, Lanham.
- Erickson, A. (2011): Outreach and Education in Archaeology, *Online Journal in Public Archaeology* 1, 45-54. <http://www.arqueologiapublica.es/index.php> (Acceso 10/09/2011).
- Fagan, G. G. (ed.) (2006): *Archaeological Fantasies*. Routledge, Londres/Nueva York.
- Faulkner, N. (2000): Archaeology from Below, *Public Archaeology* 1(1), 21-33.

- Feder, K. L. (1984): Irrationality and Popular Archaeology, *American Antiquity* 49(3), 525-541.
- Fernández Martínez, V. (1991): La arqueología de la imaginación: notas sobre literatura y prehistoria, *Arqritica* 2, 3-6.
- Franklin, M. E., Henderson, A. G., Moe, J. M. (2008): If you can see the past in the present, thank an archaeologist. Getting serious about archaeological literacy, *The SAA Archaeological Record* 8(1), 36-39.
- Galanidou, N., Dommasnes, L. H. (eds.) (2007): *Telling children about the Past. An Interdisciplinary Perspective*. Michigan, International Monographs in Prehistory, Ann Arbor.
- Gallay, A. (2002): Archéologie et bande dessinée: mérites et limites d'une utopie. En P. Jud y G. Kaenel (eds.), *Lebensbilder – Scènes de vie*. Actes du Colloque de Zoug (13-14 mars 2001). Groupe de travail pour les recherches préhistoriques en Suisse (Documents du GPS, 2), Lausana, 107-113.
- Gallay, A. (ed.) (2006): *Des Alpes au Léman : images de la préhistoire*. Gollion, Infolio.
- García Blanco, A., Pérez Santos, E., Andonegui, M. O. (1999): *Los visitantes de museos: Un estudio de público en cuatro museos*. Ministerio de Educación y Cultura, Madrid.
- Gero, J., Root, D. (1996): Public Presentations and Private Concerns: Archaeology in the Pages of National Geographic. En R. W. Preucel y I. Hodder (eds.), *Contemporary Archaeology In Theory: A Reader*. Blackwell Publishers, Oxford, 531-548.
- Gressens, B. (2005): Archaeology in Fiction; the Good, the Bad and the Ugly. <http://www.uwlab.edu/mvac/newsreviews/bookreview/Archaeology%20in%20Fiction.pdf> (Acceso 17/09/2011).
- Gresh, L. H., Weinberg, R. (2008): *¿Por qué tenían que ser serpientes? Los misterios de Indiana Jones*. Ediciones Robinbook, Barcelona.
- Hamilakis, Y., Anagnostopoulos, A. (eds.) (2009): Archaeological Ethnographies, *Public Archaeology* 8(2-3).
- Hargreaves, I., Ferguson, G. (2000): Who's Misunderstanding Whom? Bridging the Gulf of Understanding between the Public, Media and Science. http://www.esrc.ac.uk/_images/Whos_misunderstanding_whom_tcm8-13560.pdf (Acceso 20/09/2011).
- Hernández Hernández, F. (2010): *Los museos arqueológicos y su museografía*. Ediciones Trea, Gijón.
- Hoffer, P. C. (2008): *The Historian's Paradox. The Study of History in Our Time*. New York University Press, Nueva York-Londres.
- Holtorf, C. (2005): *From Stonehenge to Las Vegas: Archaeology as Popular Culture*. AltaMira Press, Walnut Creek.

- Holtorf, C. (2007a): *Archaeology is a brand! The meaning of archaeology in contemporary popular culture*. Left Coast Press, Walnut Creek.
- Holtorf, C. (2007b): Can you hear me at the back? Archaeology, communication and society, *European Journal of Archaeology* 10, 149-165.
- Holtorf, C. (2007c): An archaeological fashion show: how archaeologists dress and how they are portrayed in the media. En T. Clack y M. Brittain (eds.), *Archaeology and the media*. Left Coast Press, Walnut Creek, 69-88.
- Hutira, J. (2010): Archaeology and the media in the 1990s, *The SAA Archaeological Record* 10(5), 32-34.
- Jameson, J. H. (1997): *Presenting archaeology to the public: digging for truths*. AltaMira Press, Lanham.
- Katsamudanga, S. (2009): Consuming the Past: Public perception towards the discipline of archaeology in Zimbabwe. http://sanord.uwc.ac.za/usrfiles/users/9174080913/Conference_2009/Katsamudanga_PAPER.pdf (Acceso 5/10/2011).
- Khun, R. (2002): Archaeology under a microscope: CRM and the press, *American Antiquity* 67(2), 195-213.
- King, T. F. (2005): *Doing Archaeology: a Cultural Resource Management Perspective*. Left Coast Press, Walnut Creek.
- Kristiansen, K. (2008): Should archaeology be in service of 'popular culture'? A theoretical and political critique of Cornelius Holtorf's vision of archaeology, *Antiquity* 82, 488-492.
- Kulik, K. (2006): Archaeology and British television, *Public Archaeology* 5, 75-90.
- Lagardere, G. (ed.) (1990): *Peintres d'un monde disparu. La préhistoire vue par des artistes de la fin du XIX siècle à nos jours*. Solutré-Pouilly, Musée Departamentale de Préhistoire de Solutré.
- Laneri, N. (2002): Crossing Boundaries. Some thoughts about communication in archaeology, *Archaeological Dialogues* 9(2), 90-97.
- Lerner, S. (2010): Media relations: a new millennium, *The SAA Archaeological Record* 10(5), 35-37.
- Little, B. (ed.) (2002): *Public Benefits of Archaeology*. University Press of Florida, Gainesville.
- Loubser, J. H. N. (2003): *Archaeology: The Comic*. AltaMira Press, Lanham.
- Lovata, R. (2007): *Inauthentic Archaeologies. Public uses and abuses of the past*. Left Coast Press, Walnut Creek.
- Lowenthal, D. (1999): *The Past is a Foreign Country*. Cambridge University Press, Cambridge.
- Lynne, S., Lipe, W. D. (eds.) (2010): *Archaeology and Cultural Resource Management: Visions for the Future*. School for Advanced Research Press, Santa Fe.

- Lull, V. (2007): *Los objetos distinguidos: la arqueología como excusa*. Bellaterra, Barcelona.
- Malloy, M., Jeppson, P. L. (2009): Public outreach efforts at SAA. Collaborating for effective community engagement. *The SAA Archaeological Record* 9(4), 30-32.
- Mansilla, A. (2001): Una mirada a otros pasados. Las imágenes de la arqueología a través de las páginas de Revista de Arqueología, *Arqueoweb* 3(3). <http://www.ucm.es/info/arqueoweb/pdf/3-13/mansilla.pdf> (Acceso 08/09/2011).
- Mansilla, A. (2004): *La divulgación del patrimonio arqueológico en Castilla y León: un análisis de los discursos*. Tesis Doctoral, Universidad Complutense de Madrid, Madrid. <http://eprints.ucm.es/tesis/ghi/ucm-t27682.pdf> (Acceso 10/09/2011).
- Marshall, Y. (2002): What is community archaeology?, *World Archaeology* 34(2), 211-219.
- Marwick, B. (2010): Self-image, the long view and archaeological engagement with film: an animated case study, *World Archaeology* 42(3), 394-404.
- Masriera, C. (2007): *Anàlisi dels espais de presentació arqueològics de l'Edat dels Metalls*. Tesis doctoral inédita, Universidad de Barcelona, Facultad de Formación del Profesorado, Barcelona.
- Matsuda, A. (2004): The concept of "the Public" and the aims of Public Archaeology, *Papers from the Institute of Archaeology* 15, 66-76.
- McManamon, F. (1991): The Many Publics for Archaeology, *American Antiquity* 56, 121-130.
- McManamon, F. P. (1998): Public Archaeology: A Professional Obligation, *Archaeology and Public Education* 8(3), 3-13.
- McManamon, F. (2000): Archaeological messages and messengers, *Public Archaeology* 1(1), 5-20.
- Meneses Fernández, M^a D. (2004): Prehistoria investigada, prehistoria divulgada: tratamiento periodístico del acervo prehistórico y arqueológico en prensa diaria, *Espacio, Tiempo y Forma, Serie I, Prehistoria y arqueología* 16-17, 357-371.
- Merriman, N. (1999): *Making Early Histories in Museums*. Leicester University Press, Leicester.
- Merriman, N. (ed.) (2004): *Public Archaeology*. Routledge, Londres-Nueva York.
- Moshenska, G. (2009a): What is Public Archaeology?, *Present Pasts* 1, 46-48. <http://presentpasts.info/index.php/pp/article/view/6/10> (Acceso 13/09/2011).
- Moshenska, G. (2009b): Beyond the Viewing Platform: Excavations and Audiences, *Archaeological Review from Cambridge* 24(1), 39-53.
- Moshenska, G., Dhanjal, S. (eds.) (2011): *Community Archaeology: Themes, Methods and Practices*. Oxbow Books, Oxford.
- Moser, S. (1998): *Ancestral Images: the iconography of human origins*. Cornell University Press, Ithaca.

- Nichols, S. J. (2004): *Out of the Box: Popular Notions of Archaeology in Documentary Programs on Australian Television*. Tesis inédita de B.A. en la Universidad de Queensland (Australia). http://espace.library.uq.edu.au/eserv/UQ:9459/nichols_2004.pdf (Acceso 10/09/2011)
- Nieto-Galan, A. (2011): *Los públicos de la ciencia. Expertos y profanos a través de la historia*. Fundación Jorge Juan-Marcial Pons Historia, Madrid.
- Orovio, I. (2011): Arqueología sense icona, *La Vanguardia*, 28-VII-2011.
- Owen, T., Steele, J. (2005): Perceptions of archaeology amongst primary school aged children, Adelaide South Australia, *Australian Archaeology* 61, 64-70.
- Paynton, C. (2002): Public Perception and “Pop Archaeology”: A Survey of Current Attitudes Towards Televised Archaeology in Britain, *The Archaeological Record* 2(2), 33-36 y 44.
- Pérez Santos, E. (2000): *Estudio de visitantes en museos: Metodología y aplicaciones*. Ediciones Trea, Gijón.
- Pezzo, K. A. (2010): Universal Access for Universal Value: Creating Disabled Access at Heritage Sites for those with Mobility Impairments. *Conservation and Management of Archaeological Sites* 12(4), 290-323.
- Pokotylo, D. (2002): Public Opinion and Archaeological Heritage: A National Perspective, *Canadian Journal of Archaeology* 26, 88-129.
- Pokotylo, D. (2007): Archaeology and the “educated public”. A perspective from the University, *The SAA Archaeological Record* 7(3), 14-18.
- Pokotylo, D., Guppy, N. (1999): Public opinion and archaeological heritage: views from outside the profession, *American Antiquity* 64(3), 400-416.
- Prior, F. (1996): Archaeology and the Public, British Archaeological Awards 1996 lecture. www.britarch.ac.uk/awards/baalect.html (Acceso 1/10/2011).
- Querol, M. A. (2010): *Manual de Gestión del Patrimonio Cultural*. Akal, Madrid.
- Querol, M. A., Castillo, A. (2003): *Entre homínidos y elefantes. Un paseo por la remota Edad de Piedra*. Editorial Doce Calles, Madrid.
- Ramos, M., Duganne, D. (2000): *Exploring Public Perceptions and Attitudes about Archaeology*, Society for American Archaeology, Harris Interactive, February 2000. <http://saa.org/Portals/0/SAA/pubedu/nrptdraft4.pdf> (Acceso 18/03/2011).
- Roudier, E. (2007): *Neanderthal. Le cristal de chasse*. Éditions Delcourt, París.
- Rowan, Y., Baram, U. (2004): *Marketing Heritage. Archaeology and the Consumption of the Past*. AltaMira Press, Walnut Creek.
- Ruiz Zapatero, G. (1996): La divulgación del pasado. Arqueólogos y periodistas: una relación posible, *PH: Boletín del Instituto Andaluz del Patrimonio Histórico* 17, 96-99. http://www.iaph.es/Patrimonio_Historico/cd/ficheros/4/ph17-96.pdf (Acceso 22/09/2011).

- Ruiz Zapatero, G. (1997): Héroes de piedra en papel: la Prehistoria en el cómic, *Complutum* 8, 285-310.
- Ruiz Zapatero, G. (1998): Fragmentos del pasado: la presentación de sitios arqueológicos y la función social de la arqueología. *Actes del II Seminari Arqueologia i ensenyament. Treballs d'Arqueologia*, Universidad Autónoma de Barcelona 5, 7-34.
- Ruiz Zapatero, G. (2005a): Torralba y Ambrona: de la arqueología a la divulgación, *Zona arqueológica* 5. Los yacimientos paleolíticos de Ambrona y Torralba (Soria). Un siglo de investigaciones arqueológicas, 78-103.
- Ruiz Zapatero, G. (2005b): Comics and Prehistory: a european perspective, *The SAA Archaeological Record* 5(5), 27-29 y 34.
- Ruiz Zapatero, G. (2007a): Las asociaciones de Amigos del Patrimonio Histórico y Arqueológico. En N. Alonso, E. Junyent, A. Lafuente, J. López, E. Tartera y A. Vidal (eds.), *Associacions d'Amics del Patrimoni Arqueològic. Funció i rol social en el segle XXI*. Universitat de Lleida, Lleida, 11-29.
- Ruiz Zapatero, G. (2007b): El cine de arqueología como recurso didáctico. En J. M. Iglesias Gil (ed.), *Cursos sobre el patrimonio histórico 11: Actas de los XVII cursos monográficos sobre el patrimonio histórico*. Universidad de Cantabria, Santander, 31-48.
- Ruiz Zapatero, G. (2009a): Consumiendo Patrimonio: Arqueólogos y Cultura Popular, *Anuario Vaccea* 2, 27-28.
- Ruiz Zapatero, G. (2009b): La divulgación arqueológica: las ideologías ocultas, *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Granada* 19, 11-36.
- Ruiz Zapatero, G. (2010a): La Prehistoria y los cómics, *BBC Historia* 6, 18-26.
- Ruiz Zapatero, G. (2010b): Los valores educativos de la Prehistoria en la Enseñanza Obligatoria, *MARQ, Arqueología y Museos* 4, 161-179.
- Ruiz Zapatero, G., Mansilla, A. (1999): L'arqueologia en els mitjans de comunicació. Materials per a una reflexió crítica sobre la divulgació del passat, *Cota Zero* 15, 42-62.
- Russel, M. (ed.) (2002): *Digging Holes in Popular Culture: Archaeology and Science Fiction*. Oxbow / The David Brown Book Company, Oxford.
- Sabloff, J. A. (2009): How can archaeologists usefully contribute to public policy considerations?, *Archaeological Dialogues* 16(2), 169-171.
- Santacana, J., Hernández, F. X. (2006): *Museología crítica*. Ediciones Trea, Gijón.
- Sars, F. de, Cambe, G. (2011): Image de l'archéologie auprès du grand public, Etude Ipsos / INRAP. http://www.inrap.fr/userdata/c_bloc_file/9/9636/9636_fichier_IPSOS-archeologie (Acceso 28/09/2011).
- Saunders, C. M. (2011): Taking it to the Streets. A career in Public Archaeology, *The SAA Archaeological Record* 11, 16-18.

- Sevillano Pareja, H., Soto García, M. R. (2011): Realidad y fantasía de la Arqueología en los juegos de rol, *El Futuro del pasado* 2, 407-423. <http://www.elfuturodelpasado.com> (Acceso 28/10/2011).
- Schlanger, N., Aitchison, K. (eds.) (2010): *Archaeology and the global economic crisis. Multiple impacts. Possible solutions.* ACE/Culture Lab Editions, 107-116. <http://www.acearchaeology.eu/fichiers/25Archaeology-and-the-crisis.pdf> (Acceso 22/09/2011).
- Schmidt, M. (2002): Archaeology and the German public. En H. Härke (ed.), *Archaeology, Ideology and Identity. The German experience*, Peter Lang GMBH, Frankfurt, 244-274.
- Schnitzler, B., Schnitzler, F. (dirs.) (2006): *Archéopub: la survie de l'Antiquité dans les objets publicitaires.* Musées de Strasbourg, Estrasburgo.
- Silberman, N. A., Callebaour, D., Killebrew, A. E. (eds.) (2004): *Interpreting the Past 1: Presenting Archaeological Sites to the Public.* Flemish Heritage Institute, Bruselas.
- Simpson, F. A. (2010): *Values of Community Archaeology: A Comparative Assessment between the UK and US.* Archaeopress, BAR Int. Ser. 2105, Oxford.
- Simpson, F., Williams, H. (2008): Evaluating community archaeology in the UK, *Public archaeology* 7(2), 69-90.
- Stroulia, A., Sutton, S. B. (eds.) (2010): *Archaeology in situ. Sites, Archaeology, and Communities in Greece.* Lexington Books, Lanham.
- Timoney, S. M. (2009): *Presenting archaeological sites to the public in Scotland.* Tesis doctoral, Universidad de Glasgow. Departamento de Arqueología. <http://theses.gla.ac.uk/801/> (Acceso 10/4/2010).
- Ucko, P. (2000): Enlivening a "dead past", *Conservation and Management of Archaeological Sites* 4, 67-92.
- Van Dyke, R. M. (2006): Seeing the Past: Visual Media in Archaeology, *American Anthropologist* 108(2), 370-384.
- Watrall, E. (2002): Digital pharaoh: Archaeology, public education and interactive entertainment, *Public Archaeology* 3, 163-169.
- White, J. R. (2005): *Hands-On Archaeology. Real-Life activities for kids.* Prufock Press, Waco.
- Wood, B., Cotton, J. (1999): The Representation of Prehistory in Museums. En N. Merriman (ed.), *Making Early Histories in Museums.* Leicester University Press, Nueva York, 28-43.
- Zamaron, A. (2007): *Récits et fictions des mondes disparus: l'archéologie-fiction.* Publications de l'université de Provence, Aix-en-Provence.
- Zarmati, L. (1995): Popular archaeology and the archaeologist as hero. En J. Balme y W. Beck, (eds.), *Gendered Archaeology. The Second Australian Women in Archaeology Conference.* ANH Publications, Canberra, 43-47.

Zorpidu, S. (2004): The Public Image of the Female Archaeologist. The Case of Lara Croft. En H. Bolin (ed.), *The Interplay of Past and Present*. Huddinge, Södertörns högskola, 101-107.

3

TERRITORIO DE CAMBIOS: ALGUNAS CONJETURAS SOBRE MUSEOS Y OTRAS ILUSIONES

Luis Grau Lobo

Patrimonio arqueológico, territorio y Museo. He aquí una tríada capital cuya trayectoria, en principio no siempre relacionada, ha acabado por confluir o, al menos, enredarse en una encrucijada de intereses en los que, sucesivamente y a grandes rasgos pueden distinguirse tres grandes *lazadas* de acción política y social: el espíritu conservacionista y la vertiente ecológica de la cultura; una comunidad de referencia y la construcción de sus valores e imágenes identitarias y la explotación económica y economicista de la cultura.

A continuación hemos hilado algunas reflexiones sobre cada caso. Qué entendimos, entendemos o podemos entender por cada uno de los componentes de ese terceto para intentar aproximarnos a una explicación de por qué conforman el *bajo continuo* que genera tales y tan enfáticas repercusiones. Conjeturas a propósito de cada uno de ellos, en una clave, en una tonalidad diferente, en pos de una potencial armonía.

A LA BUSCA DEL PROPIO MUSEO

El ser humano es un animal que subsiste porque es capaz de modificar su conducta en función de un conocimiento adquirido. Su estrategia de supervivencia es el aprendizaje, e independientemente de que consideremos esta táctica como exitosa (a la vista de las cotas de miseria que hemos sido capaces de alcanzar), la capacidad de aprovechar en beneficio propio la experiencia ajena, de incorporar *cultura* a su configuración personal y colectiva, constituye el comportamiento más genuino de la especie. En este sentido quizás el primer fruto de esa enseñanza colectiva sea la noción del propio *tiempo*, con sus implicaciones más directas: la idea de la muerte, la del pretérito y la

pervivencia, la de la caducidad, la de la memoria. Si a ello se añade que, posiblemente, el desarrollo del concepto de *útil*, de instrumento transformador de la realidad, puede considerarse el conocimiento aplicado inmediato (de manera que la elaboración de artefactos prueba físicamente, más allá de la taxonomía o el fósil, la presencia del hombre en el registro paleontológico), concluiremos que la fabricación, perfeccionamiento y transformación de los artefactos (entendidos *sensu lato*) a lo largo del tiempo podrían definir qué cosa es nuestro bagaje cultural de manera aceptable. Entre esa *impedimenta* histórica, un tipo de objeto es producido *a priori*, o escogido *a posteriori*, por las sociedades para servir de nexo específico entre su pasado y su futuro, para salvar del olvido y de la muerte su propia identidad, para, conscientemente o no, ser consagrados al mantenimiento de la memoria del grupo. Son, en términos culturales, los *monumentos* (desde el primero de ellos, una tumba, un útil expresa y concretamente consagrado a ese fin).

Entre esos monumentos, los museos constituyen un caso singular, pues su papel viene definido no sólo por la necesidad de establecer un nicho ecológico propicio para preservar los objetos, un lugar de almacenamiento, de contemplación y de cuidado. También los museos se comportan como un lugar donde esos objetos, cuya conservación es un presupuesto *sine qua non*, adquieren un lugar en un discurso interpretativo, a veces en una auténtica visión del mundo (una *Weltanschauung*), otras en una sencilla narración, local, concreta o muy específica pero que no deja de revelar una determinada concepción del mundo. En ese espacio del museo, donde tienen su lugar la profusa ambición del relato-río o la concisión sutil del *haiku*, una perspectiva única y diferente caracteriza a cada uno de ellos, lo diferencia de un almacén y, en definitiva, le faculta para ser un órgano de cultura, un espacio de interpretación, de crítica y de renovación, un *monumento* en el sentido activo del término (me gustaría pensar que no existe otro sentido). Recinto para el debate y la maquinación cultural, definamos, pues, el museo como una institución que conserva los artefactos –y ecofactos– escogidos por una sociedad para representar su pasado y proyectarlo hacia el futuro, de una manera estructurada y discursiva. Con una manifiesta vocación de servicio hacia esa sociedad que le da el sentido y a la que, de alguna manera, transforma. Por lo tanto, el museo es –y no puede no serlo– una estrategia de supervivencia de grupo, el mecanismo-resistencia de la mirada de una comunidad. Que, puesto que se atreve a observar(se), cambia su realidad, como sabemos gracias al *principio de incertidumbre* de Heisenberg.

En esa vocación de servicio a la sociedad que lo alumbra, su primera tarea, quizás la más significativa a un nivel genético, consiste en la selección de los objetos que le son propios, aquellos susceptibles de integrarse en su discurso, esto es, aquellos que la sociedad convierte en receptáculos de un mensaje del pasado y elementos de un orden presente, con tradición y con proyección. La calidad y la cantidad de esos objetos varía. En épocas de desamparo o desasosiego intelectual, cuando la creación se vuelve hacia el pasado y los fenómenos de revivalismo y nostalgia proliferan, casi todo vale para justificar el rescate de un tiempo que se cree mejor, de la serie de *edades de oro* que no han de volver. Helenismo, manierismo, *fin de siècle*... son las recurrencias de un mismo fenómeno, si no un eón d'orsiano al menos un episodio reconocible del comportamiento sociocultural a lo largo de la historia. Pero pese a nuestros actuales problemas para delimitar lo que debe o no formar parte del Patrimonio histórico, no cabe duda de que en el objeto escogido (de forma unánime o polémica) reside una característica singular: su ejemplaridad, su didactismo a la hora de trascenderse a sí mismo. Ese valor añadido suele contaminarse de numerosos factores circunstanciales y su vigencia o caducidad es la prueba del nueve por la que han de transitar, el período en que la cualidad por la que fueron apartados sigue latiendo en el organismo social que lo alberga. Es por ello que podríamos definir, también, los objetos del Patrimonio que son *musealizados* como aquellos capaces de superar las barreras del tiempo, estableciendo puentes entre sociedades diacrónicas e incluso coetáneas, siempre a juicio del presente.

Si los objetos pueden ser didácticos, el pasado, único momento temporal cognoscible, presenta valores que le confieren categoría referencial. Al valor pedagógico, analógico o político del mismo, se añade, en el caso de los monumentos, una corporeidad, una instancia matérica que permite una estricta contemporaneidad en su utilización, bien como instrumento bien como mero valor artístico o histórico (como fuera definido por Riegl, 1903 y reformado por el concepto de *historicidad*, base de las modernas teorías de la restauración). La importancia de reafirmar aquí que ese soporte condiciona los mensajes y su vigencia derivará, en nuestro caso, en la subordinación de los planteamientos museológicos a la preservación de esos niveles de reconocimiento, de la materialidad de los objetos y de sus implicaciones sociales. Es en este territorio de las formas y las operaciones de mantenimiento de sus pautas internas (conservación) y externas (contexto) donde adquieren especial preponderancia las soluciones museológicas.

Unas soluciones que, en nuestros días, remiten a la última (¿penúltima?) revolución del espíritu del museo, a su puesta al día más reciente (mención aparte de la evanescente y poco programática aún *museología crítica*), efectuada pese a sus ínfulas de novedad merced al *aggiornamento* de los vetustos pilares de la idea ilustrada del museo. Así, la *nouvelle muséologie*, o la *New Museology*, basó su apuesta conceptual en cuatro pilares básicos. A saber: la recuperación de la dimensión pedagógica (DEAC, laboratorios, programas educativos...); la proyección del museo en su entorno (el “museo sin muros”, destinado a interpretar y conservar el medio –ecomuseos, museos de comunidad o de barrio... – o a transformarlo, como agente de regeneración urbana y rural); la ruptura o renovación de los lenguajes expositivos en lo formal (el desarrollo museográfico, las ambientaciones, el uso de las tecnologías de la comunicación...) y en lo conceptual (perspectivas antropológicas, propuestas “ahistóricas” o transversales...) y, por fin, la intensificación de la relación con el público, ya no el “visitante” (sólo visita quien va a lugar ajeno), sino el usuario o protagonista, preferiblemente en una comunidad vinculada al museo por lazos y mecanismos de participación nuevos y democráticos (asociaciones de amigos, participación en órganos de dirección...). En definitiva, el conocido cambio del trinomio museo, colección y público a los más holgados márgenes del terceto territorio, patrimonio y comunidad.

En este devenir, la incorporación de sociedades “neomuseológicas” (críticas con el carácter colonialista o criollo del museo tradicional), apartadas tradicionalmente de la historia de los museos en su forma estandarizada y occidental, que forman ya parte del fenómeno de la Nueva Museología ha permitido alcanzar algunas de las experiencias más enriquecedoras de estas décadas. De los museos comunitarios americanos a los museos “ecológicos” y etnológicos, pero también aquellos formados sobre antiguas regiones industriales ahora desindustrializadas cuya personalidad se escurría entre los dedos de la historia, o museos en regiones ágrafas, de tradición oral, donde se intenta, como sucede en África, proteger un *patrimonio inmaterial* en vías de extinción que encuentra reconocimiento, al fin, ya en sus estertores, como es lógico.

Entraban de esta guisa en el museo (y no han dejado de hacerlo desde entonces) piezas de un nuevo puzzle que antes habían estado proscritas o desconsideradas, pues su objetivo consistía ahora en estimular una reflexión colectiva para la cual todo es válido. Como en el arte, la literatura, la música,

etc., todo documento por prosaico, azaroso o simple que pareciese podía ser empleado al servicio de un fin superior, de una *opera aperta* que reclama su unidad a través de la convocatoria de su diversidad. Además, el museo parecía purgarse así de su vieja asignatura pendiente, de su mala conciencia, la de extraer sus bienes de un contexto original, histórico y no ser capaz de recontextualizarlos de forma convincente, de manera incontestable. La comunicación fue entonces alzada a la categoría de valor supremo, y entre el emisor (el museo) y el receptor (el público), el mensaje tomaba el mando y se convertía, *Galaxia McLuhan* mediante, en el medio, un medio diferenciado, reluciente y joven. De nuevo.

Las consecuencias de este renacimiento, se aplicaran o no sus principios rectores de forma programática, han cambiado al museo para siempre. El museo ya no se define como una institución encargada de acopiar, preservar (conservar y restaurar) o investigar sus colecciones, pues estas tareas, además de inespecíficas, se le suponen de antemano, no son su fin, no son su misión. El museo tampoco es ya un lugar cerrado, terminado, reservado a la erudición o al pasmo, sino un espacio en construcción, que se transforma y dinamiza para pensar y pensarse constantemente. El museo utiliza su colección y los medios de comunicación que la sociedad y la tecnología le proporcionan para investigar y aplicar nuevos lenguajes, nuevas revelaciones, nuevas identificaciones, con el ánimo puesto en el servicio a quienes lo manejan (y que, casi siempre, son, además, quienes lo financian). El museo se descentraliza, se racionaliza, y adapta a este nuevo orden de prioridades sus estructuras, su gestión, sus formas arquitectónicas y expositivas, y experimenta, interactúa, divierte, preocupa, está.

Por fin, en el último estadio de esta evolución, el museo se expande al territorio, a las honduras arqueológicas o las alturas monumentales, a toda traza de la ecología humana, musealizando todo tipo de patrimonio, por emergente o heterogéneo que éste sea. El museo es la solución.

Pero, tras varias décadas largas de Nueva Museología, el museo parece convocado a cambiar una vez más, a morir de éxito (una muerte, por otro lado, tan aireada como inverosímil). Diversas son las crisis o tesituras que lo afectan. Durante los últimos años hemos visto al museo del “primer mundo” instalado, estupefacto a veces, risueño otras, en los hostiles parajes de las “industrias culturales”. Su supuesta capacidad transgresora ha dado paso a una desactivación o demolición controlada de sus productos genuinos, tanto más

evidente en el terreno del arte contemporáneo, siempre tan relacionado con los museos recientes, que se ha convertido en una aburrida reiteración escolástica de los patrones de las vanguardias históricas. De tal suerte que meter algo en el museo, *musealizarlo*, viene a coincidir con desarticlarlo, recluirlo en el lugar en que puede controlarse o apaciguarse la onda expansiva de los frutos genuinamente culturales. Envasarlo, en fin, para su consumo dentro de los márgenes admisibles.

Su destino como referente cultural ha cedido ante las exigencias (políticas, pero también sociales) de su supuesta “rentabilidad”, y así se le juzga en términos empresariales, financieros, estadísticos. Su identidad ha perdido enteros y ha sido invadida del espíritu del *mall* o centro comercial (algunos lo llamaron *disneylandización*, *Coca-colonización...*), un sello que imprime carácter en todo recurso destinado al *entertainment*, sea turístico o no. Ni siquiera colección (su seña de identidad antaño) hace falta ya para tener un nuevo museo de postín, aunque, eso sí, una escenografía apabullante, una arquitectura de marca, una mercadotecnia promocional, resulten imprescindibles. Y más aún, su mensaje, sus mensajes, han saltado en pedazos (la “estética del fragmento” se invocaba) o en veleidosos exhibicionismos efímeros y onerosos para los que el museo muchas veces deviene un obstáculo, un molesto Pepito Grillo o se queda al margen, convertido en mero “daño colateral”. Si el patrimonio es una inversión, el museo o debe ser un buen negocio (el del ocio) o es un valor en caída libre.

En su reciente libro, el ensayista marsellés Marc Fumaroli (2010) reconoce al museo por doquier. Estallado en mil pedazos que se desperdigan por calles, aeropuertos, cines y espacios públicos de Occidente, la antigua aspiración enciclopédica y sintética de las exposiciones universales, del *Crystal Palace* londinense, se ha convertido en infinidad de vidrios rotos que reflejan un discurso fragmentado e inane: pantallas de plasma, anuncios urbanos o *spots* comerciales que degluten y procesan toda la cultura occidental para uso y abuso de la mercadotecnia, para hartazgo y consternación de quienes acceden universalmente a un sinfín de imágenes culturales (aquella utopía) pero las encuentran definitivamente vacías, o lo que es aún peor, despojadas de su sentido, del tiempo y el *tempo* de su contemplación. El museo, escenario principal de aquella antigua intensidad de las imágenes (el *aura*, dominio de los originales según Walter Benjamin), corre el riesgo de resultar, también él, vacío a causa de su propia insaciable avidez.

A LA BUSCA DEL BIEN ARQUEOLÓGICO

Por necesidad cultural –la de una comunidad en crisis identitaria–, por demanda social o por beneficio económico, lo cierto es que hoy en día, desde lo industrial hasta la última frontera, el *patrimonio inmaterial*, cualquier producto de la actividad humana que se sitúa al otro lado del circuito económico postindustrial es susceptible de ingresar en ese otro circuito (también economizado ya) de los *recursos patrimoniales*. Pero entre aquellos elementos susceptibles de portar valores culturales reconocidos por una comunidad como propios y dignos de conservarse e interpretarse, o sea, el patrimonio cultural, *lo arqueológico*, el “bien cultural de naturaleza arqueológica”, se manifiesta con propiedades específicas.

Su definición, sin embargo, ha estado sometida a los vaivenes de los cambios en la propia definición de la arqueología, que, en sus orígenes, se configuró como una disciplina epocal, remitida al canon de la Antigüedad clásica y, poco después, próximo oriental. La arqueología del siglo XIX, de la época en que se fundan los grandes *Museos Arqueológico Nacionales*, es la arqueología romántica, la del arrobamiento ante el objeto, la de la presencia firme de la historia, la de la verdad y la belleza como espoletas de la emoción del espíritu, aquella a la que cantaba John Keats en su *Oda a una urna griega*:

Y cuando la vejez devaste esta generación,
Tú quedarás entre otros dolores
distintos de los nuestros, amiga del hombre a quién dirás:
“la belleza es la verdad y la verdad belleza”. Eso es todo
y no otra cosa necesitáis saber sobre la tierra.

Pero esa arqueología cambió. Extendió su radio de interés a otras culturas y períodos, se hizo “nacional”. Y ha acabado por transformarse en una metodología, o sistematización metodológica, capaz de analizar cualquier vestigio material de la historia humana, independientemente del tiempo al que pertenezca. Este cambio ontológico, unido a la inflación del concepto de patrimonio cultural, ha provocado la escasa validez de denominaciones o sectorizaciones del tipo “bien arqueológico” o “patrimonio arqueológico”, sobre todo si son delimitados tautológicamente, como sucede en la gran mayoría de las legislaciones, normativas y tratados, en función de que sean susceptibles de estudiarse con esa metodología que, como vemos, tiene vocación universal. Cabría pues preguntarse, desde esta perspectiva, qué dife-

renciaría en lo arqueológico al *vaso Portland* de un plato de loza común del siglo xx, a la Dama de Elche de la Venus de Milo, del David de Miguel Ángel... y así hasta el infinito.

La escasa operatividad de definir el objeto arqueológico, en términos generales, como aquel descubierto en actividades de índole arqueológica o susceptible de estudiarse con esa metodología, pudiera hacernos considerarlo desde la óptica de su confrontación con las restantes categorías de bienes culturales. Así, los arqueológicos podrían ser aquellos bienes no concebidos en origen, en su momento, para estar dotados de una especial significación social y cultural (como sí sucede, en líneas generales, con los artísticos), en los que son el paso del tiempo, la escasez o la mera significación contextual quienes les dotan de valores culturales *a posteriori*. Y, por otra parte, deberían ser objetos representativos de culturas desaparecidas, ya no activas directamente sobre el tejido social, como sí ocurre con los propiamente etnográficos, entre otros posibles etcéteras, como el patrimonio industrial, el inmaterial... dignos representantes de tal suerte de “pretérito imperfecto”. Sin embargo la realidad supera, por descontado, este tipo de supuestos teóricos.

Podría, sin embargo, proponerse la delimitación del bien de naturaleza arqueológica como aquel descubierto por medio de una actividad arqueológica o por azar, introduciendo tan singular momento genésico (el del hallazgo) como el característico de esta categoría patrimonial. Bien es cierto que pronto quiebra esa singularidad, puesto que una vez transcurrida una cierta fase procesual, el objeto no adeuda a su origen más que el resto de los bienes muebles, no siendo éste un determinante distintivo en el contexto de su aprovechamiento patrimonial, aunque sí lo sea en el de su consideración legislativa y museológica. El bien arqueológico sería, así, el único que (parafraseando a Monterroso) “no estaba ahí”, y que, en la mayoría de los casos, hace coincidir su aparición (prevista o no) en el marco de la consideración patrimonial, con su aprecio social, independientemente de sus cualidades o de las oscilaciones del gusto. Este acto traumático del “descubrimiento” provoca interesantes disquisiciones de tipo legal sobre la propiedad y la tenencia, así como problemas relacionados con su protección y amparo físico. Y con su conservación, en el sentido de facilitar el paso de una circunstancia que preserva el objeto a una que lo expone, o sea, que lo arriesga. Otras dificultades son las de selección, que propician también debates no concluyentes entre calidad y cantidad, entre lo recuperado y lo recuperable, entre lo que se

rescata y lo que ha de revertirse a la sociedad en forma de su uso museístico o público en general; o de compatibilidad física con el uso del propio espacio que ocupa, en el caso de los bienes inmuebles, etc. En resumen, episodios de gestión de su tránsito al universo de lo conocido, que implican un período de tratamiento clínico y científico antes de su “reinserción social”.

En definitiva, la arqueología introduce sobre la herencia cultural la categoría del *hallazgo*, del encuentro, en el doble sentido de descubierto o identificado, circunstancia que le implanta en el ámbito patrimonial y provoca un cambio de paradigma en su consideración, un cambio de estatuto del objeto en cuanto a su tránsito desde la esfera de lo cotidiano y de aquello para lo que fue concebido a la de sujeto receptor de valoraciones históricas, de valores culturales, de usos patrimoniales en un nuevo y distinguido sentido, colectivamente consensuado.

Podemos deducir de ello que muchos de nuestros *museos arqueológicos* pertenecen aún a un modelo de arqueología que no es el de nuestros días. La arqueología que los alumbró ya no existe, o, mejor, yace, como un estrato hondo y firme, bajo las sucesivas concepciones que de esta disciplina han acuñado las generaciones devastadas de las que hablaba Keats.

Sucede que a menudo olvidamos que lo único que nos queda del pasado son objetos. Cosas empeñadas en sobrevivirnos con empecinamiento insensible, cosas que poco o nada dicen de nosotros aunque quisiéramos que lo dijeran todo, cosas que si pueden revelar algo lo hacen más sobre quienes las observan con un detenimiento de exploradores pasmados que sobre quienes las fabricaron, las reunieron o las arrojaron a un vertedero sin mayores ceremonias. Son esas cosas las que, aupadas por el tiempo, esa divinidad indiferente, retornan a la orilla del presente con la calidad de los preciados despojos de un naufragio mitológico.

Por eso en las salas de los museos arqueológicos convive lo excelso y lo vulgar, lo cotidiano y lo extraordinario, pues todo vale para recuperar el hilo de una urdimbre frágil que atrape ese pretérito paradójico y fugaz. El arqueólogo persigue un fantasma para hacerlo visible ante nuestra atónita, incrédula presencia. Una visión que reside en su mirada, la *mirada arqueológica*. Porque el historiador cuenta con la voz aún estentórea de los poderosos, de lo oficial, o de una heterodoxia ahora admitida en el juzgado de la historia como un exótico testigo, un visitante que ya no nos amenaza. Y el historiador del arte levanta sus teoremas sobre la belleza reconocida y consensuada por épocas

dispares, entre la admiración y el pasmo. Trabaja con nuestro sometimiento a normas y formas que nos superan. Mientras el antropólogo o el etnógrafo modelan o rastrean ese *pretérito imperfecto* que aún conserva anclajes en la hondura palpitante de nuestro presente.

Pero el arqueólogo siempre debe estar dispuesto a la incertidumbre y al caos, al pasmo y la zozobra. Sus objetos y sus objetivos consisten en dar voz a quienes nunca la tuvieron. No hay para él nombres propios ni gentes mejores que otras, su interlocutor es colectivo, su aspiración una quimera, el coro de las comunidades humanas, de los desheredados o simplemente desaparecidos y anónimos.

Quizás por eso los museos arqueológicos nos gustan. Porque son más modestos, menos ufanos o presuntuosos. Y sobre todo porque son más nuestros, más cercanos, más familiares, como el álbum fotográfico de una estirpe que es la nuestra pero que no conocimos y a la que apenas unos rasgos y conjeturas nos vinculan.

Hoy la arqueología, por cerrar este episodio con otro poeta inglés, pero ahora de la época en que el Museo intentó cambiar su forma de ver las cosas, debe ser ocasión para esa tensión dialéctica, aquella que subyace a los *descubrimientos*. Como dijo W. H. Auden en su poemario póstumo (1974):

La pala del arqueólogo
excava las viviendas
abandonadas desde antiguo,
...
Sobre las cuales él no tiene nada
sólido que decir
¡qué afortunado!
...
De la arqueología
se ha de extraer, al menos, una enseñanza,
a saber: todos
nuestros libros de texto nos engañan.
Lo que llamamos Historia
no es algo de lo que podamos
precisamente envanecernos...

A LA BUSCA (MUSEÍSTICA) DEL TERRITORIO

El concepto de territorio es una invención moderna. Más allá del paisaje, entendido como espacio de estirpe pictórica o escenográfica en las artes y la cultura prerrománticas, o de la naturaleza romántica presta a otorgar un sentido espiritual y anímico a cuantas emociones individuales y colectivas le reclamaba su intérprete. Sobrepasado también el esenciero nacional o identitario que los intelectuales de la Institución Libre de Enseñanza en España cifraron en él para dar pábulo aquellas marcas de la casa que fueron el *noventayochismo* y la generación del 27, fecundos apologetas de perspectivas míticas y tópicas. El territorio se manifiesta hoy como un logro de las ciencias que confluyen en la geografía humana, sin renunciar, en ocasiones, a las veleidades de aquellos caracteres nacionales. Hoy día, gracias a (o por culpa de) los modernos medios destinados a su comprensión y divulgación –los *Google Earth* y compañía–, el paisaje y el territorio han cambiado porque ha cambiado nuestra percepción de ellos, difundida universalmente a los cuatro vientos, al alcance de un *click*.

Así, el territorio incluiría, en una fértil amalgama de interrelaciones, lo físico, medioambiental, cultural y para conformar un sistema de cierta y relativa autonomía cuyo reconocimiento depende de la óptica y el observador que se empleen. Y es aquí donde juega su papel, como suprema lente oftalmológica, el museo. Volvamos, pues, a él.

Hubo un tiempo en que los museos sólo se ocupaban de las bellas artes. Fuese en el regazo de la filantropía de las élites o merced al evergetismo de la erudición decimonónica y a la tutela del Estado burgués, la vertiente formativa –y deformativa– de los museos se aplicaba sobre una embrionaria ciudadanía ante la que había de legitimarse *le nouveau régime* como producto histórico inevitable. Las artes fueron, tanto para aquellos museos *avant la lettre* como para los primeros de su género, la versión exhibicionista de un apropiamiento definitivo; el de la imagen más elaborada y eficaz, la sublime creación, en manos de una clase social que aspiraba a un predominio y una posteridad cifrada en obras tan prestigiosas.

Después llegó la arqueología. No la arqueología que puede confundirse con el arte, que aquella ya se contaba entre éste (las artes de la Antigüedad), sino una que proporcionaba objetos cotidianos, admitidos en los museos gracias a su estatuto temporal, sancionados no por su excelencia, sino por su escasez o por su inopinada longevidad. Lo cotidiano se hacía poco menos



FIGURA 1. Yacimiento prerromano y romano de La Corona-El Pesadero, Manganeses de la Polvorosa (Zamora), durante su excavación, soterrado bajo una autovía y recordado por un museito y una serie de reconstrucciones (fuente: Empresa de arqueología Strato y web del sitio).

que sagrado si los siglos habían pasado sobre ello. Y lo hizo cuando fue necesario que así fuera, e incluso lo hizo primero allí donde era más imperiosa su presencia. Cuando apenas quedaba ya en Europa herencia artística musealizable, cuando algunos países, por efecto del nacionalismo decimonónico, empezaron a no necesitar de Grecia o Roma para sentirse provistos de una infancia homologable y orgullosa, la ciencia prehistórica, la indagación arqueológica tal y como la conocemos, arbitró los medios para convocar nuevos inquilinos en las vitrinas de los museos del norte de Europa, que, pronto, se extendieron a todos los rincones del globo con la furia de un descubrimiento, el de que el tiempo y la excepción habilitaban lo vulgar y lo prosaico para la admiración del público.

Era una puerta apenas entornada que poco a poco se fue abriendo de par en par permitiendo, especialmente en épocas de crisis ideológicas, que los museos se hayan convertido en el varadero de todo cuanto el ser humano ha dejado sobre la tierra o bajo ella como testimonio de su paso. La vieja idea de “pieza de museo” ha venido a englobarse en un concepto más amplio, el de *patrimonio*, primero histórico y ahora cultural, que se beneficia y enreda con corolarios de diversa condición para su inquietud y su ubicuidad: la conservación (preventiva o incisiva), el contexto, la interpretación, la estimación social, el aprovechamiento económico...

Un concepto inflacionario este del Patrimonio, del legado cultural, que en esta época de entre siglos, tan afectada de su propia introspección, tan acostumbrada a esperar del pasado las mayores novedades, ha cruzado

fronteras de manera cada vez más acelerada, cada vez más excitada. La última, el *patrimonio inmaterial*, o *intangibile*, se antoja un nudo gordiano donde se entrelazan los dilemas de siempre con mayor nitidez: la preservación de algo que no tiene más que una supuesta esencia inasible por naturaleza, la transmisión de una actitud cultural aislada, la fosilización de su frescura primigenia...

Y, entre medias de tales horizontes, otros patrimonios con apellido: el etnográfico (o etnológico, o antropológico: nótese la incertidumbre de las etiquetas) o el *industrial*, otra tipología de precaria concreción. Ambas sumidas en un concepto aún más extenso, casi ubicuo: el *territorio*, supremo escenario y desembocadura de las ansias omnívoras del Museo, suprema derivación de su pecado original, la búsqueda de la *contextualidad*.

Pero, además, si como dijimos la arqueología tradicional extraía sus objetos de interés de civilizaciones extintas, de pretéritos perfectos que habían sido cancelados, su vertiente moderna, extensiva, realiza un más difícil empeño: convertir hoy en legado cultural lo que ayer mismo era (o sigue siendo incluso) un activo económico y social de muy distinta categoría. Su materia prima es, casi, un presente inmovilizado, despresurizado para su conversión en antiguo, en retrospectivo. Y el museo debe administrar esa nostalgia, esa memoria aún viva sin caer en la melancolía o la taxidermia.

No hay nostalgia en la arqueología. O, de haberla, es fruto de la erudición, del cerebro. Y ahí no reside. Sin embargo, la *saudade* inherente a esa suerte de *patrimonio imperfecto* (etnográfico, industrial, inmaterial... territorial) se produce de inmediato gracias al ánimo subyacente que lo vincula con un pasado individual y colectivo aún no clausurado, mediatizado por los recovecos de una memoria personal aún palpitante. En la arqueología vemos cómo fueron otros, cómo fuimos, en el mejor de los casos, y gestionamos tal conocimiento. En otros patrimonios menos pretéritos, nos conocemos por reconocimiento: como hemos sido, como aún de alguna manera, somos. Y he ahí el peligro y la ventaja. De alguna manera, mediante una noción territorial de la cultura buscamos con afán los sutiles y a veces quiméricos enlaces entre ambas perspectivas, una conclusa y otra aún abierta, ambas consanguíneas.

Hay melancolía en esa búsqueda, y de ahí que la administración de esas emociones por parte del museo provoque muchas veces la decepción o la frustración de lo incompleto, de lo amputado, la de una prótesis que úni-

camente consigue caricaturizar al miembro perdido. Si la sola arqueología evocaba, el patrimonio colectivo pretende convocar. Y, a su vez, el aplicado al territorio se permite invocar vehemente unos valores superiores en los que confluyen ambos. Valores de actualidad, que aún vigentes, se dicen dinámicos (ni estáticos ni contextuales como aquellos que son englobados en él), evolutivos, basados en la comprensión para la actuación. El museo, si es un museo de territorio, pretende pasar así de espectador a director de escena.

Porque, si ya era difícil lograr una correcta musealización (o *museización*) del bien arqueológico o artístico, amputados de un contexto idealizado que, en muchas ocasiones, tan sólo se le supone y siempre se ha perdido irremisiblemente, ¿cómo comportarse respecto a un bien cultural cuya trama originaria nos es tan conocida y cercana, tan real y que, sin embargo, exige como primera renuncia, casi *conditio sine qua non* para su conversión precisamente en tal patrimonio, el que sea descontextualizado, el que reniegue de aquella existencia anterior? ¿Cómo *devolver la vida* a un territorio, una vez que se lo ha confinado en el invernadero de las vitrinas del museo, cómo evitar que deje de ser, preferentemente, un producto cultural *vivo*?

Así, los vestigios culturales musealizados se han convertido en nuevo escenario para el conocimiento sobre un pasado al que se da carpetazo al tiempo que se reivindica, al que cabe interpretar críticamente puesto que revela mejor que otros los errores y desventuras (también los aciertos) de nuestro mundo, no de otros.

Sin embargo, la musealización de este patrimonio cultural ofrece problemas muy específicos, como su hondo enraizamiento en ese mismo territorio, dinámico por definición, y sus nexos respecto a una sociedad y una cultura que ofrecen un vasto espectro y ligaduras de gran profusión y actualidad, inasequibles para la *foto fija* del museo. Ventajas e inconvenientes derivan de esta tesitura a menudo candente, y de ahí la morfología variopinta de las soluciones adoptadas o por venir, la necesidad de discusión sobre una materia abierta, falta de consenso, rica en experiencias.

En este sentido, resulta obvio, pese a los muy variados intentos que se conocen, que el museo no ha sido capaz de alojar a este patrimonio, por tamaño, mensaje, implicaciones o por una simple cuestión de envergadura. Es el museo el que lo habita, el que ha pasado de casero a inquilino, encargado como está de *poner en valor* (permítaseme el galicismo algo desatinado) todo cuanto se *patrimonializa*. *Musealizar* se llama a esta operación de reinserción social, aunque en el caso del museo, su relación con el territorio se quede a

menudo tan solo en un paso estratégico hacia el vislumbramiento de vastas extensiones por explorar. Aún está por dirimirse si el patrimonio acabará por ser un convidado en los museos o estos son una alternativa (o *la alternativa*) de una nueva y distinta existencia y esencia para un mundo que se nos está escurriendo entre los dedos.

Y así, como sucede con las imágenes que nos proporciona *Google Earth* o el navegador de los automóviles, corremos el riesgo de obtener del territorio visiones congeladas y sin actualizar, dándolas por veraces, por actuales, como si fueran una nueva realidad a la que nos aferramos por su mayor simplicidad, accesibilidad y comodidad. Otro placebo.

MUSEOS, ARQUEOLOGÍA Y TERRITORIO ACORDES Y DESACUERDOS

Cuando aún los sitios arqueológicos no recibían la estima que hoy disfrutan, la de lugares susceptibles de conservarse y visitarse para todo tipo de público, cuando aún el patrimonio arqueológico no era un valor cultural de primer orden, cuando apenas había posibilidad de conocerlos físicamente; existían los museos. Y así, en primera instancia y para su aprecio social, se aplicó a los yacimientos arqueológicos el concepto *musealización*. Si entendemos tal *musealización* como el conjunto de operaciones destinadas a insertar el conocimiento arqueológico en el tejido social a partir de la interpretación de sus bienes inmuebles, cabe preguntarse de antemano, por qué, *para qué*.

Frente a otros bienes patrimoniales, tiene muchas ventajas la arqueología. Se trata del único patrimonio no preseleccionado por la historia, por el gusto estético, por la voluntad colectiva, por el poder. Su dominio es el del azar, su conservación, su hallazgo, es una suerte de selección natural incontrolada, caprichosa y, a veces, espontánea. Y su aparición un fenómeno violento (cada vez más extravagante en nuestros días) de absoluta reactividad: el descubrimiento, la súbita aparición de algo que no estaba y que, de repente lo cambia todo o puede hacerlo. Una inmediatez (literal: sin intermediarios) que despierta, siempre, un atractivo que otros quisieran o tienen que conquistar.

Además, sus restos guardan una relación íntima con nuestra vida cotidiana, pues ni son el producto de una creación de élite o de la alta cultura, ni la consecuencia de un proceso de transformación social y económica reciente, que aún reconocemos en un pasado imperfecto. Son el testimonio de una época cerrada, encapsulada y perdida, pero reflejan, pese a ello, una *intrahis-*

toria que nos es afin, que aún despierta nuestra empatía a causa del anonimato de sus protagonistas, en cuyas sombras nos reconocemos.

Incluso su halo romántico, que ha conocido el oropel y la epopeya, como relató admirablemente el periodista alemán C. W. Ceram en aquel libro *-Dioses, tumbas y sabios-* que tantos hemos leído o visto recreado en películas y narraciones más o menos verídicas y estimulantes. Tesoros, mitos homéricos o faraónicos, ciudades perdidas y civilizaciones extrañas forman parte de ese bagaje que el público espera de ella y que, a menudo, enturbia la comprensión de un trabajo sobre todo concienzudo, laborioso y con frecuencia tan rutinario como el de toda investigación especializada. Pero ello le proporciona, pese a todo, una popularidad y gancho de los que pocas ciencias pueden presumir.

Durante la mayor parte del pasado siglo, la arqueología fue una actividad esporádica y estival de estudiosos y universidades, relegada a un mundo aparte que poco o nada tenía que ver con los traumas que afectaban a un territorio sembrado de sus restos que solía ser saqueado sin miramientos por actuaciones ajenas a ellos. Así lamentamos hoy tanta destrucción y pérdida. Pero desde los años ochenta en que la sociedad española maduró hasta comprender que el patrimonio cultural (y con él, el arqueológico) era un bien escaso y frágil, la arqueología se asentó entre las actuaciones destinadas a proporcionarnos una forma de comportarnos menos destructiva, menos bárbara. Se ganó un sitio entre los peajes que estábamos dispuestos a pagar, un capítulo de las condiciones que nosotros mismo nos imponíamos para actuar con respeto, con una responsabilidad acorde con lo que aprendimos de los errores del pasado y, con ello, la oportunidad de convertirse en una de las disciplinas llamadas a intervenir para la salvaguarda de herencias tan preciadas. Sin embargo, este proceso aún no ha finalizado. Tiene muchos problemas y defectos la arqueología de nuestro tiempo, a saber: sus exiguos presupuestos, la falta de formación universitaria, la carencia de proyección científica y social de sus hallazgos, su inmersión en circuitos empresariales que le son ajenos como ciencia, ensombrecida por la sospecha de la celeridad e intrascendencia que a menudo se le exige... Sin embargo, su papel, como el de los museos, no tiene, por el momento, sustitutos.

Aún así, claro, la arqueología tiene un pecado original: el contexto perdido, su difícil comprensión en términos profanos, que dicen otros. Pues de igual manera a como los museos se afanan por devolver ese contexto a las piezas que exponen por medio antaño de paneles y fotografías y ahora de ordenadores y escenografías, los yacimientos parecen avergonzados de su



FIGURA 2. Reconstrucción hipotética de la antigua *Asturica Augusta* (Astorga, León) (fuente: Ayuntamiento de Astorga, servicio de arqueología, y agencia fotográfica *Imagen MAS*, Astorga).

desnudez arqueológica, de esa impudicia que muestra edificios desventrados y empobrecidos, y se empeñan en recuperar el *status* original en que fueron concebidos o alcanzaron su más alta funcionalidad. Nada más equívoco que este planteamiento, origen habitual de confusión y de notables complejos. El contexto original no existe como tal asunto concreto, ni los edificios ni las ciudades tienen un momento al que remitirse, pues como organismos sociales su imagen es cambiante, venturosa, inasible. Y como tal, el contexto quizás no sea más que una entelequia que proporciona una falsa calma y buena conciencia a algunos arqueólogos empeñados en que su ciencia es arcana e incomprensible para el resto de los mortales. Y frecuente escenario para operaciones espurias o fracasadas.

Toda esa gama de operaciones y *repristinaciones* quizás tengan su origen en un viejo debate nunca resuelto satisfactoriamente, pues en su irresolubilidad está precisamente su mayor predicamento. El que enfrentó en la segunda mitad del XIX a los restauradores monumentales y que ha venido a emblematizarse en las figuras de Ruskin y Le Duc, aunque se haya reeditado en múltiples versiones y ocasiones a lo largo de la historia del tratamiento y la intervención monumental (buen resumen en Rivera, 2008: 117-188, o Capitel, 1988). El consenso parece hoy día moverse en un territorio de compromiso, o una *tierra de nadie*, respecto a ambos extremos conceptuales. Frente al lento

envejecimiento e inexorable desaparición de la ruina, dignamente amortajada por nuestra rendida admiración, que defendía el londinense, o la intervencionista recreación de los valores ideales conferidos contemporáneamente a un monumento del pasado, reactualizado para su mejor valoración; las *teorías del restauro* (especialmente Brandi, entre otros) pretendieron que no fuera necesario añadir ni cambiar salvo para mantener, y para comprender. Pero a menudo se abusa de este sencillo precepto para justificar intervenciones alejadas de ese espíritu, renunciando a la mera apreciación de lo que se nos ha dado, a lo que aparece bajo la tierra sin más, para, tal vez acomplejados, tal vez soberbios, pretender enmendar los estragos del tiempo. No nos atreveríamos a tanto con el arte, ¿por qué lo hacemos con la arqueología? Quizás porque tras ella no se esconde ninguna *propiedad intelectual* a la que respetamos o tememos, quizás porque prejuizamos inocente o discapacitada la mirada de nuestros semejantes, quizás porque tememos o nos avergonzamos del poder evocador y descarnado de la ruina y la devastación.

Imaginando una suerte de Tres Edades de la *museología arqueológica*, primero los museos se dedicaron a la *ordenación*, de forma que la tipología, la academia y sus disciplinas hermenéuticas triunfaron en la disposición de las piezas. Después fue la *presentación* la que primó frente al objeto (*museología del concepto* se le llamó), haciendo de éste la excusa o la espoleta de un discurso que se creía omnisciente, legitimado por su propia necesidad social. Pero ante el apocalipsis de los relatos y el descrédito del saber reglamentado, el museo parece haberse entregado a la seducción de una falsa virtualidad, y se dedica ahora a la *sustitución*, a una operación arriesgada y manipuladora (o manipulada) de justificación de sí mismo mediante la renuncia a sus señas de identidad. Y así, en la relación tortuosa entre museos y patrimonio arqueológico inmueble, solemos hallar en nuestros días intervenciones que, respondiendo a este tercer estadio, podrían etiquetarse de invasivas o de sustitutivas. Las primeras se dedican a completar la propia materialidad del bien, que se cree insuficiente para el subestimado ojo profano del público, a mejorar su cometido mediante operaciones de reforma de su competencia, *liftings* tal vez. Bien es cierto que estas operaciones reconstructivas son tan antiguas como el resto arqueológico, pues existe un cierto consenso que afirma que es imposible entenderlo sin una relativa reedificación de sus caracteres primigenios, para lo cual, aunque no existan datos suficientes, se convocan adiciones y especulaciones que, en algunos casos, llegan a entrar en conflicto con la propia

esencia y hasta con la existencia del bien musealizado. Así, las recreaciones virtuales de nuestra época suponen una alternativa eficiente que, al menos, no comparten lenguaje ni materia, y mantienen una *distancia perspectiva* muy útil para no enmarañar los mensajes. Al contrario, las reconstrucciones físicas, aunque no siempre lo hagan, pueden llegar a dar una idea equívoca y hasta deformada del original, respondiendo a planteamientos decimonónicos supuestamente abandonados o superados pero que ahí continúan. Ninguna reconstrucción es fidedigna, de la misma manera que no es posible reconstruir el contexto, ni dar marcha atrás en el tiempo. Por ello, cautela.

En cuanto a la segunda, la vertiente *sustitutiva*, su legitimidad se manifiesta de manera muy endeble. La mala conciencia implícita a estas intervenciones, fruto a veces de decisiones desafortunadas en materia de conservación, intenta a veces paliarse o maquillarse con la habilitación de un *attrezzo* que, a la postre, está en el filo de convertirse en una vulgar alternativa al original. No en su complemento, sino en su sucedáneo. Son propuestas pedagógicas o turísticas que abusan del yacimiento y acaban por no necesitarlo, salvo como disculpa, para un exhibicionismo de corte ostentoso. Para este viaje no era necesario el yacimiento arqueológico, ya están las *Terras Míticas* o similares, o sea, la industria del *entertainment*, perfectamente legítima, claro está. Pero no es eso. En busca del público –¿el cliente?– no cabe luchar con las mismas armas que esa industria emplea con mayor destreza y recursos, sino potenciar lo que distingue y distancia nuestro *producto*: autenticidad y rigor. Además, un modelo de gestión patrimonial sostenible, de explotación turística viable, que se adapte a los nuevos tiempos de redimensionamiento y de final de un ciclo manirroto, exige poner el acento en la conservación y el mantenimiento, en la investigación y la divulgación, entendidas más sopesadamente como las operaciones específicas sobre un patrimonio en el cuál cabe actuar físicamente sólo en caso de necesidad, no por capricho. Y antojos parecen muchas intervenciones de las que, seguro, todos conocemos ejemplos, que ponen el acento en aparejos y aderezos tan prescindibles.

En nuestros días el bagaje imaginero de los ciudadanos de occidente está saturado de imágenes, de recreaciones, de referentes con los que completar o interpretar los restos arqueológicos, mucho más que en cualquier época anterior. Las *viejas* nuevas tecnologías y los *mass media* bombardean nuestras retinas y células grises con un repertorio inagotable de imágenes que, como la comida rápida, logran un hartazgo que no satisface nuestro paladar ni lo



FIGURA 3 . Detalle de uno de los sótanos arqueológicos preservados y visitables en Astorga (fuente: Ayuntamiento de Astorga, servicio de arqueología, y agencia fotográfica *Imagen MAS*, Astorga).

educa. Se convierten, como puede llegar a serlo una inadecuada musealización, en un anestésico de la capacidad de invención que, desde siempre, debió aplicarse al estudio y la evocación del pasado, único tiempo cognoscible. De hecho, puede suponer un descanso para el intelecto, y una apelación a sus resortes más estables, por trabajados, el hecho de requerir de la imaginación individual aplicada a un original que conserva más seducción cuanto es menos hurtado o debe competir con groseras imágenes de guarnición. Y entiéndase bien: no hablamos de las reconstrucciones arqueológicas, sino de aquellas para las que la arqueología suele ser un estorbo.

Esto respecto a la cabeza de puente del museo en esa parte del territorio poblado señaladamente por el patrimonio arqueológico: los yacimientos. Pero, ¿qué sucede con el auténtico *territorio arqueológico*? ¿Qué ha hecho el museo en los espacios culturales donde, más allá de la condición de iceberg aislado y formidable que tienen los escasos yacimientos salvaguardados, se extiende una retícula de relaciones históricas y físicas entre el pasado y el presente? ¿Qué ha propuesto el museo para conocer esa estratigrafía espacial, esa globalidad? Poco, muy poco aún. La idea de *ecomuseo* no sirve al

caso, ni siquiera la investigación arqueológica se ha comportado de forma distinta a como lo hacía en el siglo XIX a efectos de su incidencia social. Y sin embargo, la ciudadanía exige una respuesta, una factura de sus inversiones en la memoria que le es propia. Pero hasta ahora lo único que ha hecho el museo ha sido invadir el territorio, llenarlo de sucursales (museos locales, aulas arqueológicas... y un sinnúmero de garitones) sin apenas incidir en él, sin entenderlo, sin hacerse entender por él. Sin plantar batalla.

Y A MANERA DE CIERRE ABIERTO...

Como en el álbum de fotos familiar, los museos pretenden atrapar un tiempo perdido mediante la ingenua captura de instantes aislados, cuyo relato sólo puede reconstruirse, uno distinto en cada caso, gracias a urdimbres imprevisibles, a vivencias azarosas que anidan en la mente del que ojea sus páginas gastadas. Desde que existe el hombre y su necesidad de una explicación del mundo, existen lugares concebidos para probar lo improbable, se llamen santuarios, instituciones, academias, o, desde que la memoria es asunto de muchos, museos.

En nuestra retrospectiva época brotan museos por doquier y para todos los gustos, incluso muchos que tras un examen somero dejaríamos de llamar así, de manera que estamos ante la oleada más fecunda de “génesis museística” desde que, dos siglos y medio atrás, naciera la versión moderna de esta herramienta cultural. Museos a cada paso, como quien echa la vista atrás para sentirse ubicado, para recordar de dónde se viene pues no se está seguro de dónde se va. Museos para la mujer de Lot.

Encerrando la memoria entre cuatro paredes, los museos parecen decirnos: “así fuimos, aunque esto se acabó”. Estos lugares han sido siempre un espacio reservado a una suerte de evocación selectiva, en la que, muchas veces, el ámbito destinado al olvido resulta más significativo que aquel consagrado a la honra de cierto pasado. Los museos nos convidan a una imagen fija de nuestra biografía colectiva, una selección de fotos, más o menos viradas al sepia, de aquello que quisimos ser y, tal vez, nunca fuimos; el acopio de los restos de un naufragio reunidos por robinsones de salón. Así el museo de nuestros días es indefinible en su esencia, dispar y diverso, enfrentado a un objeto patrimonial cada vez más hinchado, inflacionario en su concepto y ubicuidad, que reúne en torno a sí a una miríada de profesionales, técnicas, saberes y recursos. Nos hallamos, incluso, ante un público minoritario o impelido por la novedad, masificado o ausente, infiel.

En muchas ocasiones apresamos nuestro pasado (y nuestro supuesto presente) y lo encerramos en el museo para que no suponga una rémora a un futuro que se nos echa encima y aún no comprendemos, para que no afecte, con su carga de capacidad crítica, de cuestionamientos, a nuestra vida diaria, a nuestros sueños inconfesados y vulgares. Elaboramos en aquellos museos discursos *light*, interpretaciones sometidas a voluntades políticas y sociales interesadas que conforman una visión de las cosas cautelosa, ramplona, lenitiva. ¿Para esto es necesario el museo?

Cuando negamos al museo su capacidad de resorte, de acicate intelectual, cuando multiplicamos su cantidad en demérito de su calidad, cuando hacemos de cualquier cosa un museo y de un museo cualquier cosa, actuamos con la reverencia estéril de los animales que toman el poder en *Rebelión en la Granja* (*Animal Farm*, 1945), la feroz alegoría de Orwell. En esa novela, una de sus imágenes más clarividentes nos alerta sobre las circunstancias en que solemos hacer (tantos) museos:

Volvieron después a los edificios de la granja y, vacilantes, se detuvieron en silencio ante la puerta de la casa. También era suya, pero tenían miedo de entrar. Un momento después, sin embargo, Snowball y Napoleón empujaron la puerta con el hombro y los animales entraron en fila india, caminando con el mayor cuidado por miedo a estropear algo. Fueron de puntillas de una habitación a la otra, temerosos de alzar la voz, contemplando con una especie de temor reverente el increíble lujo que allí había: las camas con sus colchones de plumas, los espejos, el sofá de pelo de crin, la alfombra de Bruselas, la litografía de la Reina Victoria que estaba colgada encima del hogar de la sala... y no se tocó nada más de la casa. Allí mismo se resolvió por unanimidad que la vivienda sería conservada como museo. Estaban todos de acuerdo en que jamás debería vivir allí animal alguno.

BIBLIOGRAFÍA

- Auden, W. H. (1974): *Thank you, fog*. Pre-Textos, Londres.
- Bazin, G. (1969): *El tiempo de los museos*. Daimon, Madrid.
- Binni, L., Pinna, G. (1989): *Museo. Storia e funzioni di una macchina culturale dal' 500 a oggi*. Garzanti, Milán.
- Bolaños, M. (2002): *La memoria del mundo. Cien años de museología (1900-2000)*. Ediciones Trea, Gijón.

- Brandi, C. (1988): *Teoría de la restauración*. Alianza, Madrid.
- Capitel, A. (1988): *Metamorfosis de monumentos y teorías de la restauración*. Alianza, Madrid.
- Dagognet, F. (1985): *Le musée sans fin*. Presses Universitaires de France, París.
- Fumaroli, M. (2010): *París-Nueva York-París. Viaje al mundo de las artes y las imágenes*. Acanalado, Madrid.
- Haskell, F. (2002): *El museo efímero. Los maestros antiguos y el auge de las exposiciones temporales*. Crítica, Barcelona.
- Kubler, G. (1988): *La configuración del tiempo*. Nerea, Madrid.
- Riegl, A. (1997): *El culto moderno a los monumentos*. Visor, Madrid (primera edición alemana en 1903).
- Rivera, J. (2008): *De varia restauratione. Teoría e historia de la restauración arquitectónica*. Abada, Madrid.
- Rivière, G. H. (1989): *La muséologie*. Dunod, París.
- Ruskin, J. (1987): *Las siete lámparas de la arquitectura*. Alta Fulla, Madrid (primera edición inglesa en 1849).
- Tatarkiewicz, W. (1987): *Historia de seis ideas*. Tecnos, Madrid.

DE OBJETO A OBJETO DE MUSEO: LA CONSTRUCCIÓN DE SIGNIFICADOS

Josep Ballart Hernández

INTRODUCCIÓN

El objetivo que subyace a toda esta reflexión es subrayar la importancia de la cultura material para el conocimiento humano. Se puede presumir que toda forma de conocimiento humano está relacionada en mayor o menor medida con el contacto con objetos materiales (Schiffer, 1999). Es más, el ser humano construye su existencia particular a base de interaccionar con los objetos que pueblan su entorno. Sin tales objetos, a menudo interpuestos entre personas separadas físicamente, no hay forma posible de comunicación (del tam-tam al terminal de ordenador, para ponerlo simple) y sin comunicación no hay forma posible de expandir el conocimiento.

De hecho el ser humano utiliza dos vehículos fundamentales para expresarse: el lenguaje verbal y la cultura material. Ambos hacen posible cualquier forma de comunicación, ambos son esenciales al mismo nivel. Subrayo de antemano la palabra vehículo y algunas otras ya que servirán de armadura al conjunto del discurso. A los arqueólogos el poner al mismo nivel lenguaje verbal y cultura material no les provoca rechazo alguno. Ellos saben que los objetos, la cultura material, que es la materia misma con la que tejen sus construcciones científicas sobre la cultura, goza de autonomía con respecto al lenguaje (no hay mejor forma de comprender qué significa viajar en automóvil que coger un coche y conducirlo. En otro orden de cosas, la arqueología experimental pretende comprender un hecho histórico a base de re-hacerlo). Y comprenden su crucial importancia para toda forma de reproducción social. Es más, saben que la cultura material es, para los pueblos que la producen, el medio y el instrumento de que se sirven para dar orden, significado y sentido a su existencia (Leone, 1999).

También saben los arqueólogos que los objetos tienen su propia biografía. Los objetos transitan por las vidas de los seres humanos llegando a gozar con el tiempo de gran autonomía con respecto a quien los creó o los utilizó antes. Así, muchos objetos, en sus a menudo inverosímiles biografías, tras muchas vicisitudes, si evitan ser destruidos por los mismos seres humanos o por la naturaleza, pasan a convertirse en lo que difícilmente hubieran podido imaginar sus creadores o usuarios más conspicuos. Es el caso de las reliquias, por ejemplo, o de ciertos objetos que por una supuesta acumulación de valor (no venal) son designados para convertirse en objetos candidatos a conocer la posteridad como objetos de museo. Es este último el nivel más elevado al que puede aspirar un objeto, la cumbre de su “carrera” (alguien podría discutir si no sería la reliquia el nivel superior). Este proceso tiene lugar a base de añadir capas de significado al significado original del objeto en cuestión.

En este trabajo se va a discutir sobre la relación entre los seres humanos y los objetos a los que los seres humanos dan valor y por ende significado. En esta escala de valor hemos colocado en su cumbre al objeto de museo. Para comprender esta construcción debemos indagar en el cómo se produce la atribución de significados. Obviamente aquí sólo podremos escoger una vía entre muchas de aproximación al fenómeno, cual es la de utilizar textos de autores e imágenes de museo, *a priori* sugerentes, que nos comunican libremente cosas fundamentales sobre los objetos. A partir de estas constataciones consideraremos las dimensiones múltiples que ofrecen los objetos, propondremos polaridades chocantes en su forma de mostrarse o de ser aprehendidos y avanzaremos conclusiones sobre el devenir de los objetos en su progresión hacia el futuro.

No obstante a la vista del poder de atracción de muchos objetos valiosos, no digamos de los objetos de museo, no siempre es posible tener a disposición un mentor que guíe a uno a través de las escalas de valor. Naturalmente cada cual puede por su cuenta ensayar su propio diálogo con el objeto, sobre la base del qué le preguntamos, qué nos preguntamos sobre el objeto, aunque ello puede representar ardua tarea para muchos. El problema que presentan los objetos en los museos a este tipo de perquisiciones, es que nos los muestran detrás de un cristal. Al curioso ciudadano común de nuestros días no le es normalmente permitido ni tocar ni manipular tales objetos ya consagrados. La aproximación deberá pues ser parcial y en el mejor de los casos, contará con la ayuda de especialistas que le interpretarán *in situ* a uno el objeto, empleando medios diversos.

LAS DIMENSIONES MÚLTIPLES DE LOS OBJETOS

SOBRE LOS OBJETOS COMUNES

Los objetos son inertes y sólo tienen significado en función de la vida que los emplea. Cuando esta vida se termina las cosas *cambian*, aunque permanezcan iguales. Están y no están allí, como *fantasmas* tangibles, condenados a sobrevivir en un mundo al que ya no pertenecen.

P. Auster, *La invención de la soledad*, 1994

Para empezar a hablar de los objetos cotidianos he escogido esta frase con la que el escritor Paul Auster nos fulmina para dirigir la atención sobre lo verdaderamente importante: sólo una vida humana otorga significado a un objeto. A falta de ésta, el objeto ya no es lo mismo. Empieza quizá probablemente una nueva era para el objeto físico superviviente, una nueva fase en su biografía basada en una nueva relación de este objeto con otras vidas humanas. Es por eso por lo que Paul Auster ve en los objetos (como algunos coleccionistas) una intrigante dimensión (fantasmas tangibles).

El poder de los objetos es conocido: en ellos la vida *se petrifica* con una fuerza mayor que en cualquiera de sus momentos. Huérfanos e *inútiles* reposan sobre mi mesa esperando convertirse en despojos o adquirir un nuevo estado civil.

S. de Beauvoir, *Una muerte muy dulce*, 1964

Simone de Beauvoir en quizás su mejor obra constata que los objetos tienen un poder especial sobre las personas. La idea de que dan consistencia a la vida apunta por un lado a una de sus características elementales: su materialidad. En los objetos materiales la vida, dice, “se petrifica”, con lo que queda en condiciones de volver a manifestarse en un futuro; a recrearse ante otros seres vivos de una forma distinta y posiblemente aún más significativa. A continuación, de forma parecida a Auster, la escritora evoca con gran elegancia el sentido de la futura biografía que espera a los objetos.

Este carácter duradero da a las cosas de este mundo su relativa *independencia* con respecto a los hombres que las producen y las usan... Desde este punto de vista, las cosas del mundo tienen la función de estabilizar la vida humana, y su objetividad radica en el hecho de que –en contradicción con el pensamiento de Heráclito– los hombres, a

pesar de su siempre cambiante naturaleza, pueden recuperar su unicidad, es decir, su identidad, al relacionarla con la misma silla y con la misma idea. En otras palabras, contra la subjetividad de los hombres, se levanta la *objetividad* de las cosas creadas por los hombres antes que la sublime indiferencia de la naturaleza intocada.

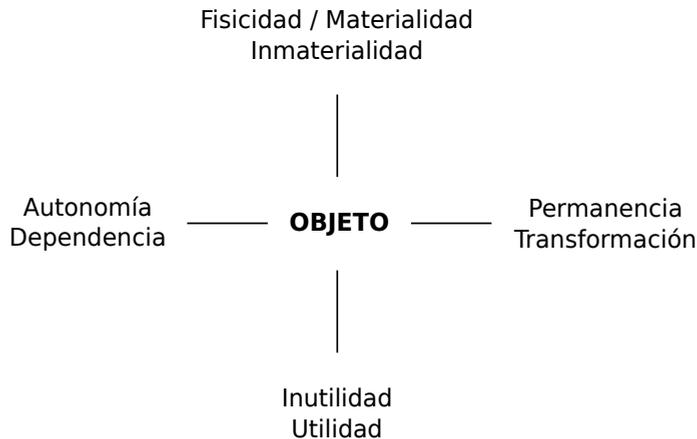
H. Arendt, *La condición humana*, 2005

Materialidad, permanencia, autonomía... vistas como características clave de los objetos, cuya función de acompañamiento y sostén a la vida de los seres humanos se manifestaría sobre todo en la rotunda tozudez en que las cosas se nos aparecen por oposición a cómo queremos verlas. Objetividad contra subjetividad. Y en lo más recóndito del párrafo refulege la idea de identidad, tan cara al ser humano y tan íntimamente asociada a los objetos que envuelven su existencia cotidiana. Subrayemos pues este fascinante partenariado (seres humanos-objetos) de cuya intimidad a veces no somos conscientes.

Nuestra *dependencia* de los objetos no solo es física sino también psicológica.

M. Csikszentmihalyi, *Why we need things*, 1993

La sentencia del psicólogo podemos tomarla como la natural continuación del pensamiento de Arendt sobre los objetos. Por lo tanto, como sobra mayor exégesis, vista la rotundidad y corroborado el sentido de los extractos expuestos, cabe ahora empezar a construir un esquema que traduzca gráficamente algunas de las principales dimensiones que hemos entrevisto en los objetos, subrayando las polaridades que han sido sugeridas:



SOBRE LOS OBJETOS DE MUSEO

De la lápida sepulcral que se muestra en la figura 1 un visitante ocasional del museo puede decir que es de piedra, que ha sido trabajada con intención, que procede del norte de Europa (Irlanda) y que es antigua. Ante esta obra, tanto para el estudioso como para el observador curioso, la dimensión espacio/temporal deviene crucial.

Lo primero que salta a la vista es que ocupa lugar y que está hecha de una materia dura; a ello nos referimos cuando hablamos de materialidad del objeto, que es justamente lo que permite al mismo su anclaje en la dimensión espacio-tiempo. Un abismo espacio-temporal separa este objeto de nuestra cotidianeidad; de ello apenas cabe duda. A partir de aquí los expertos propondrán otras consideraciones que abarcarán entre otras cosas, su forma y función original y su cronología aproximada. Todo ello redundará a favor de que el objeto sea visto como una pieza única, como un raro objeto de museo.



FIGURA 1. Piedra sepulcral. Museo de Sitio de Clonmacnoise, Irlanda.

Este tipo de testimonios históricos como la piedra sepulcral del museo irlandés admiten muchos puntos de vista valorativos en los que cualquier persona educada y mínimamente curiosa puede intervenir. Sin embargo vamos a continuar la discusión recurriendo a la aportación de los expertos. Podemos asumir con ellos un conjunto de presunciones fundamentales, por ejemplo:

Los únicos *testimonios* de la historia disponibles en cualquier momento para nuestros sentidos son las cosas hechas por los seres humanos.

G. Kubler, *The shape of time*, 1962

Todos, incluso el más humilde de los objetos es un *emisario* de la cultura de la cual proviene.

T. S. Elliot, *Notes towards a definition of culture*, 1948

Los objetos (creados por los hombres) constituyen la única clase de *acontecimientos* históricos que ocurriendo en el pasado continúan existiendo en el presente.

J. D. Prown, *The truth of material culture: history or fiction?*, 1993

Estos tres autores, un historiador del arte, un poeta y un antropólogo, respectivamente, coinciden en momentos diferentes en ver en los objetos unas ventajas parecidas, todas ellas claves para su trabajo. Esas cosas tangibles que son los objetos, cualesquiera objetos del pasado, son unas referencias clave del paso del tiempo, afirman, aunque les acuerden matices diferentes: si para uno son testimonios, para otro hacen de emisarios y para un tercero son puros datos que traducen actos (acontecimientos). Todos ellos entre-ven por medio de los objetos a personas, obras y acontecimientos que de esta manera han podido viajar en el tiempo.

Utilicemos un ejemplo más, extraído en esta ocasión del ajuar del arqueólogo. El más banal de los objetos de un museo de arqueología, una punta de sílex cualquiera, ¿no contiene una dimensión social, cultural o humana única? Las señales de retoque que se observan en el extremo, ¿es que no son la materialización de un gesto repetido, de un gesto enseñado, de un gesto aprendido y perpetuado? En otras palabras: es un gesto de la vida misma el que ha quedado fosilizado en la piedra. Pura fuente de valor.

O el testimonio de un historiador pedagogo:

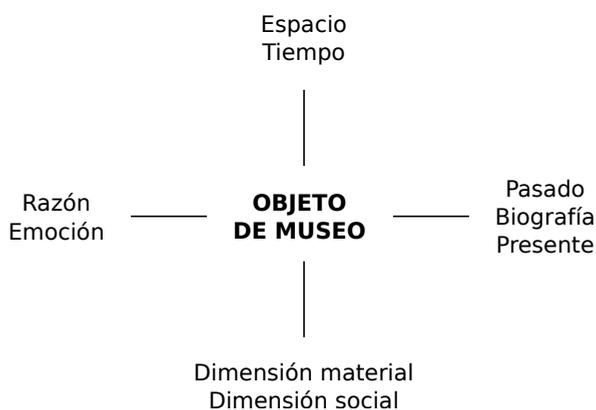
El más humilde resto de muro de una construcción normanda, la más insignificante viga de madera carcomida de la época Tudor o el

más simple y común de los candelabros del siglo XVIII mantienen un *carisma* que emerge del convencimiento de que se trata de un nexo tangible con el pasado.

J. Fairley, *History teaching through museums*, 1977

El valor pedagógico de los objetos de museo, uno de sus activos más reconocidos, aparece aquí rodeado de una dimensión nueva: el carisma. El carisma es un don gratuito que hace atractivo y seductor a su dueño. Traducido en términos de objetos, el autor ha querido significar que los objetos del pasado en tanto que son al mismo tiempo ayer y hoy (ese nexo tangible), nos fascinan de una forma como no lo pueden hacer otros objetos (quizás sólo el oro puro o una reliquia pueden fascinar de una forma parecida a los seres humanos).

Españolizando la cita de Fairley pongamos una bacina de barbero, como la que utiliza Don Quijote, en lugar de la viga Tudor y volvamos al museo. La presencia material de este singular objeto, limpio, perfectamente conservado, bien lustrado y bien iluminado, posado en una vitrina del museo se impone por su propia fuerza, por su propio fulgor. No hace falta mucho más, aparte quizá de las palabras de un buen guía de museo. ¿Estamos entrando por la senda menos racional de las emociones? Posiblemente sí, aunque eso no debe de ser un problema. La interacción con objetos del pasado admite naturalmente y seguramente aconseja, una aproximación racional y otra emocional. Lo hemos visto desde la primera cita. Y la mayoría de los museos lo reconocen en su forma de acercar los objetos al público. Las emociones son un ingrediente necesario a toda visita a un museo y las personas son su principal catalizador (estimulando el diálogo entre visitantes y entre el guía y los visitantes). Volviendo a las polaridades podemos ubicar el objeto de museo entre nuevas dimensiones, por ejemplo:



OBJETOS Y COMUNICACIÓN

Virtualmente toda forma de *comunicación* y de comportamiento humano implica el trato con objetos.

M. B. Schiffer, *The material life of human beings*, 1999

Los objetos creados por el hombre, además de instrumentos son *señales, signos y símbolos*.

W. D. Kingery, *Learning from things*, 1996

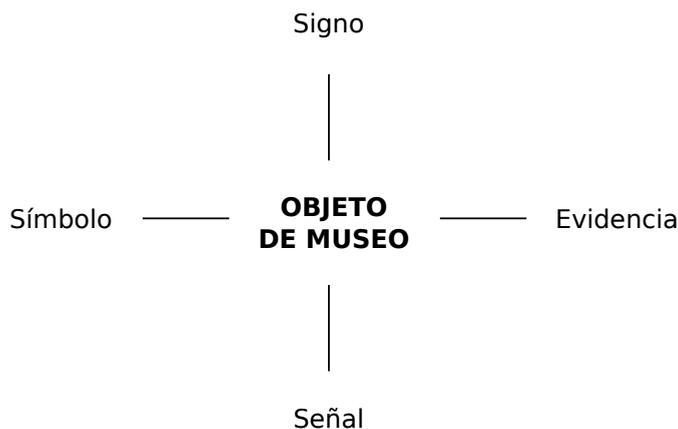
Lo que más nos sorprende hoy es que el objeto, una vez descargado de su función cultural (original) es inmediatamente *re-sacralizado* al entrar en el museo. (...) La analogía entre templo y museo se percibe desde el origen de los museos. Hace apenas unos años una encuesta sobre los visitantes de las colecciones públicas de una gran ciudad establecía que la primera cualidad que se valoraba de un museo era el silencio!

R. Recht, *Penser le patrimoine*, 2008

Tanto si transitamos por el paradigma materialista (Schiffer, 1999) como si lo hacemos por un paradigma de filiación estructuralista (Kingery, 1996) desembocamos en el reconocimiento del objeto como artífice necesario para la comunicación. Ya se ha establecido la dimensión material del objeto y discutido otras propiedades que disponen al objeto para realizar un papel de intermediación en las relaciones humanas. Si nos acercamos ahora al estructuralismo podemos acordar con sus valedores que si la lengua es una estructura la cultura material también. Es decir, es una construcción artificial con sus códigos particulares, idea sobre la que insisten los antropólogos al menos desde Lévi-Strauss. Consecuentemente la indagación de la significación constituirá la fase más compleja, rica y peligrosa de nuestra interpelación, puesto que no existe variable más precaria ni sometida a mayores intromisiones procedentes de todo tipo de puntos de vista, de teorías y de sistemas conceptuales. Por otra parte nada hay más manipulable ni más necesariamente cambiante. Para decirlo con pocas palabras: cada escuela de pensamiento, pero también cada generación, ve con ojos diferentes un mismo objeto de museo con lo que se renuevan continuamente las sucesivas capas de significación acordadas en cada momento y por tanto las sucesivas interpretaciones asociadas a tal objeto. No hay límites a la perquisición. Que cada uno busque ejemplos en su acervo.

En la imagen (figura 2), la ejemplificación se decanta por un caso de interpretación clásica del objeto “museo” (el propio museo, por lo tanto, visto como un artefacto social) en tanto que “templo de las musas”, visión que hoy ya no encontramos en ninguna parte puesto que nadie levanta un museo (ningún arquitecto lo imagina así, ni ninguna administración se atreve a darle el visto bueno) que parezca un templo griego.

En nuestro viaje por el objeto hemos recorrido el trecho que va de su esencial materialidad a su desbordante significación. En relación a las figuras en forma de esquema, que sintetizan el discurso llamando la atención sobre las polaridades que van apareciendo en la discusión, y que puede contemplarse como un esquema único acumulativo, hay que añadir los últimos nuevos elementos. Pasando por encima de elementos como señal, evidencia, prueba o imagen, que bien podrían incluirse y discutirse también (evidencia tiene connotaciones con materialidad), subrayaremos sólo las dos más importantes para la comunicación. El objeto es signo porque estuvo “allí” (en el pasado) y porque ahora aparece ante nosotros en el lugar de esa abstracción que llamamos pasado. No obstante con el paso del tiempo este signo, por mor de su valor comunicativo, se mudará en símbolo, en símbolos que irán evolucionando y cambiando.



Este carácter simbólico del objeto de museo es lo que más nos acerca a la noción de patrimonio, una noción que ha gozado de gran favor popular durante las últimas décadas. La tendencia a patrimonializarlo todo no ha sido ajena ni al auge del pasado y la historia en muchas sociedades occidentales ni a la irrupción de una dimensión economicista paralela en el tratamiento del



FIGURA 2. El objeto museo como símbolo. Alte Nationalgalerie, Museum Insel, Berlín.

pasado. La patrimonialización en todo caso ha sido la adjudicación a ciertos objetos del pasado de un estatus excepcional que les garantiza un reconocimiento público superior. Como la condición se reconoce en base a una serie de supuestos “méritos” relacionados con el significado del bien en cuestión, lo más importante para el estudioso debería ser indagar en la forma cómo se procede a la selección y cómo se produce la recepción. Pero ese es otro tema. Lo que no es otro tema, sin embargo, es advertir cómo la patrimonialización tiene una parte importante de sacralización, como la puede tener también la mera recepción museística de un objeto, tal como nos lo recuerda R. Recht (2008). Sin duda, museo y templo son dos nociones que van asociadas desde el tiempo de los griegos. Es el bucle que se cierra en medio del silencio de las salas, silencio de algún modo contradictorio con la noción de comunicación. Una vez más las polaridades o mejor dicho las paradojas del museo.

SOBRE LA FORMACIÓN DE COLECCIONES

Freud nos proporciona una imagen poderosa del coleccionismo privado compulsivo (figura 3). Su colección de estatuillas, amuletos y otros objetos arqueológicos, preñada de connotaciones místicas, es estrictamente privada. De su actividad no tenía que dar cuentas a nadie más que a sí mismo.

El coleccionismo histórico se ha nutrido de muchos “freuds” que perseguían la realización de un proyecto, fuera personal o colectivo, basado en el sentido estético, el sentido del pasado, la auto-realización personal, el provecho material o la auto-imposición de retos. Coleccionismo histórico y patrimonialización contemporánea tienen mucho en común aunque se diferencian en que el primero es un acto particular mientras lo segundo es un acto colectivo.

Para muchos otros particulares coleccionar objetos rima simplemente con poder y dinero.

Invertir en arte es estimulante y muy interesante ya que, en tanto que bienes *tangibles*, los objetos de arte siempre serán altamente apreciados por los inversores.

A. Bishop, *Directora de la Agencia Sotheby's de Dublin*, 2010

Los objetos de arte no son humo. En tanto que son bienes tangibles son objetos transportables e intercambiables como otras mercancías y su valor no está siempre a merced de las coyunturas (valor refugio). No obstante también el coleccionismo como forma de atesoramiento tiene aspectos más interesantes y más sofisticados. P. Bourdieu (1977) acuñó la noción de “capital



FIGURA 3. Estatuillas, fetiches, amuletos y otros objetos en caótico amasijo. Freud sentado a su mesa de despacho en Viena. Grabado de Max Pollock, 1914.

simbólico” para referirse a una variante del coleccionismo privado de arte y antigüedades que persigue el posicionamiento social como valor y no tanto la mera acumulación de capital.

Frente al modelo “freudiano” de coleccionismo, el coleccionismo institucional de museos y organizaciones patrimoniales ha reivindicado un coleccionismo científico y ético fundado en la responsabilidad pública, el conocimiento sólido y la necesidad de conservar para el futuro. Sin embargo la formación de colecciones es siempre azarosa por más que los museos pretendan basarla en criterios objetivos. Cualquier visita a un almacén de museo lo puede certificar a ojos vista (figura 4).

La decisión de conservar, sea del coleccionista particular o del institucional, puede parecer un acto banal, sin embargo tiene la mayor importancia, toda vez que transforma un objeto hasta entonces meramente útil, funcional, tecnológico, artístico, religioso o científico, en potencial objeto de museo, es decir, aureolado con una carga añadida simbólica y connotaciones sociales, psicológicas o ideológicas. No hay frontera establecida que determine cuando un instrumento de caza deja de serlo para convertirse en símbolo, ni cuando un cacharro doméstico abandona esta condición para metamorfosearse en obra de arte. Coleccionar implica, como se deduce, descontextualizar, con



FIGURA 4. Foto del almacén del Musée d'Art et d'Histoire de Ginebra.

lo que la atribución de sentido o significado a los objetos individuales deviene más compleja aún y menos controlable. Al crear una colección, el coleccionista ha transformado sin remedio en otra cosa el sentido y la función supuestamente primordiales del objeto.

Pero tal decisión de conservar es muy a menudo el fruto del azar, la arbitrariedad o las circunstancias. Sabemos por los estudios que se han realizado (por ejemplo, Pearce, 1999) que el coleccionista difícilmente responde al ideal del científico objetivo, si es que puede existir esta especie. Normalmente su acción transita por una zona de claroscuros en la que nunca se sabe qué domina a qué, si los criterios culturales (o científicos) sobre lo que tiene valor, aceptados por la comunidad científica, o unos impulsos psicológicos enraizados en la personalidad del coleccionista. Limitándonos al ámbito de la arqueología, su praxis científica nos enseña que los procesos formativos de carácter natural o cultural determinan enormemente las formas por las que los objetos del pasado viajarán hasta el presente, serán descubiertos y serán valorizados (Hodder, 1988; Schiffer, 1999; Gamble, 2002).

CONCLUSIÓN

Parte de nuestra peculiar mirada contemporánea, tan a menudo nostálgica sobre el legado material del pasado, tiene que ver con esta dinámica transformadora de la realidad. Todo cambia, todo se mueve, todo se transmuta, incluso los objetos más conspicuos de un tiempo anterior que imaginamos estanco y poco mutable. Hasta el mismo museo es arrastrado por la corriente del tiempo y sus salas permanentes quedan obsoletas en unos años. Y, sin embargo, para referirnos a las cosas valiosas de este mundo, la palabra que usamos más es materialidad, es decir, firmeza, permanencia, durabilidad, matices todos ellos que evocan justo lo contrario. “*Tangibility*. Esta es la palabra que más usa cuando discute con sus amigos. El mundo es tangible, dice (se refiere el autor a su personaje Bing Nathan). Los seres humanos son tangibles” (Auster, 2010).

Las ocho dimensiones del objeto que establecimos en el primer esquema nos llaman por igual la atención en su aparente contradicción. Ya no sabemos qué es más relevante, qué es más significativo para el público, qué llama más la atención.

Para enfrentarnos desde el museo a esa realidad tan llena de matices tenemos un recurso precioso, la pedagogía. Si la construcción de significado es la clave de la relación museo-individuo, la pedagogía pública es su corolario.

Si en la primera relación (la relación museo-individuo, incluyendo al coleccionista) tiene un papel de liderazgo el experto, en la segunda (la relación museo-público) este papel lo ejerce el visitante común juntamente con el experto. La pedagogía de museos se basa en la calidad de la comunicación interpersonal y la estimulación del auto-aprendizaje sin distinciones. Por tanto la labor pedagógica se debe basar en estimular a las personas a que participen libremente sin prejuicios, desde sus conocimientos e intereses, en la creación de significados, esperando en el camino descubrir en los objetos y en las colecciones cosas sensibles que interroguen la conciencia y enriquezcan el acervo de cada uno y el de todos los ciudadanos. Los museos son una ventana al mundo pero no obligan a nadie a asomarse: uno se asoma libremente si uno quiere.

BIBLIOGRAFÍA

- Arendt, H. (2005): *La condición humana*. Paidós Ibérica, Barcelona.
- Auster, P. (1994): *La invención de la soledad*. Anagrama, Barcelona.
- Auster, P. (2010): *Sunset Park*. Faber and faber, Londres.
- Ballart, J. (2008): *Manual de Museos*. Síntesis, Madrid.
- Beauvoir, S. (1964): *Une mort très douce*. Gallimard, París.
- Bourdieu, P., Darbel, A. (2003): *El amor al arte*. Paidós, Barcelona.
- Csikszentmihalyi, M. (1993): Why we need things. En S. Lubar y D. Kingery (eds.), *History from things. Essays on material culture*. Smithsonian Institution, Washington, 20-29.
- Fairley, J. (1977): *History teaching through museums*. Longman, Londres.
- Gamble, C. (2002): *Arqueología básica*. Ariel, Barcelona.
- Hodder, I (1988): *Interpretación en arqueología*. Crítica, Madrid.
- Johnson, M. (2000): *Teoría arqueológica*. Ariel, Barcelona.
- Kingery, D. (ed.) (1996): *Learning from things. Method and theory of material culture studies*. Smithsonian Institution, Washington.
- Kubler, G. (1962): *The shape of time*. Yale University Press, New Haven y Londres.
- Leone, M. (1999): Symbolic, structural and critical archaeology. En D. S. Whitley (ed.), *Reader in Archaeological Theory*. Routledge, Londres, 49-68.
- Lubar, S., Kingery D. (eds.) (1993): *History from things. Essays on material culture*. Smithsonian Institution, Washington.
- Pearce, S. M. (1999): *On collecting*. Routledge, Londres.
- Poulot, D. (2009): *Musée et muséologie*. La Découverte, París.

De objeto a objeto de museo: la construcción de significados

- Prown, J. D. (1993): The truth of material culture: history or fiction? En S. Lubar y D. Kingery (eds.), *History from things. Essays on material culture*. Smithsonian Institution, Washington, 1-19.
- Recht, R. (2008): *Penser le patrimoine*. Hazan, París.
- Schiffer, M. B. (1999): *The Material Life of Human Beings*. Routledge, Londres.
- Whitley, D. S. (ed.) (1999): *Reader in Archaeological Theory*. Routledge, Londres.

EL MUSEO FUERA DEL MUSEO: LA GESTIÓN DEL PATRIMONIO ARQUEOLÓGICO *IN SITU*

Amalia Pérez-Juez Gil

LA GESTIÓN DEL PATRIMONIO ARQUEOLÓGICO UN POCO DE HISTORIA

El interés por el patrimonio arqueológico tiene un origen antiguo y se remonta al coleccionismo de obras de arte desde el Renacimiento. Esculturas griegas y romanas, pero también otros objetos recuperados en tumbas preclásicas revelaron el deseo de conocer lo que sucedió en el pasado. La Francia revolucionaria abrió los primeros museos del Estado, aunque ya durante todo el siglo XVIII se habían permitido las visitas a colecciones privadas, regias o aristocráticas, como el Palacio de Luxemburgo de París o las galerías de las universidades alemanas (Alexander, 1993: 17-37). El magnífico palacio del Louvre se convirtió en el museo de arte nacional y en él se plasmó el concepto fundamental del patrimonio cultural perteneciente a un pueblo, frente a la consideración privada que había imperado hasta el momento.

A partir de ahí, todavía quedaba mucho por evolucionar, no tanto en la aceptación generalizada de la necesidad de preservar un patrimonio que pertenece a una sociedad, sino más bien, en determinar en qué exactamente consiste ese patrimonio. En los siguientes doscientos años, se fueron definiendo algunos aspectos del mismo: obras de arte, arquitectura monumental, edificios religiosos de ciertos periodos, etc. El patrimonio arqueológico formaba parte de este grupo de objetos muebles e inmuebles protegidos sólo en el caso de que reuniera también los requisitos para pertenecer a cualquiera de las otras categorías: artístico, monumental, palaciego, religioso, etc.

De esta manera, empezaron a verse a partir del siglo XIX y sobre todo, durante el siglo XX, importantes proyectos de recuperación, restauración,

protección y acondicionamiento de algunos yacimientos arqueológicos que reunían las características anteriores: la Alhambra, Numancia, Ampurias o Itálica son algunos ejemplos en España. Casi todos ellos eran espectaculares asentamientos urbanos de la época clásica y medieval. El efecto evocador, sacralizado en el Romanticismo del siglo XIX, era capaz de provocar todo tipo de sentimientos desde la admiración hasta el ensalzamiento nacionalista, “manteniendo una fascinación moral, emocional y estética” que se ha mantenido a lo largo de la historia (Jackson, 1980). La conservación de este patrimonio arqueológico determinó el comienzo del desarrollo de la gestión del mismo, que fue pasando de la protección y restauración hasta el acondicionamiento en la segunda mitad del siglo XX.

La apertura de los yacimientos arqueológicos al público de forma generalizada no se produce, sin embargo, hasta la segunda mitad del siglo pasado, con los cambios en los hábitos de consumo de ocio, los periodos de vacaciones cada vez más largos, la desestacionalización del tiempo libre y la inclusión de la arqueología en programas educativos y de progreso de la zona (Pérez-Juez, 2006: 75-82). Pero no solo los cambios en la estructura interna de la sociedad afectan y dan forma a la gestión del patrimonio arqueológico como disciplina. También el desarrollo económico y la construcción de las enormes infraestructuras en Europa, con la reconstrucción después de la Segunda Guerra Mundial, han repercutido en lo que entendemos hoy por gestión del patrimonio. En toda Europa, la construcción de autovías, autopistas, líneas férreas, polígonos industriales y el gran desarrollo urbanístico provocó la remoción de toneladas de tierra que contienen –o contenían– patrimonio arqueológico.

La necesidad de encontrar un equilibrio entre el progreso y la conservación se estableció a través de proyectos educativos, traslado de restos arqueológicos a parques y otros sitios públicos, inversión en acondicionamiento de otros lugares o reproducciones del patrimonio destruido. En Francia, el caso del Arqueódromo de Borgoña fue un ejemplo de consenso. Financiado por la compañía de autopistas francesas *Autoroutes Paris-Rhin-Rhône*, abrió sus puertas a finales de la década de los setenta como forma de “compensación social” por la destrucción de sitios arqueológicos. El Arqueódromo mostraba reproducciones de diferentes yacimientos de la zona, desde la Prehistoria hasta la época medieval, con una clara vocación educativa y turística. Sin embargo, el éxito de este recurso en la década de los ochenta fue poco a poco

viendo su declive, eclipsado por la ampliación de la oferta y la falta de renovación de su programación, cerrando finalmente sus puertas en el año 2005 (Frère-Sautot, 2006) (figura 1).

En toda Europa aparecieron otros parques de arqueología experimental, centros de interpretación del patrimonio, yacimientos acondicionados para explicar culturas generales asociadas a un territorio concreto –los celtíberos, los vacceos–. La gestión del patrimonio arqueológico iba ampliándose a sitios no tan conocidos, ni tan monumentales, pero necesarios para compensar la destrucción de otros muchos y para conseguir el apoyo de las comunidades.

En España, esta segunda mitad del siglo XX marcó las líneas actuales de la gestión del patrimonio arqueológico, que seguía, en general, la consecución de dos objetivos fundamentales: la preservación de los yacimientos ante el desarrollo de la construcción de infraestructuras e inmuebles, y la creación de un nuevo producto de turismo cultural que se incluyera en la oferta de una creciente industria turística. Estos dos objetivos se complementaban



FIGURA 1. El Arqueódromo de Borgoña, en Francia, construido para compensar la destrucción de yacimientos arqueológicos en el desarrollo de infraestructuras. En la imagen, la recreación del sitio de Alesia, en el que el jefe galo Vercingétorix fue definitivamente derrotado por César.

con otros de carácter secundario, tales como la sensibilización hacia el pasado, la preservación *in situ* de yacimientos que pudieran incorporar el medio, la conservación el patrimonio natural, generación de empleo y diseño de algunas herramientas culturales e históricas en la creación de las nuevas identidades nacionales dentro del modelo autonómico plasmado en la Constitución de 1978.

La gestión de la arqueología se perfilaba también como uno de esos “yacimientos de empleo” que recogieron documentos e informes nacionales y europeos. Pero el desarrollo urbanístico provocado por la entrada de España en la Comunidad Europea, a partir de 1986, hizo saltar la alarma sobre la necesidad de no arrasar con todo lo que se cruzara en el camino de las obras de nuevas vías de ferrocarril, autopistas, aeropuertos o polígonos industriales. La vorágine constructiva supuso la remoción de toneladas de tierra que contenían patrimonio arqueológico. La reacción de la sociedad se produjo tarde, después de la destrucción de muchos sitios (el palacio imperial de Maximiano o de Cercadilla en Córdoba y la necrópolis del Puig des Molins en Ibiza son dos ejemplos desgarradores¹).

Algunos yacimientos sólo pudieron ser conservados con un apoyo político y una intervención radical. Es el caso de la ciudadela ibérica de Calafell, Tarragona, en donde la gestión arqueológica se reveló como la única forma de conservación del yacimiento ante la especulación urbanística en una zona masificada por el turismo de sol y playa (Pou *et al.*, 1995). En otras palabras, sólo un plan de gestión radical como la reconstrucción de la ciudadela fue capaz de frenar las voces que pedían la no conservación del sitio. La reconstrucción y la investigación paralela en experimentación han sido capaces en la actualidad de provocar un cambio en la actitud general del sitio, el ayuntamiento y la zona, alrededor del cual se organizan jornadas, conferencias y otras actividades relacionadas con el mundo ibérico, la arqueología experimental o la gestión arqueológica (figura 2).

¹ La destrucción de una parte de la necrópolis de la época arcaica y púnica de Ibiza (siglos VII-III a.C.) se produjo en mayo de 1986 bajo las instrucciones de los propietarios del solar en donde se estaba llevando a cabo una excavación de urgencia. Después de un periplo administrativo y judicial la sentencia se resolvió en la Audiencia Provincial de Palma de Mallorca en 1994, con una condena de trescientos cincuenta millones de pesetas y privación de libertad. La sentencia sentó un precedente importantísimo, ante la total impunidad que, hasta ese momento, tenía la destrucción del patrimonio arqueológico. El Museu Arqueològic d'Eivissa i Formentera tuvo una parte muy importante en la consecución de esta sentencia penal que ha supuesto la protección de muchos otros yacimientos y el fin de la impunidad.

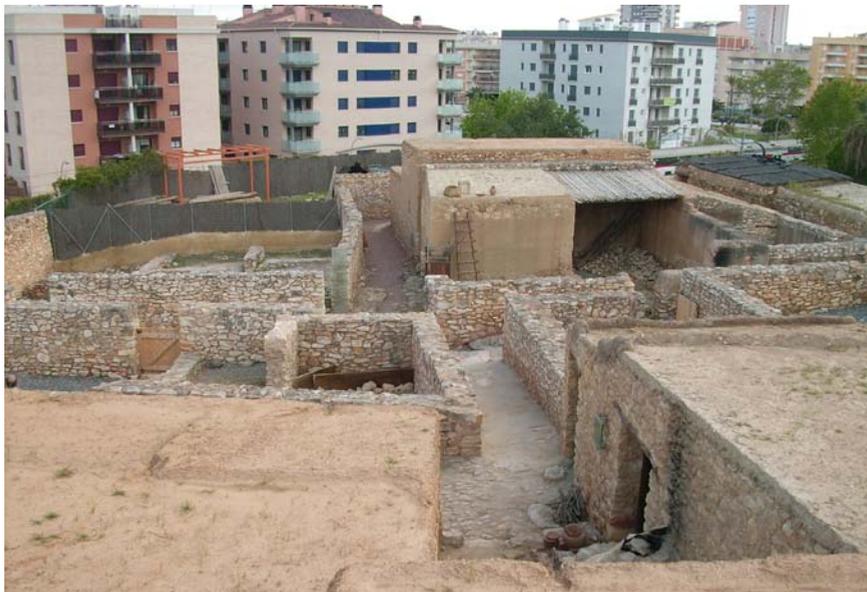


FIGURA 2. La ciudadela ibérica de Calafell. La reconstrucción del yacimiento se vio como la única forma posible de preservar los vestigios en mitad de un terreno muy demandado para la construcción.

La llegada del sistema autonómico a partir de la década de los ochenta incluyó otro tipo de yacimientos: los que estaban vinculados a reivindicaciones de carácter nacionalista o, por lo menos, de identidad local o regional. De este modo, se incorporaron a la gestión redes culturales que abarcaban un itinerario común, como la *Ruta dels Ibers*, del Museu d'Arqueologia de Catalunya. Pero la recuperación de estas identidades también ha permitido profundizar en el estudio histórico: el celta en Galicia, Asturias y partes de Castilla y León, el ibérico en el arco mediterráneo, el talayótico en Baleares, etc. Los yacimientos monumentales romanos o medievales siguieron en la red de yacimientos acondicionados y gestionados pero se dio paso también a las etapas históricas anteriores menos arquitectónicas. En realidad, la relación entre reivindicación nacionalista y gestión de patrimonio arqueológico no es nueva y podemos citar el caso de Numancia como un claro exponente de esta relación (Jimeno y de la Torre, 2005).

En este complejo paisaje, el proceso de conciliación entre las nuevas variables y el desarrollo económico, social y urbanístico de Occidente, dio lugar a una serie de medidas para determinar el alcance de los restos arqueológicos

vinculados a la construcción. Se aceptó que no todos los yacimientos podían ser conservados *in situ*, pero sí estudiados antes de su destrucción. Entre estas medidas para la recuperación del conocimiento destacan la directiva de Impacto Ambiental, aprobada en el seno de la Unión Europea en el año 2001 –Directiva Comunitaria 97/11/CE, de 3 de marzo– y las respectivas leyes que la desarrollaban e implementaban en los países miembros². Una vez más, esta protección del patrimonio arqueológico afectaba a la gestión del patrimonio. Las obras arqueológicas previas a cualquier remoción de tierra impulsaron una nueva forma de trabajar en arqueología, apareciendo la arqueología de urgencia –mal llamada de gestión– que saca a la luz cientos, miles de restos arqueológicos que había que gestionar. ¿Qué hacemos con el ingente patrimonio mueble e inmueble que apareció y aparece cada día como consecuencia de los estudios de impacto ambiental?

En la mayor parte de los estudios de impacto ambiental, los yacimientos arqueológicos son documentados y estudiados pero no se conservan. En otras palabras, el trazado de una vía o de una carretera no puede modificarse y la preservación *in situ* es imposible. Es el caso de la mayoría de los yacimientos de la Comunidad de Madrid en donde la conservación resulta muchas veces imposible por los planes urbanísticos y de creación de infraestructuras que hubieran producido desvíos y modificaciones demasiado costosos o simplemente imposibles en un territorio en plena expansión. En algunas escasas ocasiones, la magnitud y relevancia del yacimiento ha conseguido frenar o modificar las obras, como en el caso del Valle del Côa en Portugal en donde se paralizó la construcción del pantano ante el descubrimiento de los grabados rupestres en las pizarras a orillas del río Côa. Pero no sin un esfuerzo enorme y la movilización de una parte importante de la comunidad científica nacional e internacional.

En cualquier caso, ambas soluciones producen un patrimonio arqueológico ingente susceptible de nuevas formas de gestión. No se puede gestionar de la misma manera todo el material arqueológico proveniente de una excavación de la Edad del Hierro de la meseta que los grabados rupestres del Valle del Côa. Pero ambos necesitan ser gestionados: conservados, estudiados y mostrados al público. ¿Cómo presentamos a la sociedad el resultado de to-

² Se trata de la Directiva 97/11/CE, de 3 de marzo, por la que se modifica la Directiva 85/337/CEE, relativa a la evaluación de las repercusiones de determinados proyectos públicos y privados sobre el medio ambiente, (DOCE nº L 73, de 14.03.97), traspuesta en la Ley 6/2001, de 8 de mayo (BOE nº 111, de 09.05.01) y el Real Decreto Legislativo 1/2008, de 11 de enero, por el que se aprueba el texto refundido de la Ley de evaluación de impacto ambiental de proyectos.

dos estos trabajos arqueológicos? ¿Dónde y cómo conservamos toneladas de material cerámico proveniente de cientos de yacimientos en las líneas de AVE que recorren la Península Ibérica? Ahora que Foz Côa es Patrimonio de la Humanidad... ¿cómo se lo enseñamos al mundo? ¿Existen diferentes niveles de conservación, protección o divulgación? Y... más difícil todavía... ¿cómo integramos los yacimientos en un paisaje para que dejen de ser parches aislados en territorios en continuo cambio? ¿Cómo integramos a la comunidad en la defensa, protección, divulgación y gestión del patrimonio arqueológico?

En fin, estamos en un momento de importantes cambios en la gestión del patrimonio arqueológico, en el que se incorporan conceptos y nociones de moda en el resto de las disciplinas, tales como sostenibilidad, identidad, participación... y quizás en este momento de ajuste uno de los cambios más radicales está en determinar qué incluye exactamente la noción de patrimonio arqueológico susceptible de ser gestionado y qué es exactamente la gestión de patrimonio arqueológico.

Lo que hace algunos años se consideraba imposible de acondicionar y abrir al público hoy se puede haber convertido en producto turístico de primera magnitud gracias a ser “único” y estar en un territorio “singular”. Uno de los ejemplos más claros son los yacimientos en los que se estudia la evolución humana, como el caso de Atapuerca. Las enormes estratigrafías son el sueño de cualquier investigador, pero muy difíciles de entender para el visitante no iniciado. Se necesitan herramientas didácticas muy poderosas para explicar el significado de rellenos de cueva que contienen una información no visible al ojo iniciado, y a veces, ni siquiera al ojo humano. La falta de monumentalidad y de restos arquitectónicos en este tipo de yacimientos los ha mantenido hasta hace poco tiempo fuera del circuito de patrimonio arqueológico susceptible de ser gestionado. Hoy, la nueva forma de explicar y transmitir el patrimonio permite una explicación clara de los mismos y repercute en todo el concepto de gestión que teníamos hasta el momento (Pérez-Juez Gil, 2010b).

¿PERO QUÉ ES EXACTAMENTE LA GESTIÓN DE PATRIMONIO ARQUEOLÓGICO?

Lo que hemos descrito hasta ahora son respuestas a una serie de actuaciones aisladas que se fueron produciendo en Europa, y después en España, para ir solucionando las necesidades inmediatas de conservación del patrimonio arqueológico. En otras palabras, la disciplina se fue perfilando a través de las reacciones concretas dadas a problemas específicos. La gestión del patrimo-

nio arqueológico, por tanto, sigue sin estar definida. Ni siquiera se produce un intento en los textos internacionales. La Carta internacional para la gestión del patrimonio arqueológico, adoptada en la Asamblea General de ICOMOS en Lausana en 1990, enumera una serie de pasos que deben observarse en la gestión del patrimonio arqueológico –investigación, protección, inventariado, cualificación profesional, cooperación internacional–... pero no ofrece una definición concreta.

Lo mismo sucede con la revisión de la Carta de Venecia de 1964, la llamada Carta de Cracovia del año 2000, en la que se recogen líneas de actuación y principios generales bastante interesantes para la conservación y restauración del patrimonio construido, pero que se aproxima al patrimonio de forma parcial –sólo el construido y más concretamente el de las ciudades– dejando fuera los yacimientos en los que no existan edificios –todos los asentamientos prehistóricos al aire libre, en cuevas, etc. No aparece en el texto una definición de la gestión de este patrimonio aunque existe una parte dedicada específicamente a la gestión y planificación. Incluso el texto más reciente de 2004, la llamada Carta Ename de ICOMOS para la Interpretación de lugares pertenecientes al patrimonio cultural, olvida definir la gestión, aunque la interpretación del patrimonio cultural es parte de esta gestión.

La tradición de las cartas internacionales parece estar en periodo de revitalización y existen en los últimos años intentos de volver a encontrar el consenso que estos textos pretendían alcanzar. Así, si la Carta de Venecia se ha cuestionado recientemente por su conservadora mirada hacia la intervención en el patrimonio (Hardy, 2008), lo cierto es que sentó las bases de muchas de las cuestiones hoy completamente aceptadas en la gestión del patrimonio arqueológico: conservación *in situ*, preservación del contexto/entorno, reversibilidad de las actuaciones, etc. La carta de Lausana, la carta de Cracovia o la denominada Carta Ename todas ellas retoman e incluso rebautizan los conceptos, siguiendo en la línea de la Carta de Venecia y sin llegar a definir ninguna lo que realmente significa gestión del patrimonio arqueológico.

Autores, gestores, investigadores, se acercan al concepto de la misma manera: enumerando una serie de actuaciones y pasos que no deben olvidarse en la gestión, enfatizando la necesidad de un plan, urgiendo a la toma de conciencia para la conservación del patrimonio, pero el término se deja abierto. ¿Es todavía un poco pronto para definir esta disciplina? Personalmente creo que no. No sólo es el momento adecuado, si no que no podemos seguir sin

un protocolo de actuación más concreto. No se trata de restringir las formas de gestión de patrimonio arqueológico sino de definir unos mínimos y establecer guías generales de actuación. Esto permitiría mayor seguridad para los profesionales y también mayor posibilidad de análisis y evaluación para los investigadores. Los protocolos permiten el seguimiento y evaluación de programas de gestión que han sido creados siguiendo un camino parecido, ofreciendo la posibilidad de contrastar resultados de planes aplicados a diferentes yacimientos. No se trata de utilizar un mismo plan de gestión para todos los yacimientos sino de aplicar los mismos criterios de evaluación, sostenibilidad y objetivos a corto y largo plazo en todos los planes de gestión.

En realidad, la gestión del patrimonio arqueológico engloba multitud de matices y aspectos y por ello es difícil sintetizarlos en una frase. Pero si tuviéramos que hacerlo, esta definición sería que la gestión del patrimonio arqueológico es el conjunto de acciones que se llevan a cabo para la protección, conservación e interpretación del patrimonio arqueológico. Entendido en este sentido, aparecen dos cuestiones fundamentales.

La primera es que la gestión debe comenzar al mismo tiempo que el proyecto de investigación. Es más, debe ser parte del mismo para poder planificar zonas de excavación, conservación de las mismas, acceso, etc. Un ejemplo concreto son los yacimientos arqueológicos abiertos al público –en teoría, con un plan de gestión arqueológica– en los que se llevan a cabo proyectos de intervención al margen de la gestión. Lo que se produce entonces es que los accesos e itinerarios del siglo XXI seguramente no coincidan con los originales, el trazado original de un asentamiento se desvirtúa y se está creando y ofreciendo una información arqueológica falsa. O en otras palabras, dando lugar a una interpretación del yacimiento errónea. De esta manera, la incorporación del plan de gestión de un yacimiento en el proyecto de investigación permite la selección de zonas de excavación antes de la interpretación del mismo, lo cual parece obvio, pero por desgracia no lo ha sido en muchos yacimientos españoles ante la urgencia de su apertura al turismo a partir de los años ochenta.

La segunda cuestión es que la conservación no debe realizarse al final de una excavación sino en el transcurso de la misma. Si la conservación, por su parte, está directamente relacionada con el plan de gestión, esto supone una vez más que esta tiene que incluirse de manera definitiva en el proyecto de investigación/excavación. La conservación es fundamental para cumplir con

el principio de preservación *in situ* de todas las estructuras arqueológicas, ya sean muros, mosaicos, molinos o simplemente restos de fondos de cabaña. Pero sin una conservación a medida que avanza el proyecto de excavación, será difícil cumplir con este objetivo.

Para concluir, debemos mencionar que la trayectoria de la gestión de los yacimientos arqueológicos en España ha seguido las mismas vicisitudes que se han mencionado en páginas anteriores y refleja la falta de directrices concretas. Las intervenciones monumentales de la primera parte del siglo XX monopolizaron la “gestión del patrimonio” y la política turística de abrir yacimientos al público para fomentar el desarrollo económico produjo algunas actuaciones problemáticas para la conservación de los sitios. La evocación arquitectónica de la mayoría de los planes de gestión produjo además restauraciones no reversibles y, en ocasiones, la destrucción de restos no palaciegos o monumentales. Del circuito, además, salieron la mayoría de los yacimientos prehistóricos, a no ser que, como Altamira, gozaran de un lado artístico. En general, la gestión comenzaba una vez acabada la intervención en un yacimiento y, en el caso de no haber completado esta, en las zonas que ya habían sido excavadas y estudiadas.

Las cosas hoy están cambiando y cada vez más se incluyen los planes de gestión en los proyectos de investigación. La gestión del patrimonio arqueológico *in situ* está caminando hacia propuestas holísticas en las que arqueología, territorio y comunidades interaccionan para conseguir el deseado desarrollo sostenible.

LOS USOS DE UN YACIMIENTO ARQUEOLÓGICO

El uso de un yacimiento arqueológico, o mejor, los usos, también han evolucionado a lo largo de los años y han definido el tipo de gestión de cada sitio. El uso como fuente de información, es decir, como custodio de conocimiento es sin duda el más importante y el que ha determinado la protección del mismo. Pero reconociendo este como el fundamental, el yacimiento arqueológico puede ser utilizado para otros objetivos, incluso coincidir varios de ellos a la vez. La incorporación en la lista de yacimientos protegidos de los no monumentales y la propia evolución económica y social de un país son factores que inciden en el uso actual de los yacimientos.

El uso del yacimiento como recurso educativo está muy vinculado a la inclusión en los planes de gestión arqueológica de los yacimientos no mo-

numerales: prehistóricos, campos de batalla, casas de esclavos, zonas industriales, etc. Con ellos, se ha desarrollado toda una nueva programación didáctica para complementar, y a veces sustituir, la información no aportada por los vestigios. En otras palabras, un yacimiento en el que la producción científica es enorme, como es el caso de los yacimientos de la Sierra de Atapuerca, y que aporta miles de fósiles todos los años no puede explicarse tan sólo a través de la descripción de un depósito sedimentario en el que el visitante no verá nada de lo que se le está hablando. No se ven en los rellenos de Atapuerca cráneos de homínidos, restos de fauna, industria lítica *in situ*, pero se puede entender el contexto en el que estos se han conservado y la forma de investigar y conocer el pasado. Para ello, se necesitan herramientas capaces de suplir con imágenes o sensaciones lo que no se puede ver. Las herramientas pueden ser desde los tradicionales audiovisuales o maquetas a las actividades que impliquen la participación activa o pasiva, como talleres, demostraciones, recreaciones, etc. (figura 3).



FIGURA 3. El yacimiento de Dolina durante la campaña de excavación. Los rellenos de las cuevas, llenos de información, necesitan de técnicas de interpretación para poder transmitirlos al público.

Por otra parte, incluir estos yacimientos en la lista de los sitios susceptibles de ser gestionados plantea nuevos usos del patrimonio que ya no es sólo fuente de conocimiento histórico o recurso de turismo cultural. Aparecen posibilidades sociales, e incluso de motor económico o generador de riqueza. Los yacimientos de la Sierra de Atapuerca, una vez más, se conciben como el marco en el que se desarrollan programas y en el que la interacción con otros recursos hará posible el desarrollo económico y social de un sitio. Así, el yacimiento es el motor alrededor del cual aparecen otras propuestas, la mayoría de ocio, pero no necesariamente de carácter cultural: rutas medioambientales, gastronómicas, etc.

Lo mismo sucede con yacimientos de épocas más recientes ligados a eventos y no a restos arquitectónicos. Es el caso de los campos de batalla, susceptibles de ser estudiados con metodología arqueológica pero no ligados a ningún edificio monumental concreto. La función educativa de los mismos radica en su capacidad de evocar el sitio específico de un determinado acontecimiento y, por tanto, recrear mentalmente un hecho en un contexto. En estos casos, además, el yacimiento puede ser utilizado con otro fin: el de crear una determinada conciencia de pertenencia a un lugar. En este caso, el evento es el detonante de un proceso que determina una historia común, o un pasado compartido que puede ser o no real, pero que se manipula para conseguir un objetivo concreto. Estaríamos aquí ante otro uso del yacimiento arqueológico, el de cohesión social que no tiene porqué ser aceptado por todos los miembros de una comunidad, pero que es capaz de producir sentimientos afines entre muchos de ellos (Pérez-Juez, 2010a). El patrimonio arqueológico en cualquier caso, nunca es concebido fuera de un contexto específico. Este territorio se articula a partir de los yacimientos y dota de uniformidad a un conjunto que hay que gestionar de forma global (figura 4).

DE CONTEXTO A TERRITORIO

Todo lo anterior nos lleva a la conclusión de que hoy no es posible –o no debería ser posible– gestionar un yacimiento arqueológico al margen de un territorio, concepto que también ha sufrido la misma evolución que el de patrimonio y gestión arqueológica. Hasta hace poco tiempo se entendía el territorio como el contexto en el que se inscribía un yacimiento (AA.VV, 1993). El yacimiento arqueológico protegido –es decir, el inscrito en la categoría de Bien de Interés Cultural, B.I.C.– debía rodearse de un área difícilmente de-



FIGURA 4. Plimoth Plantation, Massachusetts, Estados Unidos. La recreación del asentamiento de los primeros colonos en las costas de Nueva Inglaterra constituye un gran recurso educativo. Pero lo que se transmite no es solo una serie de hechos históricos sino también los valores que llevaron a esa colonización y la fundación del país: libertad religiosa, oportunidades, etc. El uso educativo, por tanto, se funde con el de cohesión social y búsqueda de raíces comunes en eventos históricos.

marcable, pero siempre existente. Se argumentaban diversas razones pero ninguna realmente sólida por sí misma: protección de un entorno, delimitación de un contexto histórico... por esta razón, el entorno, territorio, contexto, área o los diferentes nombres con los que se designaba este espacio quedaban sin concretar. El territorio alrededor de un yacimiento aludía, en general, a un espacio histórico que, fosilizado en un momento concreto, debía preservarse de la misma manera y con el mismo objetivo que el resto del yacimiento arqueológico.

Pero las cosas han cambiado, ampliándose el concepto de territorio no sólo a lo que hace alusión al yacimiento sino sobre todo a lo que hace alusión a la realidad actual en la que se enmarca un determinado sitio. En otras palabras, territorio era antes el espacio físico que había que proteger alrededor de un yacimiento arqueológico, la zona en la que técnicamente debía de evitarse

cualquier construcción, remoción de tierras, etc. El territorio hoy cobra personalidad por sí mismo. La relación entre este y el yacimiento es, en realidad, entre el sitio y la comunidad. Esta relación es compleja, diversa y afecta a múltiples aspectos. Vamos a intentar profundizar en algunos de ellos.

PATRIMONIO Y TERRITORIO EN COMUNIDADES INDÍGENAS

La relación entre patrimonio arqueológico y territorio vivo se aplicó en un primer momento a las comunidades indígenas. Parecía como si sólo pudiera existir una vinculación con el sitio arqueológico que afectara al territorio concreto cuando aquél estaba ubicado en zonas de población hoy todavía indígena, fueran o no fueran herederas de la tradición cultural de este patrimonio. Es el caso de gran parte de los yacimientos arqueológicos acondicionados en Latinoamérica, pero también en Asia o en el resto de los continentes en los que Europa tuvo territorios. Podríamos citar el caso de todo el patrimonio maya en Centro América, o el caso de Angkor en Camboya, pero ocurre lo mismo con espacios protegidos en Australia, partes de África, etc. Ligar patrimonio arqueológico y comunidades indígenas actuales era la forma más fácil de integrar a las poblaciones en el desarrollo turístico de los sitios, pero también de asegurar su colaboración en la preservación de los mismos, el control del expolio, etc. Transluce además una visión europeísta de la gestión del patrimonio arqueológico que se deja también ver en las cartas internacionales.

En realidad la cuestión es mucho más compleja, porque comunidades que se sienten herederas de su pasado existen en todas partes, y no necesariamente tienen que ser poblaciones indígenas. De esta misma forma, la utilización no científica del patrimonio arqueológico existe también en Europa, reasignándose usos del mismo que quizás pudieran tener en el pasado, o proyectándose las ideas de esos usos. Podemos pensar en los rituales druidas de Stonehenge, por ejemplo. Y también podemos pensar en el uso del patrimonio arqueológico vinculado a creencias religiosas que inspiran peregrinaciones y demás (Jerusalén, pero también Cluny son algunos ejemplos). De esta manera, la vinculación de comunidades a restos arqueológicos no está necesariamente ligada a comunidades indígenas de colonización europea sino que se extiende a esferas más amplias, muchas veces fruto de reapropiaciones modernas de algún aspecto antiguo de ese patrimonio.

Un ejemplo interesante es el proceso de devolución de restos arqueológicos indígenas a los nativoamericanos de Estados Unidos. En el año 1990

se aprobó en este país la ley NAGPRA, *Native American Graves Protection and Repatriation Act* (Ley para la Repatriación y Protección de Tumbas Nativoamericanas). La ley está dirigida a museos de Estados Unidos y agencias federales con el objetivo de devolver a los grupos indígenas los millones de piezas arqueológicas contenidas en museos, universidades, bibliotecas, gabinetes de investigación, etc., ante la continuada petición de los *lobbies* indígenas para la recuperación de su patrimonio arqueológico. La devolución afecta a restos humanos, objetos funerarios, objetos considerados sagrados por las tribus o parte del patrimonio cultural de las mismas. Además, se recogen situaciones en las que no se puede identificar culturalmente ciertos restos, se tipifican los comportamientos sobre tráfico ilegal de estos objetos, se establece un programa de ayudas económicas, etc.

La justificación venía del reconocimiento de los mismos no como objetos arqueológicos, sino como objetos sagrados, religiosos, simbólicos de las culturas que habitaban el territorio antes de la colonización europea. El carácter de patrimonio arqueológico de estas piezas se perdía y recuperaba sólo su carácter sagrado, cultural u otro uso para el que fueron concebidas tales piezas por sus creadores indígenas.

La labor de devolución de los millones de objetos fue inmensa. Había que localizar a las tribus herederas de una cultura que no siempre seguían existiendo –algunas llevan extinguidas desde hace siglos–. En el caso de no encontrarse a las tribus relacionadas con el objeto en sí se optó por devolver las piezas a las comunidades indígenas que vivían en la actualidad en el territorio. De esta manera, se está asimilando territorio a comunidad indígena y a patrimonio arqueológico, cuando en realidad podía no haber tenido nada que ver. Algunos grupos que viven hoy en Florida, por ejemplo, podían haber llegado en el siglo XIX procedentes de Luisiana. Y así podemos encontrar un ejemplo detrás de otro. Las poblaciones indígenas que existen en el mundo en la actualidad no tienen porqué estar vinculadas necesariamente al patrimonio arqueológico que existe en un territorio.

Otras zonas con colonización europea han pasado por el mismo proceso. Es significativo el caso de Australia, por ejemplo, en donde durante mucho tiempo, los aborígenes fueron excluidos de decisiones y actividades públicas. En la actualidad, la recuperación social y política de estos grupos implica también su nueva reapropiación el territorio y del pasado, con el desarrollo de políticas que vinculan a ambos.

Dejemos entonces la vinculación estricta entre patrimonio arqueológico y territorio referida únicamente a las comunidades indígenas. Dejemos también de lado la relación entre patrimonio arqueológico y reapropiación de ciertos significados del mismo. Superemos el concepto de patrimonio arqueológico y territorio como el área de protección alrededor del yacimiento. Entonces... ¿qué nos queda? ¿Cómo entendemos la relación entre patrimonio arqueológico y territorio en el siglo XXI?

TERRITORIO E IDENTIDAD

En realidad lo que nos queda es entender el patrimonio arqueológico dentro del territorio que ocupa en la actualidad y esto, de nuevo, tiene varios aspectos todos entrelazados, pero todos complejos aún estudiados de forma individual. Un yacimiento arqueológico es capaz de provocar la relación entre comunidad y territorio y puede dotar a este de una identidad propia. Uno de los mejores ejemplos es el caso de Atapuerca.

En proyecto Atapuerca comenzó hace más de treinta años como una investigación al margen de la comunidad en la que se encontraba, con un desencuentro que necesitaba de una serie de mecanismos para provocar la comunicación entre todos los interesados/afectados en los yacimientos. Involucrar a las comunidades que rodean al yacimiento y gestionar el territorio de forma global ha supuesto un trabajo delicado de organización, logística y sensibilización. No se trata solo de una incorporación a la investigación o a la gestión, sino mucho más importante, de la creación de una forma de entender los yacimientos como parte del territorio que las comunidades habitan, y concederle un estatus capaz de cohesionar el entorno.

La aproximación holística al territorio ha permitido el encuentro. El territorio entendido como el recipiente custodio de los fósiles y la información sobre evolución humana, pero también como el lugar de interacción entre paisaje y personas a lo largo de la historia. En otras palabras, si los yacimientos de la Sierra de Atapuerca son tan ricos en fósiles humanos y huellas de su evolución es porque la zona es un cruce de caminos en el que las personas han interactuado con el medio desde hace más de un millón de años. De la misma manera que lo hacen ahora. Por esta razón, la necesidad de incorporar la relación ser humano-medio, una relación que ha sido económica, cultural, paisajista, etc., es parte de la misma esencia del estudio de la evolución.

La relación con la comunidad comenzó de forma simultánea en varios sitios y con diferentes proyectos. En general incluían la realización de visitas, organización de ciclos de conferencias, algunos programas de difusión y colaboración en la protección de los yacimientos. Ninguna institución aglutinaba a las demás y la relación con el equipo era personal y no como entidad. Tras esta primera etapa, la comunidad comenzó a ver los yacimientos como parte de su patrimonio y el conjunto del proyecto, integrado en el paisaje que recorrían todos los días. La Fundación Atapuerca se creó en 1999 para dotar de personalidad jurídica al proyecto de investigación y conseguir reunir en ella a todas las instituciones que existen alrededor del mismo: equipo de investigación, ayuntamientos, Junta de Castilla y León, etc. Con la Fundación organizando sus proyectos de forma integrada, el espacio de la Sierra de Atapuerca comenzó a percibirse como un territorio cada vez más amplio, cohesionado y capaz de actuar como un personalidad propia (figura 5).



FIGURA 5. Una imagen de la zona de entrada a la Trincheras del Ferrocarril, en la que se encuentran los yacimientos de Elefante, Galería y Dolina. A la izquierda de la imagen se aprecia el “Camino de los Miradores”, a través del cual se realiza una visita libre de los yacimientos pero también de la flora del entorno. El camino está señalado tanto a nivel arqueológico como medioambiental.

Por fin, en el año 2007, se creó el Espacio Cultural Atapuerca, ampliando la zona protegida de los yacimientos de la Sierra de Atapuerca. El objetivo de esta nueva actuación por parte de la Junta de Castilla y León es promover el desarrollo sostenible de la zona, integrando a los diferentes municipios alrededor del proyecto Atapuerca. De esta manera aparecen dos figuras, la de “Espacio Cultural” que afecta al BIC y al territorio en el que se encuentra, y la de “Sistema Atapuerca, Cultura de la Evolución” que aglutina a centros e instituciones que funcionan o están relacionados de alguna manera con el proyecto. Era necesaria una figura administrativa que pudiera coordinar todos los nuevos centros que han ido apareciendo a lo largo de estos años: el Museo de la Evolución Humana, los centros de visitantes de Atapuerca e Ibeas de Juarros, el Parque Arqueológico de Atapuerca, etc. (Aguado *et al.*, 2010).

De esta forma, la coordinación permite políticas integradas de gestión sostenible del territorio, coordinando las acciones de los diferentes interesados e involucrando a la comunidad en los nuevos planes. Aunque no de forma integrada, la Fundación Atapuerca ya había puesto sobre la mesa la necesidad de esta colaboración con el territorio y las comunidades que lo habitan. Para ello, se habían diseñado programas que consiguieran tanto la sensibilización como la acción directa por parte de diferentes sectores.

Los programas de la Fundación Atapuerca partieron de un estudio a gran escala que se hizo en la ciudad de Burgos, a unos 15 kilómetros de los yacimientos, en el año 2003³. A través una encuesta se pudo conocer que sólo el cincuenta por ciento de la población había visitado los yacimientos, y de este cincuenta por ciento, la mitad lo había hecho incitado por alguien de fuera que había propuesto esta visita. En definitiva, sólo el veinticinco por ciento había decidido *motu proprio* conocer los yacimientos de la Sierra de Atapuerca. Es un dato significativo, porque a la pregunta de si pensaban que el proyecto Atapuerca era bueno para Burgos y traería riqueza al territorio, la respuesta fue unánime: el cien por cien de los encuestados contestó afirmativamente. Con estos datos en la mano, era evidente que se necesitaban tender los puentes para el encuentro entre proyecto y comunidad, así como comenzar a pensar en las figuras jurídicas y administrativas necesarias para fomentar el desarrollo sostenible de la zona (figura 6).

³ La encuesta se realizó gracias a un acuerdo de colaboración firmado entre la Fundación Atapuerca y la Federación de Empresarios de Comercio de Burgos. Se diseñaron expositores con las encuestas que se colocaron estratégicamente en diferentes comercios de la ciudad, con diferentes públicos, niveles sociales, culturales, de edad, etc. En total, se recogieron 2.000 encuestas.



FIGURA 6. La Marcha a los yacimientos, celebrada el último domingo de noviembre de cada año. Permite un recorrido por los alrededores de la sierra y reúne en los yacimientos a muchas personas interesadas en Atapuerca. En la imagen, algunos de los participantes en la Trinchera del Ferrocarril.

Algunos de los programas que se pusieron en marcha iban dirigidos únicamente a la población del territorio que rodea a la Sierra. Por ejemplo, se estableció que el día de conmemoración de la declaración de patrimonio de la humanidad de los yacimientos de la Sierra de Atapuerca sería el momento de celebración de una marcha a los yacimientos. El domingo más cercano al 30 de noviembre –fecha de esta declaración– se celebra una marcha a pie desde las localidades de Atapuerca e Ibeas de Juarros que termina en el aparcamiento de entrada a la trinchera del ferrocarril. La Fundación Atapuerca coordina a un número enorme de colaboradores en este acto que siempre acaba de forma festiva y permite una relación mayor entre las personas que se interesan por Atapuerca y todas las que trabajan en el proyecto o en los muchos empleos que el proyecto genera.

El esfuerzo se ha hecho también construyendo dos centros de la Fundación Atapuerca en las localidades de Atapuerca e Ibeas de Juarros, incorporando a la gente joven de las zonas cercanas en el proyecto de gestión, inves-

tigación, mantenimiento y logística de las excavaciones o de la Fundación Atapuerca y tratando de incluir la distinta oferta de los alrededores en lo que significa el proyecto Atapuerca. Esto afecta a los negocios, pero también a recursos culturales y educativos o incluso, al Parque de Arqueología Experimental (figura 7).

La aceptación de esta realidad: la vinculación entre yacimiento, territorio y comunidad se extiende entonces a otros temas, quizás uno de los más importantes sea el de evaluar de verdad la posibilidad de fomentar y promover el *desarrollo sostenible* de esta zona que ha adquirido una identidad nueva gracias al patrimonio arqueológico. En el caso de los yacimientos de Atapuerca parece claro. La identidad no se entiende como el reconocimiento de ser los herederos directos de unos homínidos que vivieron en ese espacio hace más de un millón de años, sino en ser los garantes de su conservación y transmisión. En otras palabras, es posible crear una identidad ligada al yacimiento que afecta al territorio inmediato y a las personas e instituciones que tienen



FIGURA 7. Los campamentos arqueológicos para niños son uno de los programas estrella de la Fundación Atapuerca, con los que se quiere sensibilizar a los más jóvenes no sólo sobre el proyecto en sí, sino también sobre la interdisciplinariedad del mismo y sobre la importancia del territorio para el estudio arqueológico.

la responsabilidad de velar por la conservación de un legado de dimensión mundial. Y también, claro está, de gestionarlo económica, social y culturalmente. De esta manera, hemos dejado a uno lado el concepto de herederos y pasamos al de responsables de un patrimonio y un territorio.

La realidad social, cultural, económica y hasta política actual no permite otra interpretación que la anterior: el yacimiento arqueológico acondicionado forma parte de un territorio que se cohesiona a través de la creación de unas sólidas características identitarias que lo definen. Por esta razón, no son enclaves aislados en un espacio contemporáneo parchado de puntos del pasado sino que forman una unidad que se cohesiona a partir del acondicionamiento y apertura a la sociedad de un yacimiento emblemático. En este sentido, el espacio cultural concebido en Atapuerca, Sistema Atapuerca, no hace sino reflejar lo anterior. Lo que articula el espacio concreto es el yacimiento –o el proyecto– de la Sierra de Atapuerca. Pero se concibe como un espacio contemporáneo, creado *ex novo* y entendido como zona contemporánea, unida por los descubrimientos arqueológicos

CONCLUSIONES

La gestión del patrimonio arqueológico es una disciplina reciente que ha evolucionado desde la catalogación y conservación de antigüedades hasta constituir una parte esencial en el proceso de investigación arqueológica. El yacimiento arqueológico sigue siendo la principal fuente de información, pero también de inspiración, y por esta razón, el yacimiento se entiende de una manera global, incluyendo espacio arqueológico y espacio vivo, el paisaje donde se produjeron actividades humanas en el pasado y donde se sigue interactuando en el presente.

La gestión del patrimonio arqueológico *in situ*, por lo tanto, puede realizarse de forma mecánica –siguiendo los pasos propuestos en diferentes textos– o puede hacerse de forma holística, dentro de un programa de investigación y atendiendo a la comunidad en el que se encuentra el yacimiento. El proceso de cambio que se ha producido en el concepto de patrimonio arqueológico, y sobre todo en el concepto de patrimonio arqueológico susceptible de ser acondicionado, es visible también en las nuevas formas de gestionar el patrimonio arqueológico. Para abrir y presentar un yacimiento al público ya no basta con la señalización adecuada o la construcción de un área de acogida. Es necesaria su gestión como parte de un territorio concreto.

Con todo lo anterior, sólo resta recordar que la gestión del patrimonio arqueológico es una conciliación de intereses (Pérez-Juez Gil, 2010b). Es muy difícil conseguir que el interés de la investigación o la conservación primen sobre otros intereses (el de desarrollo económico, el del acceso público, etc.) y lo más importante es que todas las políticas culturales consigan seguir preservando y estudiando un sitio sin por ello restar interés a la comunidad, el territorio o el acceso. Al fin y al cabo, el yacimiento arqueológico es patrimonio porque así lo considera la sociedad (Ley 16/1985 del Patrimonio Histórico Español) y esa consideración necesita de una relación y una continua interacción. Sin ella, el patrimonio carecería de valor.

BIBLIOGRAFÍA

- Aguado, F., Romo, J., Martín, A., Barros, M. A., Martínez, P., Sarmiento, S. (2010): Espacio Cultural Sierra de Atapuerca. Un proyecto científico pero sobre todo humano, *Amigos de los Museos* 31, Invierno 2010-11, 30-34.
- Alexander, E. P. (1993): *Museums in motion. An introduction to the history and functions of Museums*. American Association for State and Local History, Nashville, Tennessee.
- AA.VV. (1993): *Seminario de parques arqueológicos* (Madrid 13, 14 y 15 de diciembre de 1989). Ministerio de Cultura, Madrid.
- Frère-Sautot, M.-C. (2006): Sad news from Archédrome, *EuroRea* 3/2006, 69.
- Hardy, M. (ed.) (2008): *The Venice Charter revisited: modernism, conservation and tradition in the 21st century*. Cambridge Scholars Publications, Newcastle upon Tyne.
- Jackson, J. B. (ed.) (1980): *The necessity for Ruins and Other topics*. University of Massachusetts Press, Amherst.
- Jimeno, A.; de la Torre, J. I. (2005): *Numancia, símbolo e historia*. Akal, Madrid.
- Pérez-Juez, A. (2006): *Gestión del patrimonio arqueológico*. Ariel, Barcelona.
- Pérez-Juez, A. (2010a): Patrimonio arqueológico y territorio, *Amigos de los Museos* 31, Invierno 2010-11, 22-28.
- Pérez-Juez Gil, A. (2010b): La gestión del patrimonio arqueológico: de la tradición al nuevo panorama del siglo XXI. En R. Hidalgo (coord.), *La ciudad dentro de la ciudad. La gestión y conservación del patrimonio arqueológico en ámbito urbano*, Seminario de Arqueología, Universidad Pablo de Olavide, Sevilla.
- Pou, J., Sanmartí, J., Santacana, J. (1995): La reconstrucció del poblat ibèric d'Alorda Park o de les Toixoneres (Calafell, Baix Penedès), *Tribuna d'Arqueologia* 1993-1994, 51-62.

6

ARQUEOLOGÍA, MUSEOLOGÍA Y COMUNICACIÓN

Joan Santacana Mestre

LOS MERCADERES DE LA CULTURA

Es Donald Sassoon quien, en la introducción de su fundamental obra sobre *Cultura. El patrimonio común de los europeos* (2006: 2-23), plantea el hecho que nos levantamos cada día por la mañana gracias a un aparato que sintoniza una emisora de radio; tomamos el metro y durante el trayecto miles de ciudadanos leen un tabloide repartido gratuitamente, o escuchan música en sus mini aparatos; nos sumergimos en tiendas y oficinas en las cuales las ofertas de productos culturales son continuas; salimos por las tardes al cine o al teatro que son productos típicamente culturales; en nuestras vacaciones o fines de semana visitamos ciudades que son grandes contenedores de patrimonio cultural o bien visitamos conjuntos monumentales o parques nacionales que constituyen las piezas más notables del patrimonio común. Así, los hogares al despertar o el metro por la mañana vibran con el consumo de cultura. La mayoría de la gente comienza el día oyendo música y cuando vuelva a casa, millones de ciudadanos encenderán la televisión, los reproductores de video o iniciaron una sesión de internet. ¡Nunca antes de esta época se había consumido tanta cultura!

Entre el consumo de cultura y otras formas de consumo hay, sin embargo, algunas diferencias; la más importante es que este consumo, a diferencia del de las *pizzas*, va acompañado de símbolos discretos de calidad, de distinción o de clase. Ha de ser siempre una producción diferenciada, original y distinta, de tal forma que cada libro, cada película, cada museo es una inversión que conlleva el riesgo. Sin embargo, nadie duda que este consumible que llamamos cultura pueda ser una fuente de placer; pero sin olvidar que también

son una fuente de prestigio; por ello, mucha gente prefiere a veces ir a una exposición de arte o de arqueología que tomarse un helado en una terraza, aun cuando lo segundo puede que le produjera mas placer que lo primero.

El consumo de arqueología forma parte de este enorme bagaje cultural; reportajes más o menos rigurosos en los canales televisivos, películas cuyo trasfondo puede ser la arqueología o films rodados en escenarios arqueológicos no son raros en este contexto. ¿Quiénes son los productores de esta cultura? Puede que antes de ser productores de cultura, muchos hayan sido consumidores; poco importa el medio utilizado para el consumo cultural. ¿Fue el cine? ¿Fueron algunos programas televisivos? ¿Fue alguna revista de divulgación? En todo caso, el consumo de cultura suele desarrollar sus propios mercados; como cualquier otro elemento de consumo, cuanto más se consume más aumenta el deseo de consumir. En el fondo, la industria cultural es una industria del placer y opera por retroalimentación. ¡Los productores de la cultura saben esto!

¿CONTENIDO *VERSUS* FORMA?

Deberíamos fijar nuestra atención en quiénes son los que hacen esto y por qué hay tan pocos profesionales de la ciencia arqueológica detrás de estas industrias. Los que se dedican a esto, frecuentemente no es gente de ciencia; los científicos no están con ellos y en el mejor de los casos son estorbos a los cuales hay que soportar. Lo que predomina es la forma sobre el contenido; suelen desaparecer los grandes temas que cautivaron el interés del investigador y el discurso dominante suele ser propio de mercaderes. Es como una especie de bricolaje intelectual, en el que se mezclan en proporción variable, la publicidad, el diseño, la ciencia y la arquitectura. De esta forma, el museo es un escaparate en donde se muestran estos productos del bricolaje. Naturalmente, lo interesante de la investigación, al menos en arqueología, es que cada trabajo es diferente al anterior; cada yacimiento presenta una problemática distinta y específica, cada piedra, cada hueso es un mundo de incógnitas no siempre resueltas. Es bien sabido que el mundo de la investigación está reñido con el de la estandarización, pero la estandarización es el nervio de la industria cultural, ya que sólo así multiplica el beneficio. Es por ello que vemos que cuando en un museo arqueológico alguien coloca una réplica funcional de un molino de rotación, si el ejemplo tiene éxito, se difunde; en todos hay interactivos con estratigrafías, o piezas “rotas” que cual rompecabezas hay

que reconstruir y así sucesivamente. ¿Cuál es la tarea del investigador que honestamente se preocupa por la difusión del conocimiento? ¿Donde están los límites entre la ciencia y el entretenimiento o el negocio? ¿Cómo poner límites a los mercaderes? (figura 1).

¿HAY QUE TENER PRESENTE LA INTELIGENCIA EMOCIONAL EN LA ARQUEOLOGÍA?

El patrimonio arqueológico tiene unas características diferenciales con respecto a otros tipos de patrimonio aun cuando participa de caracteres comunes. Al igual que el patrimonio artístico, la arqueología tiene la capacidad de emocionar, incluso cuando los restos materiales que ofrece son escasos. Saverio Scrofani, en su viaje a Grecia en 1799, ya el umbral del siglo XIX, escribió entusiasmado:

¿Qué importa que Esparta, Atenas y Corinto hayan desaparecido para siempre? El terreno donde se levantaron contiene aún en su seno las ideas sublimes que inspiró en el pasado... ¡Y el silencio! El silencio hará que me sienta conmovido y que suspire en este majestuoso teatro donde tuvieron lugar tantas hazañas gloriosas.



FIGURA 1. Rodaje en la Ciudadela Ibérica de Calafell (Tarragona). ¿Donde están los límites entre la ciencia y el entretenimiento o el negocio? (fotografía Joan Santacana).

No importa los motivos que tengamos para las emociones; el sabio erudito griego Rizos Neroulos, cuando en 1839 pronunció la conferencia inaugural de la Sociedad Arqueológica Griega, emocionó a sus conciudadanos al decirles “estas piedras, gracias a Fidias, Praxiteles, Agorácrito y Mirón, son más preciosas que los diamantes y las ágatas ya que es a estas piedras a las que debemos nuestro renacimiento político”. La arqueología mantiene sin duda alguna el halo del romanticismo y por ello es posible todavía vincularla a la aventura, a la expedición exótica y al misterio del pasado remoto. Esta capacidad de emocionar la comparte sin duda con determinadas artes visuales o plásticas, tales como el cine, el teatro, la fotografía o la pintura. Nos emocionan, conmueven o alteran las sensaciones de miedo, terror, placer, rabia, sorpresa, alegría, tristeza, asco y muchas más. Y es que existe realmente la denominada inteligencia emocional, es decir, una capacidad de relacionarse e interactuar con el entorno y con los demás. Así, es innegable que hay emociones que están asociadas al placer, ya que cuando tenemos una necesidad y la saciamos, inmediatamente experimentamos una sensación agradable; hay también emociones que se relacionan con el recuerdo; a veces parece como si en nuestra mente se abriera una carpeta del ordenador central y nos mostrara recuerdos que habían permanecido “cerrados” durante mucho tiempo. De la misma forma podemos afirmar que hay emociones ligadas al descubrimiento; experimentamos una sensación agradable e indescriptible cuando descubrimos algo; ello no sólo se da en el campo de la arqueología y de la ciencia; muchas personas sienten esta sensación cuando identifican, basándose en detalles, un autor o un cuadro en una galería de arte. También experimentamos sensaciones peculiares cuando un elemento del patrimonio nos recuerda algo de nuestro país, de nuestro universo cultural o ideológico. Todo esto está muy relacionado con lo que se denomina inteligencia emocional. Hay personas que desde una determinada posición erudita desprecian las emociones ligadas al patrimonio, cual si fueran manifestaciones espurias, irracionales y primitivas. Sin embargo, la capacidad emotiva del patrimonio es real, existe y no hay nada de malo en ello; ciertamente existen falsas razones para despreciar este universo emotivo de las personas. Al igual que el arte, que el teatro o el cine, el patrimonio puede emocionar. Kavafis se emocionó ante las Termópilas, no por lo que allí ocurrió, sino por su capacidad de significación. Por esto escribió su bello poema:

*Honor a aquellos que en sus vidas
custodian y defienden las Termópilas
sin apartarse nunca del deber;
justos y rectos en sus actos,
no exentos de piedad y compasión (...)*

EL APORTE DE CONOCIMIENTO CIENTÍFICO

Sin embargo, a diferencia de otro tipo de patrimonio, el patrimonio arqueológico tiene la característica de aportar conocimiento científico. Junto a su capacidad de emocionar, hay la capacidad de generar conocimiento científico; la arqueología es una disciplina fronteriza entre otras muchas. Requiere de la física para conocer la materia, de la química para analizar, de la geología, de la edafología, de la paleontología, de la antropología, de la historia, de la ingeniería, de la virtualidad, de la arquitectura, de la microbiología, de la anatomía humana, y de un sin fin de disciplinas más o menos instrumentales. Es por esta razón que tiene un alto potencial educativo, y es capaz de generar conocimientos transversales. Y la transversalidad es una de las grandes bazas del aprendizaje.

Por otra parte, la arqueología implica siempre el desarrollo de una didáctica basada en el objeto; quien no comprenda la importancia que tiene saber leer el pasado en el cuello de las ánforas no puede comprender a los arqueólogos. Y sin embargo, ¿qué educador no conoce las ventajas de enseñar a deducir a partir de los objetos? ¿Quién no valora la capacidad que tiene un objeto de evocar cosas? ¿Cómo desconocer que los huesos a veces también hablan? Este es el segundo valor educativo de esta ciencia; es la ejemplificación perfecta de la didáctica del objeto. Una lata de Coca Cola o un vaso cerámico de campaniense nos pueden decir mucho de las sociedades que tienen o tuvieron detrás.

Sin embargo, uno de los aspectos que hacen de esta disciplina un instrumento educativo de alto potencial es el método. Nuestros sistemas educativos tienen muchas debilidades como es bien sabido; una de ellas es el olvido del método ¡La enseñanza de la historia ha padecido siempre este mal! Ya se quejaba hace más de un siglo Rafael Altamira, cuando denunciaba que la enseñanza de la historia que se hacía –y se hace– en España era ametodológica y vacía. Decía el erudito decimonónico que la historia era una disciplina que los historiadores cocinaban en sus cocinas, elegían los ingredientes y servían a los alumnos de escuelas y universidades los platos preparados sin que estos

supieran nada de las fuentes primarias con las cuales habían sido elaborados. ¡Como si no tuvieran los alumnos capacidad de cocinarlos! Y naturalmente, la historia, como la arqueología, sin método, es un engaño, es un mito.

La arqueología enseña a interrogarnos sobre problemas del pasado y del presente; nos sugiere y plantea hipótesis de trabajo, nos remite a los restos materiales y demás fuentes para apoyar las hipótesis y para ello hay que saber analizar críticamente las fuentes, los restos, los objetos, clasificarlos, compararlos, en definitiva “leerlos”. Finalmente nos conduce a conclusiones, casi siempre provisionales, modestamente planteadas ya que suelen ser mejoradas en cada generación, al igual que ocurre con la física o con cualquier otra disciplina que se base en el método científico. ¡Y nos deja más preguntas de las que resolvió! Esto es lo más educativo de la arqueología.

¡HASTA LOS LÍMITES DEL CONOCIMIENTO!

Finalmente hay que decir que la arqueología nos permite avanzar hasta los límites mismos del conocimiento. Los arqueólogos y arqueólogas vemos el mundo en dos dimensiones, en planta. Y nuestras hipótesis son sobre ¿cómo eran los alzados? Para ello hay que utilizar hipótesis difíciles de demostrar, hay que manejar la iconografía virtual, la proyección arquitectónica, la antropología cultural o el sentido común. Y es evidente que en este terreno de arenas movedizas nos acercamos a los límites del conocimiento, hasta el preciso momento en el que la pregunta ¿cómo lo sabes? ya no obtiene una fácil respuesta. Pero quien no se acerca peligrosamente a los límites no hace avanzar la ciencia y la arqueología es una disciplina que a menudo se mueve en los límites de este conocimiento ¡Y esto también es educativo!

Hasta ahora parece que sólo he hablado de arqueología; pero en realidad estamos hablando de educación, porque la función didáctica de la arqueología es mostrar todo esto; cautivar, emocionar, acercar al ciudadano al método científico, mostrar los límites del conocimiento.

EL PATRIMONIO ARQUEOLÓGICO ES EDUCATIVO PORQUE MODIFICA LA FORMA DE PENSAR Y DE COMPORTARNOS

¿Y el museo? El museo es como la escuela; son instrumentos educativos. Quien realmente debe educar es la familia, la ciudad toda. Educar es una tarea colectiva y si no es colectiva fracasa. Los maestros y los museos pueden y deben enseñar cosas; pueden y deben educar, pero como instrumentos

menores; cuando fracasa la educación, en realidad fracasa la ciudad y la sociedad como ente educador ya que se educa cada vez que se realizan acciones que tienden a modificar positivamente el comportamiento y la forma de pensar de las personas. Por lo tanto, el museo tiene un papel modesto, pero interesante e irrenunciable en la tarea de educar. Ello es así porque nosotros, que cada vez más vivimos inmersos en mundos virtuales, tenemos nuestros sentidos atrofiados; bebemos leche que no tiene sabor de leche; vemos imágenes de personas que son construcciones casi virtuales, recibimos mensajes mediante instrumentos que anulan algunos de nuestros sentidos; nunca como hoy estamos más alejados de la realidad, de lo real y tangible, de aquello que contiene materialmente porciones de realidad. Y muchas de estas cosas reales y tangibles están en los museos.

Los museos han de servir para esto; y los museos de arqueología deben intentar cumplir este papel. Llevo muchos años de mi vida profesional viendo museos, muchos de ellos son de arqueología; en los últimos años han crecido muchísimo los centros de interpretación cuya finalidad también es la arqueología de alguna u otra forma. Se trata de centros diseñados con una mentalidad en la que se observa el triunfo del diseño, de la arquitectura y con una tecnología sofisticada de pantallas y audiovisuales. Casi siempre tratan de transmitir visiones más o menos realistas del pasado; recrean virtualmente la realidad con mejor o peor fortuna... y sin embargo, transcurrida la sorpresa inicial, aburren, generan desinterés. En ocasiones estos centros de interpretación tienen un modesto yacimiento arqueológico a sus pies... Y ¡el museo no tiene ni la fuerza para generar la curiosidad de los visitantes, que no acceden a las ruinas! Yo no tengo fe en este tipo de equipamientos, porque no tienen capacidad de emocionar, ni de sorprender, ni me permiten descubrir, ni me enseñan el método, ni tan siquiera me dicen cuando han traspasado los límites del conocimiento. Un torrente de dinero ha generado estos equipamientos, al margen de los intereses de la ciencia, de los ciudadanos, de la escuela y del conocimiento. La museografía ha de educar con otras herramientas. Pero esto ya es otro tema que no vamos a abordar ahora.

YACIMIENTOS ARQUEOLÓGICOS ESCAPARATES DE LA INVESTIGACIÓN

Un problema muy distinto es transformar los yacimientos arqueológicos en espacios de presentación del patrimonio, en escaparates de la investigación arqueológica. En España no hay mucha tradición en aplicar los



FIGURA 2. Vista del parque arqueológico de Untherulhdingen, ideado por Schmidt a principios de los años veinte del siglo pasado (fotografía Joan Santacana).



FIGURA 3. Detalle del parque arqueológico alemán de Unterulhdingen, un modelo de yacimiento palafítico en la frontera suizo-germana (fotografía Joan Santacana).

conceptos, métodos y técnicas de la museografía didáctica en este tipo de espacios. No suele aceptarse que los yacimientos arqueológicos han de ser también espacios para presentar el patrimonio arqueológico de forma rigurosa y a la vez didáctica. La tradición europea, en este sentido es mucho más variada y rica. En setiembre del 2007, el Instituto del Patrimonio Arqueológico de Bohemia central, juntamente con el Centro Arqueológico Europeo de Bibracte organizó una mesa redonda para debatir los temas de gestión y presentación de estos yacimientos arqueológicos. No es la única iniciativa en este sentido, pero sí que es la más reciente; sorprende la ausencia de investigadores españoles; no hay tampoco instituciones públicas interesadas y es que nuestro modelo se aleja mucho todavía de los parámetros de la Europa Central. La razón de ello, probablemente es que los yacimientos europeos representados se inscriben en la corriente de Museos al Aire libre, tan cercana a la de la museografía didáctica, ya que normalmente incluyen reconstrucciones *in situ*. Las reconstrucciones arqueológicas de hábitats prehistóricos desaparecidos en algunas zonas de Europa no es una tradición reciente, ya que la primera experiencia en este sentido fue en Dinamarca, en Broholm, hace más de cien años, bajo la iniciativa de F. Sahested. El trabajo de reconstruir una cabaña se hizo con los propios útiles de sílex, especialmente hachas y buriles. Al mismo tiempo en Suiza, también hace más de un siglo, C. F. Bally reconstruyó un pequeño yacimiento arqueológico de tipo “palafítico” en Schönenwed (Cantón de Arvogie); en Alemania las primeras experiencias se remontan al 1922, en Unterulhdingen, gracias a la iniciativa de R. R. Schmidt de Tübinga y su alumno H. Reinert. Un estado de la cuestión de estas reconstrucciones europeas permite saber que después de estos primeros pioneros fue creciendo en Europa y Norteamérica una auténtica red de yacimientos arqueológicos reconstruidos, entre los cuales se hallan conjuntos tan singulares e importantes como Heuneburg o el propio Unterulhdingen en Alemania, Parco Montale en Italia, Eketorp en Suecia, Calafell en España o Biskupin en Polonia (figuras 2 a 11) (Santacana y Hernández, 2011: 223-242).

Estos espacios de presentación del patrimonio arqueológico son interesantes en la medida que incorporan fórmulas de arqueología experimental; espacios científicos y didácticos por excelencia pierden su sentido cuando pretenden únicamente fosilizar hipótesis arqueológicas, es decir, mostrarnos “belenes” del pasado. Su importancia reside en el hecho que a menudo



FIGURA 4. Yacimiento de Parco Montale en Módena (Italia). Es un ejemplo de utilización del modelo de réplica para presentar un yacimiento arqueológico (fotografía Joan Santacana).



FIGURA 5. Parco Montale (Módena, Italia). Interior de una de las casas (fotografía Joan Santacana).

la arqueología experimental es la única que puede validar las hipótesis de la arqueología de campo. Al mismo tiempo son potentes herramientas didácticas siempre y cuando comuniquen no sólo los conceptos sino, sobre todo, los métodos y los procedimientos. Esta divulgación didáctica del patrimonio no sólo es útil para los ciudadanos, sino que es uno de los ejes fundamentales de la conservación integrada de los yacimientos arqueológicos. Es por ello que la *Carta internacional para la gestión del patrimonio arqueológico*, adoptada por ICOMOS en 1990, en su artículo 2 dice que “La participación activa de la población debe incluirse en las políticas de conservación del patrimonio arqueológico (...) La participación se debe basar en la accesibilidad a los conocimientos, condición necesaria para tomar cualquier decisión. La información al público es, por tanto, un elemento importante de la “conservación integrada”.

En los yacimientos arqueológicos habría que transmitir también el mensaje que “El patrimonio arqueológico es una riqueza cultural frágil y no renovable” (artículo 2). Es por ello que los investigadores deberíamos tener muy presente también lo que reza el artículo 5 de la mencionada carta, a saber “(...) Hay que admitir como principio indiscutible que la recopilación de información sobre el patrimonio arqueológico sólo debe causar el deterioro mínimo indispensable de las piezas arqueológicas que resulten necesarias para alcanzar los objetivos científicos o de conservación previstos en el proyecto. Los métodos de intervención no destructivos –observaciones aéreas, observaciones ‘in situ’, observaciones subacuáticas, análisis de muestras, catas, sondeos– deben ser fomentados en cualquier caso, con preferencia a la excavación integral. (...) En casos excepcionales, yacimientos que no corran peligro podrán ser objeto de excavaciones, bien para esclarecer claves cruciales de la investigación, bien para interpretarlos de forma más eficiente con vistas a su presentación al público. En tales casos, la excavación debe ser precedida por una valoración de carácter científico sobre el potencial del yacimiento. La excavación debe ser limitada y reservar un sector virgen para investigaciones posteriores”.

En efecto, la arqueología es una de las disciplinas que más ha cambiado en los últimos treinta años; la incorporación de analíticas que nos permiten identificar el contenido de una vasija, era desconocido por la generación anterior de arqueólogos; las fórmulas actuales de registro, con estaciones topográficas muy sofisticadas nos ahorran engorrosos protocolos, los sistemas de teledetec-



FIGURA 6. Fortín de Eketorp, en Suecia, perteneciente a la edad del hierro báltico, reconstruido *in situ* (foto cedida por Roeland Paardekooper).



FIGURA 7. Foto del interior del yacimiento de Eketorp en Suecia (foto cedida por Roeland Paardekooper).



FIGURA 8. Yacimiento de la Ciudadela ibérica de Calafell (Tarragona) (fotografía Joan Santacana).



FIGURA 9. Yacimiento de la Ciudadela ibérica de Calafell. Detalle de una de las calles (fotografía Joan Santacana).



FIGURA 10. Interior de una casa de la Ciudadela ibérica de Calafell. (fotografía Joan Santacana).



FIGURA 11. Biskupin. El gran asentamiento prehistórico de Polonia, reconstruido *in situ*. Puerta de entrada con torre fortificada (foto cedida por el Museo de Biskupin).

ción y escáneres del suelo a base de georadar nos permiten conocer el subsuelo con una precisión que hubiera sido envidiable por nuestros maestros. Todo ello convierte a esta disciplina en un auténtico crisol de aplicación de técnicas físico-químicas, además de la carga geológica que todo proceso de remoción del subsuelo suele comportar. Todo ello nos permite realizar diagnósticos con mayor rapidez y sin utilizar necesariamente técnicas agresivas como la excavación arqueológica total. Además hoy, más que antaño, somos consciente de la rápida evolución de estas tecnologías que hace que una excavación realizada con buen método hace tan sólo unas décadas nos parezca ahora “antigua” y, a veces lamentemos incluso, haber agotado el yacimiento, ya que técnicas hoy existentes nos hubieran permitido conclusiones que en su momento no pudieron ser extraídas y, por lo tanto, su información potencial se perdió.

Es por todo ello que las políticas y estrategias de comunicación de los grupos de investigadores deberían orientarse a plantear no solo *lo que sabemos* del yacimiento arqueológico en cuestión, sino también el *cómo lo sabemos* y hacerles partícipes en la conservación del mismo.

BIBLIOGRAFÍA

- Sasoon, D. (2006): *Cultura. El patrimonio común de los europeos*. Crítica. Barcelona.
- Santacana, J. y Hernández, F. X. (2011): *Museos de Historia, Entre la taxidermia y el nomadismo*. Ediciones Trea, Gijón.

PATRIMONIO ARQUEOLÓGICO APRENDIZAJE DE LA HISTORIA Y EDUCACIÓN

Pilar Sada Castillo

Sobre el concepto de educación patrimonial y sobre la importancia del patrimonio para el conocimiento y el aprendizaje de la historia, así como sobre su metodología y formalizaciones, se ha producido en los últimos 20 años en nuestro entorno más inmediato un numeroso y significativo cuerpo teórico, desarrollado, entre otros, por algunos de los participantes en estas jornadas (Ballart, 1997; Belarte *et al.*, 2002; Calaf y Fontal, 2004; Fontal, 2003; Henson, 2004; Merriman, 2004; Ruiz Zapatero, 1998; Santacana y Serrat, 2005; VV.AA, 2004).

Más, pues, que una revisión sobre los conceptos que se citan en el título de esta ponencia, las líneas que siguen a continuación quieren ser una reflexión sobre el papel y la implicación que deberían o podrían tener dichos conceptos en una gestión del patrimonio desde y para el momento actual. Intentando responder a algunas de las cuestiones que los organizadores de estas Jornadas han planteado, entre ellas, cómo debe el museo integrar el nuevo paradigma en su función social de difusión y educación, cómo incorporar los diversos intereses sociales a la presentación de los restos del pasado y en qué medida puede cooperar el museo con otros agentes en la conservación del territorio y en el desarrollo local.

Algunas de las posibles respuestas podrían hallarse en acciones que contemplaran el patrimonio como un elemento significativo de conocimiento, de dinamización socio-económica, de cohesión y equilibrio territorial, de mejora social, teniendo como uno de sus principales objetivos la educación. Una acción en la que el patrimonio debe sentirse, también, responsable y para la cual debe estar disponible.

PATRIMONIO EDUCACIÓN, CIUDADANÍA Y CULTURA

Aunque en el título de la ponencia la educación aparece en el último lugar, parece indicado empezar por las cuestiones que pueden incidir en los objetivos educativos de las acciones que pueden desarrollarse desde el patrimonio.

Nos encontramos en un mundo complejo, incierto, cada vez más global, más interdependiente, que con el efecto de las nuevas tecnologías para la información y la comunicación se acelera cada vez más. En este mundo complejo e incierto, convendría plantearse cómo debería entenderse la educación. Seguramente, debería serlo como la acción de formar personas con interés de conocer, de informarse con capacidad para poder escoger, desarrollar un pensamiento crítico y analizar la realidad desde valores como la solidaridad, la justicia, la interculturalidad. Debería desarrollarse la dimensión ética y política de lo educativo. Educar hoy debería significar “trabajar los entornos emocionales, la profundidad política, la educación para la ciudadanía global”¹. Enseñar a hacerse preguntas. En algunos entornos educativos se valora más las respuestas que las preguntas, cuando lo verdaderamente difícil es saber preguntar, más que saber responder.

Tenemos en nuestra sociedad una hiperinformación. Disponemos de mucha información, pero comprendemos poco. Somos una sociedad multimediática. Disponemos de una gran diversidad de medios para hacer llegar los conocimientos. Muchas veces se concentra la educación en la técnica y se deja de lado la ética. Una cuestión que no invalida la necesidad de manejar los diferentes medios que actualmente están a nuestro alcance para facilitar la comprensión, para transmitir conocimiento, para educar.

En este entorno, ¿cómo recuperar o desarrollar el sentido de la educación? ¿Cómo utilizar los diferentes medios e instrumentos de que disponemos para educar de una manera integral, no instrumental? ¿Cómo colaborar desde la acción sobre el patrimonio en el objetivo de formar personas y facilitar la comprensión del mundo que vivimos?

¹ Así lo señala Carlos Aldana en su documento De Freire a la Educación para la Ciudadanía Global. Curso Educar para la Ciudadanía Global. Intermón Oxfam de marzo 2007.

Con relación a la educación se plantea otro elemento significativo: la defensa de la necesidad de contemplarla como un eje central de desarrollo de las personas, no como una fase temporal de las mismas. El conocimiento, la formación deben ser actualizados constantemente y no podemos quedarnos en la idea de una educación que se inicia a los tres años y se acaba a los dieciséis, a los veintidós, a los treinta...

Estas cuestiones influyen, o deberían influir, en la labor que debe realizarse desde los museos y desde el patrimonio en general. Como referentes culturales deben responder a una necesidad que ya es explícita: el aprendizaje de la ciudadanía a lo largo de toda la vida y el cambio radical de perspectiva que ello implica.

No es una novedad decir que en los últimos tiempos el patrimonio se ha convertido en un espacio privilegiado para el desarrollo de la cultura y la educación de la ciudadanía. La educación, asimismo, es una de las funciones y objetivos –junto con un compromiso– señalados como prioritarios e irrenunciables para una gran parte de los profesionales que trabajan en el entorno patrimonial.

A pesar de ello y en general, estamos lejos de tener en el patrimonio –y en el caso de reflexión que plantean estas jornadas, específicamente en el arqueológico– un instrumento fundamental de desarrollo socio-cultural. Salvo honrosas excepciones, la mayor parte de las propuestas adolecen de proyectos integrales, en los que se contemplen las diversas necesidades y cuestiones a considerar: sobre la sociedad, sobre el propio patrimonio (investigación, conservación, presentación, comunicación, educación...), así como sobre el territorio de contexto.

En un mundo globalizado, en continuo cambio, en un momento de crisis, con una sociedad multicultural, con la incidencia de las nuevas tecnologías, el patrimonio y sus gestores no pueden –ni deben– quedarse al margen a la hora de buscar nuevas fórmulas de desarrollo y progreso, definiendo acciones y proyectos sobre el patrimonio que tiendan a fortalecer la diversidad cultural y la integración social (figura 1).

Unas acciones que deberían partir del análisis y la reflexión sobre la situación de las relaciones entre el patrimonio y los museos y las políticas culturales. Análisis que debe tener en cuenta a la sociedad y su participación y que debe buscar soluciones a las cuestiones que plantea la sociedad actual: globalización, diversidad cultural, diversidad identitaria, sostenibilidad, desarrollo local... Pasando de la teoría a la práctica.



FIGURA 1. Cada visitante es portador de una cultura, de conocimientos, de códigos de interpretación, que deben tenerse en cuenta para crear la conexión entre éste y el patrimonio que se le presenta.

LA HISTORIA: CENTRO DE INTERÉS PARA LA FORMACIÓN Y EL APRENDIZAJE. EL PATRIMONIO: FUENTE DEL CONOCIMIENTO HISTÓRICO

En este esquema, ¿por qué la historia y su conocimiento son, pueden o deberían ser un instrumento fundamental para la formación personal?

Cicerón decía de la historia que es “maestra de la vida” y el profesor Fontana (Fontana, 1992: 123)² destacaba: “Que la historia sea importante para comprender el mundo nos lo dicen cada día científicos de otros campos y lo demuestran los gobiernos, cuando se esfuerzan en transmitir sus propias ‘visiones de la historia’ a los ciudadanos mediante festivales y conmemoraciones en los que se malbaratan unos recursos que a menudo se escatiman en los programas de asistencia social (y, naturalmente, en los de una investigación histórica que no esté dirigida a dar soporte a estos festivales)”, significando

² Publicado en 1992, el libro del profesor Fontana contiene acertadísimos análisis, muy útiles para la actual situación. Entre otras muchas interesantes reflexiones señalaba el papel de los banqueros en las crisis que nos azotan (Fontana, 1992: 109).

que “entre las ciencias sociales, la historia tiene el privilegio de ser la más próxima a la vida cotidiana y la única que abraza todo lo que es humano en su globalidad. Es también aquella que, cuando se lo propone, tiene la virtud de ser la más inteligible para un mayor número de receptores de su mensaje”. Concluía el profesor Fontana con una recomendación, que se nos plantea como absolutamente vigente: “Vale la pena, en consecuencia, que nos esforcemos en recoger de tierra este espléndido instrumento de conocimiento y crítica que se nos ha confiado, y que nos pongamos conjuntamente a repararla y a ponerla a punto para poder afrontar un futuro difícil e incierto”.

Para poder navegar en el complejo mundo actual el ciudadano necesita información histórica que le permita conocer los antecedentes del presente, para poder decidir con mayor conocimiento y racionalidad.

El manifiesto firmado por los participantes en el Seminario Internacional de Didáctica de la Historia celebrado en Barcelona en 2007 reivindicaba este “valor social y educativo del conocimiento histórico y la necesidad de profundizar en la innovación y en la investigación didáctica de esta disciplina”, afirmando que “el aprendizaje de la Historia es una pieza importante en la construcción de una ciudadanía con criterio propio, que comprenda críticamente su propia identidad y la pueda contextualizar en un mundo global”.³

Como afirmaba el profesor Joaquim Prats, “la Historia es cada vez más necesaria para formar personas con criterio y con una visión lo más fundada posible de un mundo desbocado y lleno de incertidumbres”.⁴

Es por ello que uno de los factores más importantes en el aprendizaje de la historia es saber como podemos conocerla, a través de que elementos, y de que manera estos elementos nos permiten explicarla, más que la misma explicación de un hecho o periodo concreto de la historia. Trabajar a partir de las fuentes, conocer su naturaleza, saber analizarlas, obtener información, interpretarlas. Acercarnos a la historia a partir de las fuentes, de una manera crítica, no dogmática.

La historia es una ciencia que tiene en el patrimonio la fuente más directa de conocimiento y en su didáctica un campo muy significativo para la innovación de su enseñanza-aprendizaje. Si se prescinde de enseñar la historia

³ Manifiesto. Taula d'Història. Seminari Internacional de Didàctica de la Història. Barcelona. Julio 2007.

⁴ Entrevista. Joaquín Prats Cuevas. Catedrático de Didáctica de la Historia de la Universidad de Barcelona. Escuela, núm. 3753. 21 de junio de 2007.

mediante las fuentes se olvida que no es posible aprenderla sin conocer su método de análisis (Hernández, 1998).

En este sentido, la arqueología –como ciencia que se basa en el conocimiento de los humanos a través de sus productos materiales y de restos de su actividad– y el patrimonio arqueológico tienen un potencial inmenso. Como señalaba Joan Santacana ya hace unos años, refiriéndose a la utilidad de la arqueología como recurso didáctico, “a ningún educador se le escapa la utilidad didáctica de una disciplina que se basa en el análisis de los objetos materiales, concretos” (Santacana, 1999: 64), y a su método, que no es otra cosa que la aplicación del método hipotético-deductivo. En el sistema educativo formal, el patrimonio debería convertirse en un instrumento fundamental (figura 2).

Los museos –el patrimonio en sentido amplio– son, o deberían ser, espacios de cultura y conocimiento, con un papel fundamental para la educación. Son contenedores de conocimiento y deberían ser un extraordinario recurso didáctico.

LOS MUSEOS Y EL PATRIMONIO EN EL SIGLO XXI: ESPACIOS PARA LA EDUCACIÓN

En el campo de los museos –del patrimonio en general– venimos de una época en la que se han definido unos nuevos principios de actuación en los que la democracia cultural, la comunidad, el territorio, la concienciación, el sistema abierto e interactivo, el diálogo entre sujetos y la multidisciplinariedad han significado una fuerte sacudida a los cimientos de la museología y del patrimonio cultural, modificando las bases sobre las que se asentaban la museología tradicional o convencional o el patrimonio histórico-artístico.

La asunción de esos principios –al menos nominalmente– está ampliamente extendida dentro de los campos patrimonial y museístico, aunque la praxis museística y patrimonial está bastante lejos de aquella teoría. Unos principios que, sometidos a crítica, siguen siendo válidos, actualizándolos a los tiempos que corren.

Unos tiempos que son de crisis, y que vienen acompañados de grandes cambios, en los que el planteamiento sobre el patrimonio y su papel no pueden quedar al margen de esta realidad, deben ser reconsiderados. Los museos en particular –la acción sobre el patrimonio, en un ámbito más general–, deben servir para difundir los derechos educativos y culturales entre la ciu-



FIGURA 2. “Objectiu neolític”. Aula de experimentación didáctica del Parque Arqueológico de las Minas Neolíticas de Gavà (Barcelona).

dadanía, buscando implicar un máximo de sectores sociales en la iniciativa educativa y cultural.

Se confunde muchas veces cultura/educación con mercado. En la acción sobre el patrimonio, sobre los museos, se ha puesto un acento especial sobre la gestión (entendida, también y fundamentalmente, desde los resultados económicos). Evidentemente la gestión es básica, es fundamental, pero el aspecto más relevante son, o deberían ser, los objetivos de dicha gestión y, entre estos, la educación debería tener un lugar destacado. La gestión eficaz, en todo caso, debe darse por añadidura.

Cuestión de objetivos y de acentos y según sean estos, una u otra elección a la hora de definir los nuevos retos sobre el papel del patrimonio en el desarrollo global de la sociedad, así como para facilitar su valorización y su conservación.

¿Qué se puede promover desde los museos, desde el patrimonio, para desarrollar esta vía?

- Cooperación (trabajo en red). El patrimonio no tiene todas las claves, debe cooperar con otros agentes.

- Interacción (del patrimonio hacia la sociedad / de la sociedad hacia el patrimonio) con una gran carga de humildad en el desarrollo de nuestro trabajo.
- Participación. Desarrollar la implicación social. Desde el patrimonio existe una responsabilidad de acción. Hay que buscar la colaboración, la implicación de la sociedad (Arrieta, 2008 y 2009).
- Accesibilidad. Plantearse cuestiones tan necesarias y básicas como la accesibilidad, las desigualdades, las cuestiones de género. Temas todos ellos que no pueden quedar al margen al actuar sobre el patrimonio. En este sentido, el territorio es el escenario natural de todas aquellas acciones de reconversión del sector patrimonial, desde productos patrimoniales clásicos con finalidades exclusivamente simbólicas a verdaderos servicios públicos de calidad dirigidos al conjunto de los ciudadanos (Vicente, 2005: 135).
- Coherencia y sostenibilidad. Necesidad de favorecer infraestructuras adecuadas. Ello quiere decir, derivadas de planes directores, consensuadas, medidas, mesuradas. Hemos asistido en los últimos tiempos al desarrollo de grandes infraestructuras, muchas veces sin programa, sin proyecto, otras con una dimensión desmesurada, o que plantean problemas de mantenimiento, de gestión, pero, también de implicación social –aunque mediáticamente puedan tener una gran influencia– y que acaban muchas veces generando grandes desequilibrios territoriales.

En nuestro entorno más cercano, desde finales de los 80 y con aceleración en los últimos años se han llevado a cabo una serie de proyectos en torno al patrimonio que, entre otros aspectos, han planteado la necesidad de acercar el patrimonio al conjunto de la sociedad, de hacerlo comprensible. En el campo del patrimonio arqueológico podríamos señalar la evolución en los equipamientos museísticos, desde el Museo Nacional de Arte Romano de Mérida –inaugurado en 1986– hasta el nuevo Museo de la Evolución Humana de Burgos, inaugurado “regiamente” en julio de 2010 en Burgos, derivado del fenómeno Atapuerca (figura 3).

Tenemos, de todos modos, pocos estudios sobre la real incidencia de los proyectos en los públicos y su utilidad⁵. Cuestión que debería ser fundamental. La medida de la bonanza de un proyecto se queda muchas veces en sus

⁵ Algunas excepciones significativas, como el estudio realizado por Clara Masriera (2009).



FIGURA 3. El Museo de la Evolución Humana de Burgos, uno de los últimos equipamientos en torno a la difusión del patrimonio arqueológico.

números e incluso cuando estos números no cuadran con las expectativas, que, en realidad, eran el principal objetivo, no existe una revisión de los conceptos –si es el caso– ni de las formas –muchas veces poco acordes con la realidad y la necesidad de intervención sobre dicho patrimonio.

La necesidad, pues, de adecuar objetivos, recursos y formas es fundamental si lo que se pretende es realizar proyectos que puedan tener un uso y una utilidad coherente, que cubra las diferentes necesidades en torno al patrimonio. Evaluar dichos proyectos y corregir o variar las propuestas en ellos contenidas para poder avanzar en la formulación y aplicación de propuestas

En el terreno de los programas no permanentes se han venido realizado, también, propuestas –en general con costes astronómicos– que, en una gran parte, no han generado ni conocimiento, ni formación, ni una mejor presentación y valoración del patrimonio y que no han colaborado en la transformación o mejora significativa de los entornos en los que estos proyectos se han desarrollado. El formato de la “magna exposición”, a honra y gloria del comisario/comisaria de turno o de la institución/empresa promotora, ha disfrutado en los tiempos más recientes de un gran predicamento, sin ser prácticamente cuestionada dicha práctica. Proyectos inútiles que, podríamos decir, “han caído en saco roto” (figura 4). Frente a este tipo de propuestas,



FIGURA 4. La exposición “SPQR. Roma”, presentada en el Canal Isabel II de Madrid, es un ejemplo de exposición inútil. Un “hipermercado” romano sin ningún tipo de objetivo educativo, didáctico o de difusión.

otras más modestas, pero con una voluntad didáctica y educativa, y con unos procesos de elaboración y desarrollo participativos. Como ejemplo la exposición sobre arqueología y género “Les dones a la prehistòria”, un proyecto del Museu de Prehistòria de València –organizador de estas jornadas– en la que se ponía de relieve el papel social, económico y cultural que tuvo la mujer a lo largo de la prehistoria, analizando las relaciones, trabajos y actividades que la hacen visible y protagonista de un periodo fundamental de la historia. Una ocasión para acercarse a las últimas corrientes de la investigación, así como una oportunidad para la educación en la igualdad. Una exposición itinerante que tenía en el territorio, también, uno de sus objetivos de vinculación prioritarios (figura 5).

Frente a los macro-proyectos –esa macro-museología muchas veces inútil– sería necesario dirigir los pasos hacia un concepto más próximo a una “micro-museología” –tan ambiciosa como se quiera, pero ligada al sentido común–, una museología de proximidad, con proyectos definidos y ligados a realidades y objetivos culturales, sociales y económicos concretos y evaluables en y para un territorio preciso.

Es cierto, también, que en los últimos años se han producido, en torno al patrimonio –y, en particular, al patrimonio arqueológico– una gran cantidad de propuestas –algunas de ellas significativas–, realiza-



FIGURA 5. Exposición “Mujeres en la Prehistoria”, presentada en el Museu Nacional Arqueològic de Tarragona.



FIGURA 6. La utilización de las nuevas tecnologías deben tener como objetivo mejorar y facilitar la comprensión del patrimonio. Un ejemplo sencillo e interesante es la propuesta del Museo de Badalona para el “Jardín de Quinto Licinio”.

das a partir de una diversificación de formatos –con voluntad didáctica introduciendo conceptos de interpretación, interactividad, multidisciplinariedad, innovación– y con la aportación de las nuevas tecnologías (figura 6) –sobre las que no deberíamos perder de vista que su uso es un medio, no un fin– que podría inducir a pensar que la acción generalizada

sobre el patrimonio es alentadora, o como mínimo, que las líneas básicas de actuación sobre el mismo están trazadas y lo hacen en la buena dirección.

¿Por qué, entonces, la valoración sobre la actualidad del patrimonio, su utilización para la educación y su papel dentro de las políticas culturales presenta, a mi entender, una situación claramente negativa? Seguramente sea el reflejo de una situación más general, que ha afectado y afecta a otros ámbitos (no hace falta comentar la situación económica, industrial, etc. que vivimos en estos momentos). Pero en el caso del patrimonio, los tiempos de desarrollo teórico, de asentamiento de las bases metodológicas, de la concreción en las formas, y también, por qué no decirlo, de una supuesta bonanza económica, no han sido aprovechados para definir unas líneas de actuación coherentes y con visión de futuro, sino más bien de una utilización de las mismas en pro de una idea del patrimonio instrumentalizada y con la finalidad de colocar cada uno “su proyecto”. El “qué hay de lo mío” frente a lo que es lo nuestro.⁶

La actual situación nos plantea nuevos retos y deben buscarse nuevas formas para definir el papel que podría tener el patrimonio en el desarrollo global de la sociedad, así como para facilitar su valorización y su conservación. Algunas cuestiones a tener en cuenta podrían ser:

- El conocimiento del entorno social y sus demandas, a partir del cual poder planificar proyectos que faciliten su uso y la inclusión social, eliminando barreras, empezando por las de orden intelectual.
- El desarrollo de proyectos basados en el conocimiento, en el estudio riguroso de la materia sobre la que se quiere actuar.
- La elaboración de proyectos integrales, que concreten las intervenciones teniendo en cuenta la diversidad de necesidades y que partan de la definición de objetivos precisos, recursos medidos y formas comprensibles.
- La optimización de recursos y el desarrollo del trabajo en red y en colaboración, que facilite y promueva proyectos adecuados, consensuados y útiles. Que evite repeticiones y subsane carencias.

⁶ Esta visión resultaba “pesimista” y un punto agorero en el marco de las Jornadas, en octubre de 2010. Con posterioridad a las mismas se produjeron las manifestaciones y movilizaciones del 15M de 2011, que han puesto de manifiesto –aunque muchos ya lo percibíamos y defendíamos desde hace tiempo– la necesidad y la urgencia de plantear cambios estructurales profundos: en los objetivos generales de nuestra sociedad, en las formas en como se plantea llevarlos a cabo y en los valores finales que dicha sociedad pretende defender. Unos objetivos, procesos y valores en los que el patrimonio, también, debería estar implicado.

- La interacción, desde el patrimonio hacia la sociedad y desde esta hacia el patrimonio, facilitando espacios de complicidad y de participación.

El problema, pues, a mi entender radica, fundamentalmente, en los objetivos y en los procesos. No tanto en los conceptos –para los que, seguramente, encontraríamos un amplio consenso- y, quizás más en las formas, aunque contamos con un conjunto de propuestas bastante amplio, con ejemplos que funcionan y que son más comprensibles, más cercanos, más activos y abiertos, y otros que no. Pero en los objetivos y en los procesos y en su consolidación, presentamos un panorama bastante negativo, en relación al valor y uso del patrimonio y en relación a su participación en el desarrollo de la sociedad actual.

UN CASO CONCRETO TÁRRACO Y LA UTILIZACIÓN DE SU PATRIMONIO PARA EL APRENDIZAJE DE LA HISTORIA, PARA LA EDUCACIÓN Y PARA EL DESARROLLO TERRITORIAL

Un caso paradigmático de nuestro entorno más cercano, en el que se pueden concretar algunas de las reflexiones hasta aquí expresadas, es el de la ciudad de Tarragona y su patrimonio arqueológico.

Tarragona –con alrededor de 140.000 habitantes–, capital de provincia, con una admirable situación geográfica, instalada en un promontorio junto al Mediterráneo, en el centro de una zona turística consolidada –como es la Costa Dorada–, con una potente industria química –que ocupa el 20% de la población activa– y con un importante sector de servicios –administración y turismo– que emplea a dos tercios de la población, es una ciudad que en el terreno patrimonial presenta una singularidad importante: el conjunto de la ciudad romana de Tàrraco, declarado Patrimonio Mundial el año 2000⁷ (figura 7).

Cuenta, también, con un importante patrimonio medieval y modernista, así como un patrimonio natural significativo, en el que destacan sus playas –de alto valor natural y paisajístico– así como el paisaje de su entorno –el Camp de Tarragona–, a pesar de la dinámica de transformación, muy intensa, a la que ha sido sometido a lo largo del tiempo.

⁷ Esta declaración se concretó, no en el conjunto de la ciudad romana, sino en trece de sus elementos monumentales. Una cuestión que pone en evidencia una visión restrictiva en cuanto al compromiso global sobre dicho patrimonio y a la acción que se derive de ello.



FIGURA 7. Dibujo hipotético de Táraco en el siglo II, según F. Tarrats (Dibujo A. Latre). Una propuesta de iconografía didáctica.

Una ciudad con un urbanismo disperso, en el que conviven barrios muy diversos –social y físicamente–. Un núcleo histórico –que corresponde aproximadamente a la ciudad medieval, surgida de la repoblación a partir del siglo XII–, amurallado y establecido sobre los restos monumentales de época romana, unos restos que han marcado históricamente la evolución de la ciudad. La instalación de una refinería petrolera, en los años sesenta del siglo pasado, generó la creación de barrios obreros, alejados del centro urbano y situados anárquicamente, que han condicionado, también, el urbanismo de la ciudad. Una ciudad que tiene en su puerto un elemento fundamental para su dinámica económica y en sus alrededores realidades tan diversas como la comercial ciudad de Reus, el complejo turístico Salou - Vilaseca - La Pineda - Cambrils, o Port Aventura, el gigantesco parque de atracciones inaugurado en 1995.

En este contexto, si tuviéramos que señalar uno de los elementos definitorios y singulares de la ciudad de Tarragona sería, sin duda, su patrimonio arqueológico de época romana: Táraco, base militar durante la Segunda Guerra Púnica (218-206 a.C.), colonia de derecho romano con Julio César y, a partir de la remodelación de Augusto de las provincias de Hispania, capital de la Provincia Hispania Citerior.



FIGURA 8. Reflejo en la prensa de la visión negativa sobre el patrimonio arqueológico en el desarrollo y la evolución de la ciudad basado. Dibujo de Napi, publicado en *Catalunya Sud* el 21 de enero de 1987.

Un patrimonio que ha formado parte importante del paisaje urbano y social de la ciudad, desde siempre. Y desde siempre, también, ha formado parte importante del debate social. Un debate en el que, de momento, no ha conseguido constituirse como uno de los ejes de desarrollo de la ciudad (figura 8). Comentaremos brevemente algunas de las causas y sus efectos.

En el caso de los elementos declarados Patrimonio Mundial son cuatro las entidades municipales implicadas (Tarragona, Altafulla, Constantí y Roda de Barà), tres las administraciones titulares (Ministerio de Cultura, Generalitat de Catalunya y Ayuntamiento de Tarragona) y dos las gestoras (Departament de Cultura de la Generalitat de Catalunya, a través del Museu Nacional Arqueològic de Tarragona y Ayuntamiento de Tarragona, a través del Museu d'Història de Tarragona).

Existen, además, otras instituciones e instancias relacionadas con dicho patrimonio arqueológico, en diferentes ámbitos y temáticas, que vienen a completar el contexto en el que se desarrolla la acción sobre el patrimonio y su utilización. La variedad de criterios, la falta de consenso, la duplicidad en las acciones y la falta de una planificación global, hacen que dominen la indefinición y la improvisación.

Otra cuestión a tener en cuenta es la de su utilización por parte de los ciudadanos. En este aspecto, –como en una gran parte de nuestro patrimonio– no disponemos de estudios rigurosos de público/públicos, de conocimiento de hábitos en torno al patrimonio, así como de la evaluación de las acciones llevadas a cabo. Unos datos que deberían ser fundamentales para poder incidir en las programaciones y en la definición de los proyectos. De todos modos, si nos atenemos a los datos cuantitativos, podemos observar un interés creciente por el patrimonio de Tàrraco. En el caso de los centros gestionados por el Museu d'Història de Tarragona se ha pasado de los 347.748 visitantes del año 1999 a los 576.291 del 2009 (anfiteatro 98.103, Circo-Pretorio 156.443; Murallas 105.298, Foro de la Colonia 22.859; Maqueta de Tàrraco 125.699...). En el caso del Museu Nacional Arqueològic de Tarragona se ha pasado de los 19.628 de 1980 a los 113.235 en 2010. Unos datos que demuestran el interés que dicho patrimonio genera.

En el campo del conocimiento, en los últimos años se han llevado a cabo un elevadísimo número de intervenciones arqueológicas⁸, pero casi ninguna explotación científica de la mayor parte de ellas y menos, todavía, intervenciones significativas para su difusión y utilización social. En este aspecto tampoco existe una planificación. La investigación arqueológica viene definida –en su gran mayoría– por las necesidades de la planificación (por definirla de alguna manera) urbanística y ésta –a pesar de contar con un marco legal de protección del patrimonio histórico, que permitiría una labor de valorización del mismo– se limita en su gran mayoría a “cumplir el expediente”, buscando las soluciones más favorables para los intereses de la promoción urbanística, en las que el patrimonio interfiera lo menos posible⁹. Casos como el del

⁸ De 1982 al 2007 se han efectuado en el término municipal de Tarragona un total de 1.342 intervenciones arqueológicas (excavaciones, seguimientos de obras, adecuaciones o documentaciones). Escasas publicaciones, informes y memorias de calidad desigual y una ingente cantidad de material esperando su estudio es el resultado de una falta de proyecto, planificación y objetivos evidente.

⁹ No es nuestro objetivo hacer un repaso de las vicisitudes por las que ha pasado el patrimonio arqueológico tarraconense, ni sobre las decisiones –o la falta de ellas–, que le han llevado hasta la actual situación. Para tener un balance de la misma: Dupré, 1983; Miró, 1997; Mar y Ruiz de Arbulo, 1999.



FIGURA 9. Estado a día de hoy de la “reserva arqueológica” producida por la actividad urbanística del PERI Jaume I-Tabacalera. Un ejemplo de actuación parcial y sin ningún valor y significado para la recuperación del patrimonio de Tàrraco.

complejo comercial Eroski-Parc Central, el desarrollo del PERI Jaume I-Tabacalera (figura 9) o la más reciente intervención de reforma en el sector del Mercado Central en el corazón del centro contemporáneo de la ciudad, junto al Foro de la Colonia de Tàrraco, demuestran que el papel que se le otorga al patrimonio, como elemento de desarrollo, de identidad, de formación e incluso de sentimiento colectivo en el proyecto global de la ciudad es, en el mejor de los casos escaso, cuando no, inexistente.

No se puede obviar, sin embargo, que son muchas las iniciativas que se han ido desarrollando en el entorno del patrimonio Arqueológico de Tàrraco desde las diferentes instituciones. Unas con objetivos y planteamientos más coherentes, abiertos, participativos y de futuro. Otras más coyunturales y oportunistas, que han acabado sin aportar un valor significativo.

Por poner un ejemplo, desde el Museu Nacional Arqueològic de Tarragona –el más antiguo de Cataluña en su especialidad– se trabaja, partiendo de unas infraestructuras obsoletas y pendientes siempre de actualización, con los proyectos aparcados *sine die*, con una voluntad de desarrollar su labor desde una óptica integral, como espacio para la memoria, para el conocimien-

to, para la formación, para el debate, para el placer y para el ocio. Una labor –fundamentada en el conocimiento– que tiene en su proyecto educativo uno de los ejes de su programación. Bajo el lema de “Un viaje a la cultura romana”, dicho proyecto parte del convencimiento del valor educativo de los museos, de la responsabilidad de poner en contacto a la sociedad con las fuentes directas de la Historia –el patrimonio del que es responsable–, así como de la voluntad de implicar a la sociedad en su uso y valoración. Un proyecto¹⁰ que se ha ido concretando mediante propuestas muy diversas: exposiciones temporales, audiovisuales, iconografía didáctica, itinerarios, talleres, actividades de reconstrucción histórica, clubs de lectura... (Sada, 1992; Sada, 2009), unas propuestas entre las que destacan los talleres, que se desarrollan en los diferentes espacios patrimoniales que dependen de la institución, con interesantes materiales de mediación entre el patrimonio y los diferentes grupos que se acercan hasta él. Unas propuestas y unos materiales que intentan paliar los carencias infraestructurales y didácticas de las instalaciones permanentes de dichos espacios (figura 10).

Otro elemento interesante entre dichas propuestas es el festival *Tarraco Viva* –pensado en sus inicios para fomentar la complicitad de los ciudadanos en la candidatura presentada por el Ayuntamiento de Tarragona para obtener la declaración de Tàrraco como Patrimonio Mundial– que, en sus sucesivas ediciones, se ha convertido en una de las referencias obligadas en relación a los certámenes de reconstrucción histórica. Con muchos aspectos positivos en cuanto al concepto y a las posibilidades de difusión de la historia y del patrimonio, quizás debería haber una reflexión profunda en relación a la estructura, al número de actividades y, en especial, a los aspectos participativos de la población, ya que “Tarraco Viva se presenta ante todo como una fiesta de reconstrucción histórica y la participación de la población queda bastante reducida al papel clásico de usuaria/espectadora de la fiesta, es ante todo una fiesta de la contemplación y no de la participación, el protagonismo lo tienen los diferentes grupos de recreación histórica que representan sus escenificaciones en el marco de la fiesta temática” (Andreu, 2007: 84).

Un tema que nos enlaza con la necesidad de valorar, también, la cuestión del turismo cultural. Replantear lo que se entiende por turismo, por cultura y por patrimonio. Teniendo en cuenta el rol de estos conceptos en las espec-

¹⁰ Este proyecto recibió en el año 2004 el Primer Premio Innova de Expodidáctica en la categoría de servicios para la educación.

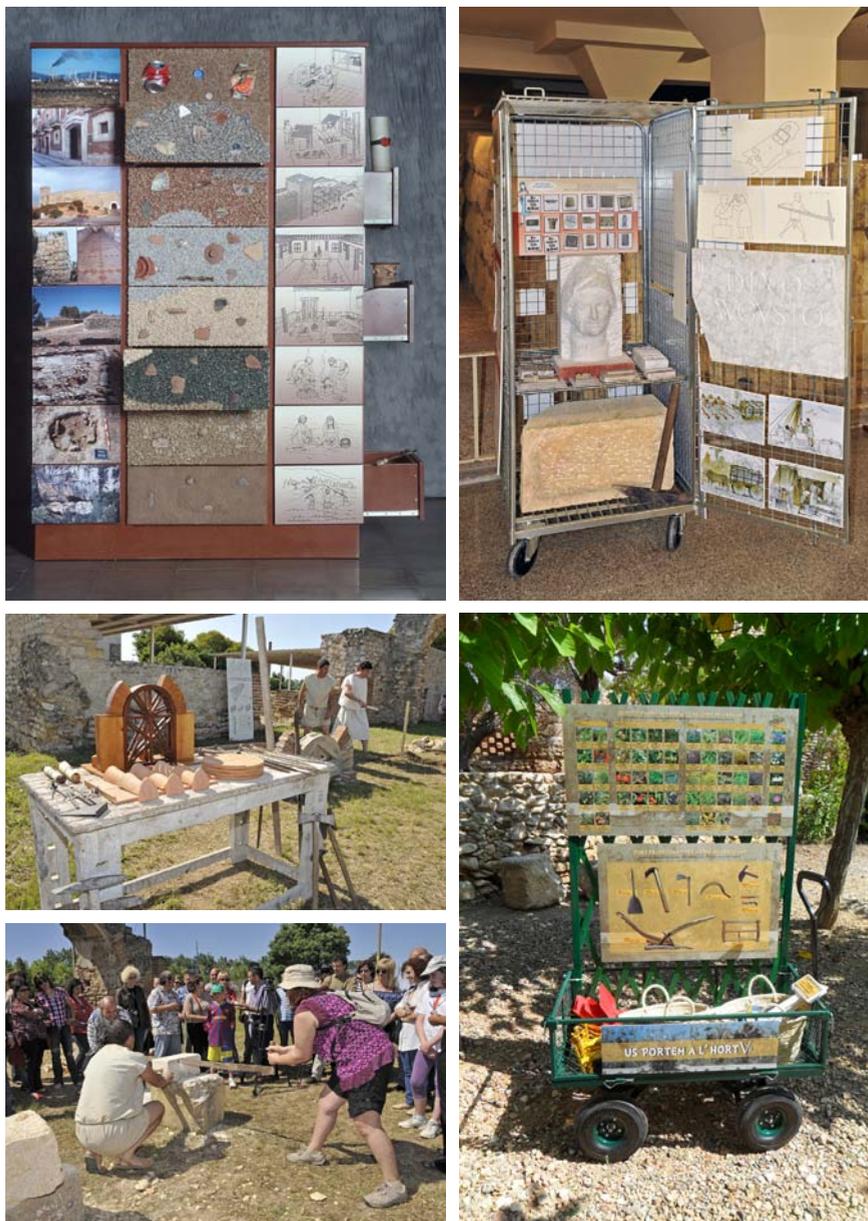


FIGURA 10. Algunos elementos de mediación y actividades educativas desarrolladas en el proyecto “MNAT. Un viaje a la cultura romana”, desde el Museu Nacional Arqueològic de Tarragona.

tativas culturales del ciudadano, situándolo en las actuales expectativas y en su futuro. Bondad de proyectos de ocio cultural que logran armonizar valores e intereses económico, social y cultural. Planteados desde la óptica de la globalidad, pero teniendo como referencia el desarrollo territorial próximo y su influencia en la mejora social del entorno. En este sentido hay mucho por hacer.¹¹ La creación del Consorcio constituido en julio de 2009 para el Plan de competitividad Turística de la Tàrraco romana, ha abierto una nueva línea de acción, que habrá que ver qué deriva toma y cuáles son sus frutos.

Como en casi todas las cosas, la acción sobre el patrimonio de Tàrraco –al que nos estamos refiriendo– muestra aspectos positivos y también negativos. Entre los primeros, la existencia de una demanda, de un interés por parte de la ciudadanía; la concreción de algunos proyectos parciales con espíritu integral; la existencia de proyectos significativos en el ámbito de la educación y de la comunicación y la voluntad por parte de algunas instituciones y responsables de buscar complicidades y proyectos de confluencia. Entre los negativos: la falta de un plan director de actuación integral en el que se contemplen todos los aspectos derivados de una acción sobre el patrimonio: investigación, conservación, presentación, comunicación, difusión, educación; la falta de una gestión coordinada; la existencia, a causa de esta falta de coordinación, de duplicidades, superposiciones y, a la vez, graves carencias.

Lamentablemente persiste un enorme vacío en lo que se refiere a las cuestiones de planeamiento, programación, definición del marco general –las más imprescindibles– y su asunción real por parte de la sociedad que las impulsa, así como la dotación de los recursos necesarios para llevarlas a cabo. Llenar dicho vacío es fundamental si se quiere avanzar en la valoración del patrimonio y en el desarrollo de un papel activo del mismo (Tarrats, 1986).

El caso del patrimonio arqueológico de Tarragona, aunque no único, es paradigmático. En este sentido y como ejemplos esperanzadores podríamos hablar de algunos casos, también cercanos, en los que la actuación sobre el patrimonio arqueológico ha derivado de los postulados más arriba señalados como imprescindibles: planificación, definición y programación de acciones coherentes y significativas. Por poner dos ejemplos, el caso del patrimonio arqueológico de Cartagena, auténtico motor de renovación y desarrollo de la ciudad, o el de “La ruta romana” de la ciudad de Astorga, más humilde, pero coherente y de un gran valor social.

¹¹ Una reflexión sobre estos conceptos en Prats, 2003.

COMO RESUMEN

A lo largo de esta sucinta reflexión y, en especial, a través de las diferentes aportaciones desarrolladas en el conjunto de las Jornadas, ha podido apreciarse una gran cantidad de propuestas, ejemplos y realizaciones que en los últimos años se han desarrollado en torno al patrimonio, con algunos ejemplos útiles y significativos y con muchos por evaluar, para poder proceder a reconsiderar su propia existencia, viabilidad y adecuación. En este sentido es significativo el comentario de uno de los ponentes en relación a la proporción de espacios patrimoniales sobre los que se ha actuado en los últimos tiempos, invirtiendo recursos y desarrollando equipamientos y propuestas, que, al cabo de tres, cinco años, no han tenido la continuidad que se les suponía.

En este contexto falta, fundamentalmente, la definición de políticas culturales, en las que el patrimonio como conjunto de bienes que conforman nuestra memoria, que son colectivos y que tienen en la colectividad su argumento y proyección, debiera ocupar un lugar destacado como un espacio donde asentar las bases de un desarrollo equilibrado, igualitario y de futuro.

Con posterioridad a la celebración de estas Jornadas, en las que podían apreciarse posiciones diversas –entre las más cercanas al “negocio” del y sobre el patrimonio hasta las más proclives a buscar (utilizando los recursos más variados) nuevos caminos, más cercanos a una museología “concienciadora”– se han publicado unas reflexiones en torno a este concepto que resumen de una manera muy acertada alguna de las ideas que se han intentado reflejar en estas páginas: la necesidad de hacer del patrimonio un elemento útil para la sociedad de hoy: “Más allá de la clásica interpretación de colecciones y de las exposiciones por medios renovados respetuosos de la cultura de los habitantes y de los visitantes, el museo puede (y debe) utilizar su lenguaje (el del objeto y de la exposición) y los recursos patrimoniales de su territorio para contribuir a resolver ciertos problemas del mundo actual” (Varine, 2010: 16). Unas reflexiones lejanas a las contenidas en otras propuestas que se cuestionan “hasta qué punto el ocio cultural que se puede ofrecer desde el museo” –reflexionando en este caso sobre el papel de los museos locales en la actualidad– “ha de ser un servicio que la sociedad debe ofrecer a todos los ciudadanos como un derecho más o, por el contrario, debe formar parte de los productos que libremente ofrece el mercado y que los ciudadanos adquieren en función de su interés o de su capacidad adquisitiva” (Santacana y Llonch, 2008: 230). Un cuestionamiento que responde a un proceso de mercantilización del discurso y de la función de los museos desarrollado

en los últimos años, que ha avanzado con fuerza y que recientemente continúa percibiéndose en algunos ámbitos y del cual ya hace tiempo alertaban algunos profesionales (Alcalde, 2000) y en el que “la turistización” de nuestros museos puede acabar imponiéndose al modelo de museo implicado más genéricamente en el desarrollo socio-comunitario, que no se mide exclusivamente en función del consumo. La clave en este caso se encuentra en buscar fórmulas para compaginar el papel del museo en el desarrollo económico y turístico sin renunciar a sus funciones sociales (García Hermosilla, 2008: 93).

Una cuestión de objetivos, de acentos y de definición de procesos, en los que el patrimonio podría y debería constituirse en un elemento fundamental para el desarrollo territorial y en el ideario de los cuales las finalidades educativas, de formación personal y de colaboración en un desarrollo social equilibrado, democrático y participativo deberían ocupar un lugar preeminente.

Una visión comprometida del patrimonio en una época de desconcierto y de carencia de programas, en la que que, los que nos dedicamos a él, podríamos (o deberíamos) desempeñar una papel fundamental en el sentido que ya hace tiempo señalaba el profesor Fontana, refiriéndose al papel de la enseñanza de las ciencias sociales: “Por desconcertados que podamos sentirnos, sabemos que nuestra obligación es ayudar a que se mantenga viva, al menos, la capacidad de nuestras generaciones para razonar, preguntar y criticar, mientras, entre todos, rehacemos los programas para una nueva esperanza y evitamos que, con la excusa del fin de la historia, lo que nos frenen sean nuestras posibilidades de cambiar el presente y de construir un futuro mejor” (Fontana, 1992: 122).

BIBLIOGRAFÍA

- Alcalde, G. (2000): *Museus locals i comarcals i utilització del patrimoni. Actes del 2n congrés català de museus locals i comarcals*, Museu Etnològic del Montseny, Universitat de Girona y Museu Comarcal de la Garrotes, 8-86.
- Aldana, C (2007): *De Freire a la Educació para la Ciudadanía Global. Curso Educar para la Ciudadanía Global*. Intermón Oxfam. Guatemala. <http://es.scribd.com/doc/55186204/Conferencia-Carlos-Aldana> (Acceso 12/03/2012).
- Andreu i Tomás, A. (2007): Más allá del museo. Las actividades económicas del patrimonio: de los parques naturales a las fiestas temáticas. En L. Arrieta Urtizberea (ed.), *Patrimonios culturales y museos: Más allá de la Historia y del Arte*. Servicio Editorial de la Universidad del País Vasco. Euskal Herriko Unibertsitateko Argitalpen Zerbitzua, Bilbao, 61-88.

- Arrieta Urtizbera, I. (ed.) (2008): *Participación ciudadana, patrimonio cultural y museos: entre la teoría y la praxis*. Servicio Editorial de la Universidad del País Vasco. Euskal Herriko Unibertsitateko Argitalpen Zerbitzua, Bilbao.
- Arrieta Urtizbera, I. (ed.) (2009): *Activaciones patrimoniales e iniciativas museísticas: ¿Por quién? y ¿para qué?* Servicio Editorial de la Universidad del País Vasco. Euskal Herriko Unibertsitateko Argitalpen Zerbitzua, Bilbao.
- Ballart, J. (1997): *El patrimonio histórico y arqueológico: valor y uso*. Ariel, Barcelona.
- Belarte, M. C., Hernández, F. X., Prat, E., Santacana, J, Serrat, N. (2002): *Models d'interpretació del patrimoni arqueològic. Dos exemples d'intervenció recent: la ciutadella ibèrica de Calafell i el Parc Arqueològic Magí Inglada del Vendrell (Baix Penedès). II Congrés Internacional sobre museïtzació de jaciments arqueològics. Nous conceptes y estratègies de gestió i comunicació*. Barcelona 7,8 i 9 d'octubre de 2002. Museu d'Història de la Ciutat, Barcelona, 135-140.
- Calaf, R., Fontal, O. (coords.) (2004): *Comunicación educativa del patrimonio*. Ediciones Trea, Gijón.
- Dupré, X. (1983): *Problemática de la conservación del patrimonio arqueológico en la ciudad de Tarragona. Primeras Jornadas de Arqueología de las Ciudades Actuales*, Ayuntamiento de Zaragoza, Zaragoza, 55-58.
- Fontal, O. (2003): *La educación patrimonial. Teoría y práctica en el aula, el museo e Internet*. Ediciones Trea, Gijón.
- Fontana, J. (1992): *La història després de la fi de la història. Reflexions i elements per a una guia dels corrents actuals*. Institut Universitari Jaume Vicens Vives, Eumo Editorial, Vic.
- García Herмосilla, C. (2008): *El museo de territorio y sociedad ¿una utopía? El caso del Museo Industrial del Ter*. En I. Arrieta Uztizbera (ed.), *Participación ciudadana, patrimonio cultural y museos: entre la teoría y la praxis*. Servicio Editorial de la Universidad del país Vasco. Euskal Herriko Unibertsitateko Argitalpen Zerbitzua, Bilbao, 75-94.
- Henson, D. (2004): *Archaeology and education, an exercise in constructing the past*. En V^e Seminari Arqueologia i Ensenyament. Barcelona, 25-27 de novembre, 2004. *Treballs d'Arqueologia* 10, 5-16.
- Hernández, F. X. (1998): *La didáctica en els espais de presentació del patrimoni. Consideracions epistemològiques*. En P. González Marcén (ed.), *Actes II Seminari Arqueologia i Ensenyament*. Bellaterra, 12-14 de novembre, 1998. *Treballs d'arqueologia* 5, 139-149.
- Mar, R., Ruiz de Arbulo, J. (1997): *Arqueologia i planificació urbana a Tarragona. Tradició historiogràfica i realitat actual*. En *Recuperar la memòria urbana. L'Arqueologia en la rehabilitació de les ciutats històriques*. Documents d'Arqueologia Clàssica, 2. Universitat Rovira i Virgili, Tarragona, 131-157.

- Masriera, C. (2009): Anàlisi dels espais arqueològics reconstruïts versus els consolidats: visions totals, visions parcials, *Mnemòsine. Revista catalana de Museologia* 5, 47-59.
- Merriman, N. (ed.) (2004): *Public Archaeology*. Routledge, Londres.
- Miró, M. T. (1996): Arqueologia urbana en Tarragona: Problemas de investigación y gestión del Patrimonio Arqueológico. En T. Nogales (coord.), *Vivir las ciudades Históricas: Coloquio Ciudades modernas superpuestas a las antiguas*. Fundación "La Caixa", Consorcio Ciudad Monumental Histórico-Artística y Arqueológica de Mérida, Mérida, 71-96.
- Prats, L. (2003): Patrimonio + turismo = ¿desarrollo?, *Pasos. Revista de Turismo y Patrimonio Cultural* 1(2), 127-136.
- Ruiz Zapatero, G. (1998): Fragmentos del pasado: la presentación de sitios arqueológicos y la función social de la arqueología. En P. González Marcén (ed.), II Seminari Arqueologia i Ensenyament. Bellaterra, 12-14 de novembre de 1998, *Treballs d'Arqueologia* 5, 7-34.
- Sada, P. (1992): Aspectes de la utilització del patrimoni en la difusió de la Història i de l'Arqueologia: el cas de Tarragona. En X. Dupré (coord.), *Miscel·lània Arqueològica a Josep M. Recasens*. El Mèdol, Tarragona, 131-143.
- Sada, P. (2009): Sociedad y Museu Nacional Arqueològic de Tarragona: programas, proyectos y estrategias. En *Actas de los XIX Cursos Monográficos sobre el Patrimonio Histórico. Reinosa del 17 al 19 de julio, 2008*. Cursos sobre el Patrimonio Histórico. 13. Universidad de Cantabria, Ayuntamiento de Reinosa, 333-347.
- Santacana, J. (1999): L'arqueologia com a eina didàctica: problemes i utilitat, *Cota Zero* 15, 63-73.
- Santacana, J., Serrat, N. (2005): *Museografia didàctica*. Ariel, Barcelona.
- Santacana, J., Llonch, N. (2008): *Museo local. La cenicienta de la cultura*. Ediciones Trea, Gijón.
- Tarrats, F. (1986): *Tarragona. Museus i Territori*. Fòrum. Temes d'història i arqueologia tarragonines, núm. 2. Museu Nacional Arqueològic de Tarragona, Tarragona.
- Varine, H. de (2010): El museo mediador. Reflexiones de un artífice, *Revista de Museología* 49, 16-23.
- Vicente, C. (2005): Patrimoni cultural i administració local, *Mnemòsine. Revista catalana de Museologia* 2, 29-35.
- VV.AA. (2004): Museografia didàctica en historia, *Iber. Didáctica de las ciencias sociales, geografía e historia* 39. Barcelona.

A MODO DE EPÍLOGO LA GESTIÓN DEL PATRIMONIO ARQUEOLÓGICO DESDE UN PARADIGMA CRÍTICO

Jaime Vives-Ferrándiz Sánchez y Carlos Ferrer García

La arqueología ha vivido en los últimos decenios cambios que la acercan a una práctica crítica, comprometida con los objetos que estudia, la historia en la que se enmarca y la comunidad que le da valor. Como sucede con otras ciencias sociales, esta (nueva) arqueología se ha ido desprendiendo de la pretendida y peligrosa asepsia de la objetividad científica. Su ejercicio conlleva una ineludible responsabilidad social sobre la base, entre otros conceptos, de la democracia cultural y del sentido crítico que otorga el acceso al conocimiento. Particularmente al conocimiento histórico que enriquece y aporta herramientas y capacidades para entender la realidad.

De estos cambios surge un nuevo marco de relaciones entre los agentes de la cultura que exige nuevas formas de abordar nuestro trabajo. Los organizadores de las jornadas que han dado lugar a este libro somos trabajadores de un museo arqueológico fundado hace más de ochenta años cuya labor ha corrido paralela al signo de los tiempos, indisociable del contexto social en el que se desarrolla el trabajo: desde el elitismo de la conservación y la investigación dirigida a unos pocos –porque solo unos pocos consumían arqueología o patrimonio- a la apertura a la sociedad, bajo la forma de museo y yacimientos abiertos al público. Pero el proceso de transformación prosigue, como lo hace la sociedad. Creemos en la necesidad de reflexionar y debatir sobre las relaciones entre la sociedad y la arqueología, entre el patrimonio, los museos y el territorio. Estas relaciones cambiantes no se pueden ignorar y demandan un posicionamiento ético, definido y firme con la cultura material y con la sociedad.

ARQUEOLOGÍA Y SOCIEDAD. ¿DE QUIÉN ES EL PATRIMONIO?

Partimos del reconocimiento de que la arqueología es parte de la historia y una práctica intelectual en la que el investigador es una variable importante. Los valores y la subjetividad del investigador se enmarañan, primero, con sus hipótesis de trabajo y luego con su discurso. Es imposible producir nada fuera del contexto político e histórico en que se sitúa el profesional. Su agenda de investigación está mediada, en un grado alto, por su posición social, los tiempos en que ha vivido y sus intereses. No ser consciente de ello convierte al arqueólogo en un transmisor acrítico de los valores de los dominantes (que normalmente no coinciden con los de la mayor parte de la gente), y que, por tanto, contribuye a la perpetuación de un sistema de pensamiento conservador. De ahí la importancia de que el investigador se reconozca como variable y asuma su responsabilidad en la transmisión de valores como el rigor, la autenticidad, la coherencia y la honestidad, a través del respeto a la cultura y a la comunidad.

Es pertinente enmarcar esta visión de la arqueología en un movimiento más amplio de la sociología de la ciencia, que es crítico con una visión externalista de la práctica científica y adopta, en cambio, una visión internalista de la disciplina. Según esta última perspectiva la ciencia no está al margen de la realidad y el proceso de conocimiento no sigue una evolución lineal hacia la verdad. Esta corriente evalúa la legitimidad que tienen las afirmaciones científicas en cada momento, lo que coloca al analista, al observador, al científico, en el mismo campo de análisis de la disciplina (y no fuera) y su objetivo es explorar cuáles son las posibilidades de acción y de aceptación de cada discurso dentro de ella.

Volviendo al patrimonio arqueológico, está compuesto por la cultura material del pasado (remoto o reciente), sustanciada a través de relaciones de poder. El patrimonio no es sólo el pasado materializado; son procesos y relaciones entre el presente y el pasado y entre la gente del presente. En el caso de la historia, los intereses de todos los grupos implicados en la descripción, uso y control del pasado deben ser puestos de manifiesto ya que ante una interpretación hay que analizar qué historia se cuenta (y cuál no), quién se representa (y a quién no) y qué memoria se transmite (y cuál se silencia). De hecho, el patrimonio habla de la selección de un pasado y de las relaciones entre los grupos de interés que conlleva la imposición de una visión hegemónica de éste y de la práctica arqueológica. En cierta manera, en el patrimonio arqueológico están materializadas las relaciones de poder en base a apropiaciones y ordenaciones del relato de los orígenes.

Por ejemplo, en arqueología el protagonismo lo ha tenido tradicionalmente el discurso unidireccional del investigador, pero la gestión del patrimonio debe dirigirse hacia una interacción de los profesionales con otros agentes y con los públicos de la arqueología (v. p. 136 de este libro). No hay patrimonio sin sociedad que otorgue valor a unos objetos o prácticas como tal. No lo hay, pues, sin público, sin receptores, ni actores. Ello relativiza el papel del experto, en este caso el arqueólogo, como único responsable en la construcción del patrimonio, ya que se pone de manifiesto que está inmerso en el mismo proceso de generación y consumo de conocimiento. Así pues, aquel patrimonio que identifica y cohesiona una comunidad es una construcción compleja en la que participa el pasado materializado en los objetos, desde una semilla hasta una tumba o un palacio, el colectivo de expertos que lo investiga y gestiona, y la sociedad a la que pertenecemos y en la que desarrollamos nuestras relaciones laborales.

El discurso sobre el pasado puede acentuar los elementos que nos identifican y cohesionan como grupo al compartir un pasado común. Puede también convertirse en un instrumento de coerción simbólica que preserva y legitima estructuras sociales injustas. Pero, desde un enfoque crítico, creemos que la arqueología debe ser, ante todo, un instrumento para la reflexión y la acción social en varias esferas, desde la transformación del pensamiento (educación) hasta cuestionar el presente. Por un lado, y como parte del estudio de la historia, la arqueología nos abre la puerta a otros modos de hacer las cosas, y al hecho de que otras realidades sociales han existido antes y de que ninguna es inmutable. Puede darnos las herramientas para cuestionar el presente, que es resultado de un proceso no casual. También puede relativizar el lugar de la sociedad occidental en el mundo (v. p. 7 ss.) o el de nuestra propia experiencia como individuos y concluir que, como dijo P. Bourdieu, el sentido común es el menos común de los sentidos. En definitiva, nos permite adoptar una postura crítica ante nuestro entorno social, cultural y económico. Paralelamente, la arqueología puede ser una ventana a las experiencias humanas silenciadas de las grandes narraciones históricas al ser una disciplina histórica que trata con una documentación particular: materiales mundanos, cosas destinadas al olvido, deshechos que no han preocupado a nadie (de otra manera nunca se habrían convertido en registro arqueológico). Y finalmente, aunque no menos importante por ello, la arqueología permite reflexionar sobre los límites del conocimiento y del método científico (v. p. 142 y 147-150). La dimensión material del trabajo arqueológico es un magnífico recurso di-

dáctico para tratar estos temas por la importancia de las condiciones materiales en todas las experiencias del ser humano. Es por ello un instrumento útil para la educación, lo que viene a su vez a reforzar el desarrollo del sentido crítico (v. p. 154).

Escoger temas de creciente interés social o contrahegemónicos como objeto de atención es un modo de abordar el trabajo arqueológico desde un enfoque crítico. Es obvio que es muy diferente construir un discurso histórico desde un paradigma que privilegie la estabilidad social que hacerlo desde la idea de que las culturas no son homogéneas y están mediadas por relaciones de poder. En este sentido, el género o los movimientos de población son dos temas estrella de nuevas miradas al pasado. Para el primero, es indiscutible el protagonismo que, en las últimas décadas, tienen los estudios de género en las ciencias sociales y, particularmente, los estudios sobre las mujeres. En este caso se hace evidente la estrecha relación entre presente y pasado: desentrañar los procesos a través de los cuales se construyen roles y, sobre todo, hacer presente a las mujeres en las narrativas sobre el pasado, en concordancia con la atención que tienen en el mundo contemporáneo. Lo mismo sucede con otros estudios más recientes que estudian otros géneros más allá de la heteronormatividad. En cuanto a los movimientos de gente, que haya un interés creciente por las experiencias migratorias y la interacción cultural en el pasado no es casual. La transformación social a raíz de las, cada vez más intensas, dinámicas migratorias del mundo contemporáneo alimenta sin duda nuestra mirada al ayer, porque abre la puerta a cuestionar qué pasó en otros casos históricos y cómo la gente se enfrentó a estas situaciones o como construyó materialmente su universo al desplazarse de un lugar a otro. Se trata de no olvidar que el pasado y el presente están asociados.

Pero, ¿qué lugar ocupa realmente este interés social por el pasado en la sociedad contemporánea? Ruiz Zapatero argumenta que aún hay pocos estudios para valorar hasta qué punto seduce, despierta curiosidad, parece interesante o es divertido, o tiene reconocimiento social, etc. Pero su presencia es creciente en el espacio público, así lo vemos en las innumerables novelas, películas, revistas, ensayos o documentales que abordan el tema (v.p.32). Hay un valioso potencial, la audiencia está escuchando, los receptores están dispuestos. Pero con todo, la comunicación es difícil. Un gran problema es que no conocemos apenas qué piensa la gente de la arqueología (v. p. 42 y 44-55). Es necesario pues aproximarse a la variable públicos, en plural, tan intensa-

mente como a los objetos. Así, a partir de este conocimiento crear mensajes adecuados y adaptados a cada segmento social. Surge así la necesaria pluridisciplinariedad que integra a diversos profesionales, entre ellos el arqueólogo, en el trabajo de comunicar el pasado.

EL MUSEO ARQUEOLÓGICO. UN ESPACIO PARA COMPARTIR

En este panorama, el museo arqueológico es un espacio de encuentro donde la sociedad interactúa con el pasado. No es el único. Hay otros lugares donde esta conexión con el pasado, remoto o presente, también se da y cuya valoración adquiere la forma de memoria social, de cartografía mental del tiempo. Pensemos en los monumentos públicos o en quien cree cada persona o colectivo que son sus antepasados. Nosotros nos centraremos aquí en el papel del museo arqueológico, que es donde desarrollamos nuestro trabajo, como institución donde se ordena, conserva e investigan retales del pasado en forma de objetos que se presentan como una narración para la comunidad. Ello exige ser consciente de la responsabilidad de los valores transmitidos en mensajes y discursos que se fundamenten en decisiones éticas bien definidas porque se puede contribuir a la transformación de conciencias y de pensamientos.

En el camino hacia una arqueología como acción social frente a aquella encriptada en sí misma, el museo ocupa una posición privilegiada por su relación cotidiana con los públicos, más sin duda que otras instituciones, como la propia universidad, o los entes gestores administrativos. El museo es la sede del patrimonio, donde las relaciones que le dan forma se sustancian (v. p. 79). Es un órgano cultural de la comunidad y sus trabajadores son agentes culturales en cuanto que tienen capacidad de transformación de la sociedad. Con todo, no es un centro cultural al uso, ya que su función está íntimamente relacionada con la cultura material que preserva y difunde. Pero nada más lejos de nuestra visión que la del modelo de museo como almacén, como sede de los objetos descontextualizados y sacralizados, que carece de compromiso con la sociedad, y que transmite una historia “aséptica”, conservadora, que la adormece. No por ello quedan desechadas o postergadas las funciones que siempre lo han caracterizado: la conservación y el estudio de los elementos patrimoniales. Antes de comunicar es importante tener algo que comunicar, y ser riguroso con el conocimiento o el estado de la cuestión sobre un asunto. Para ello es fundamental la investigación. Es aquí donde los conservadores de museo adquieren su función en la construcción del patrimonio.

A pesar de los cambios, todavía hoy muy frecuentemente el patrimonio arqueológico sigue estando en manos solo de expertos. Pero si el patrimonio se define a partir del valor otorgado por la sociedad, no cabe más que la corresponsabilidad. De hecho, el vínculo con la sociedad legitima al museo liberándolo de uno de sus pecados: el del sometimiento al poder cuya expresión más obvia y actual es su instrumentalización por parte de las clases dirigentes en forma de intervenciones “modernizadoras”, de gran coste, que han convertido a algunos museos en fachadas, hitos, mausoleos en honor del político de turno. No estamos diciendo que la política quede al margen de las decisiones sobre el patrimonio. De hecho, defendemos la necesidad de tener una política de acción definida respecto al patrimonio. Nos referimos a que la sumisión al poder desvirtúa completamente el sentido de un trabajo en el museo comprometido con la historia ya que niega la posibilidad de construir discursos contrahegemónicos. Podemos considerar esta falta como un pecado original, ya que todos los museos han nacido en mayor o menor medida con este estigma, pero ello no es óbice para superarlo, y es particularmente sencillo cuando se trata de museos con una larga historia.

Ya hemos señalado que el museo lo es en tanto que utiliza el objeto, la cultura material, como instrumento que materializa la historia y construye el patrimonio. Como subraya Ballart en su reflexión, los objetos son emisarios y viajeros del tiempo (v. p. 104), testigos de su uso por parte de las personas que los crearon y por parte de los que las usan en la sociedad contemporánea. Los atributos de belleza o rareza que otorgamos a algunos objetos sin duda les confieren valor añadido, pero cabe destacar que el objeto de museo tiene valor en cuanto que es producto de la creación humana. Es interesante ver cómo la consideración de patrimonio está imbuida de valor, y por ello es contingente, cambiando con el tiempo. Consideremos, por ejemplo, los restos bioarqueológicos, obviados tradicionalmente de muchas narrativas históricas, e ignorados –y esto es más grave– en los protocolos de excavación como cultura material a documentar y a conservar.

El valor del objeto para un arqueólogo se acrecienta enormemente si se conoce el contexto de procedencia, de donde se obtiene mucha información, se establecen asociaciones y relaciones espacio-temporales entre los objetos, en secuencias históricas. La mayor parte de las colecciones del Museo de Prehistoria han procedido, desde su fundación, de trabajos de campo de sus propios miembros, lo que confiere un valor añadido a sus colecciones. Se pensó

así ya en 1927, lo cual es una concepción de museo ciertamente de vanguardia para aquellos años. El valor añadido de sus colecciones también reside en la continuidad de la investigación que hoy en día se desarrolla en el museo en algunos de los proyectos abiertos entonces (por ejemplo, en la Bastida de les Alcusses o en la Cova del Parpalló).

Dejando claro que el contexto lo es todo para la arqueología, podríamos estar de acuerdo en que ya pasó el tiempo de los gabinetes de curiosidades. Los anticuarios, las galerías y los museos de arte tienen una función ajena a la del museo que aquí defendemos. Desde esta perspectiva no tiene sentido adquirir objetos no contextualizados, ni mucho menos aquellos envueltos en la grave duda del expolio o en la sombra del comercio de antigüedades. No sólo por no ser respetuoso con esos mismos objetos ni con sus legítimos depositarios, sino por fundamentarse en una práctica ajena a la responsabilidad que los profesionales del museo tienen con el patrimonio y el registro arqueológico, y por contribuir indirectamente al ciclo de destrucción de los yacimientos.

La exhibición del objeto es la forma por excelencia que tiene el museo para comunicar conocimiento. No es la única, pero es la que uno espera al entrar a un museo: ver cosas del pasado. Lo que ocurre es que existe la propensión a aislar el objeto, a sacralizarlo, a través de una ambientación y distancia: no puede separarse tanto del visitante que no pueda acceder a información relevante. No debemos renunciar a comunicar a través de todas las “sensaciones” que transmiten los objetos (olor, sonido, tacto, sabor). A uno de nosotros le instruyeron con percepciones sensoriales, altamente subjetivas, durante los primeros años en que se formaba como arqueólogo. No era raro oír que la cerámica ibérica tiene un característico “sonido metálico” para distinguirla de otras cerámicas; o que algunas producciones de barniz negro se reconocen por el “tacto jabonoso” de su barniz; o que ciertas cerámicas romanas tienen la superficie rugosa como la “piel de naranja”. Si la subjetividad que nos transmiten los sentidos funciona en la esfera del inventario ¿por qué no lo va a hacer con los visitantes? ¿Por qué no dejar que los objetos transmitan sensaciones físicas poderosísimas? Esto no se puede hacer con todos los objetos, obviamente, pero los depósitos de los museos están llenos de fragmentos y piezas que pueden ser tocados sin riesgo a perderlos del elenco de bienes muebles del patrimonio.

Los museos de sitio, los yacimientos arqueológicos visitables, son también cultura material y de igual modo se ven afectados por el desarrollo de modelos de presentación inconsistentes. Es frecuente que, como resultado

del valor añadido que posee la ruina en el imaginario colectivo, el interés por conservarla “inalterada” sea más relevante en su gestión que las decisiones para hacerlos accesibles, o su valor arqueológico y didáctico. Es cierto que la ruina como tal, el resultado de la historia sobre una obra humana, está llena de significados como el paso del tiempo, el esplendor del pasado y la inevitable decadencia, y que por ello tiene un valor emotivo que no podemos dejar de valorar en la transmisión de nuestros mensajes; pero, ¿es legítimo tratar todos los restos como ruinas? Los yacimientos excavados y consolidados son el resultado de una intervención arqueológica, ¿por qué, pues, nuestro empeño en que conserven el aspecto del final de este proceso? Si conocemos el contexto, ¿no estaríamos en ese caso legitimados a poner en primer lugar la necesidad de comunicar el pasado y la ciencia arqueológica con honestidad? Es cierto que intervenir en un yacimiento arqueológico puede hacer que éste sea más expresión del presente que del pasado (v. p. 134), pero ¿cuándo la historia y la arqueología han dejado de serlo? Reconocer este hecho está en la base del pensamiento crítico en arqueología y en la difusión del patrimonio.

La didáctica es, además de una vía de comunicación en el museo, una de sus principales funciones. Pilar Sada defiende que la historia tiene valor educativo en cuanto que tiene la capacidad de modificar la forma de pensar y de comportarse, y en cuanto que permite la transmisión de la ciencia y su método, pero también lo puede ser en la transmisión de valores para la ciudadanía (v. p. 154 y 155). Ya se ha señalado que la historia aborda el estudio del ser humano de forma global; es pues posible poner en evidencia las estructuras de poder (dentro de las familias, entre géneros, entre grupos sociales), que tanto en el pasado como en el presente articulan, pero al tiempo constriñen, a la sociedad.

Los públicos son variados, como variadas son las circunstancias sociales, culturales y económicas de la comunidad. Ya ha quedado dicho que el patrimonio existe en cuanto que pertenece y sirve a una comunidad. ¿Qué sucede con los que no perciben el pasado como valor, o con la mayoría de personas que no lo conocen ni desean conocerlo? Si queremos acceder a ellos debemos multiplicar los lenguajes e integrar a especialistas en la comunicación y la didáctica en el proceso.

Ya expusimos que el visitante debe pasar de ser un sujeto pasivo a un agente activo. La expresión más clara e imperativa de esta necesidad son las relaciones con las comunidades locales que, entendemos, es un sector de los públicos singularmente importante. Es particularmente necesario intensifi-

car las relaciones en la gestión del patrimonio *in situ* con la comunidad legítimamente depositaria, con los “otros” propietarios y beneficiarios. Existen muchos agentes interesados en participar en la gestión de este patrimonio, sobre todo por ser un recurso potencialmente valioso para la economía local. El museo puede asumir modelos de gestión más democráticos, en los que cada agente sea corresponsable de la conservación, gestión y difusión, donde el museo se arroge el papel de moderador que articule todos los intereses legítimos que en torno a él surgen. Así y de nuevo, el científico abandona voluntariamente el centro de la construcción del pasado para enriquecer el proceso y a la sociedad. Él y el museo, en su vínculo con el territorio, pueden ejercer así un papel de agente de transformación y desarrollo para la comunidad.

Pero existen otras formas de corresponsabilizar a los públicos. El mero hecho de que en nuestra estrategia de comunicación, a través de las exposiciones y la didáctica, se haga hincapié en cómo sabemos lo que sabemos y en cuáles son los límites del conocimiento científico, permite relacionarse con los públicos dando herramientas para la reflexión. Otra gran vía de participación es la del diálogo, la accesibilidad integral a través de la diversidad, la flexibilidad y la activación de distintos niveles divulgativos. Crear espacios para que la voz de los visitantes sea oída y tenga una respuesta, dando lugar a nuevos discursos. En este marco, las políticas de calidad e Internet, la web 2.0 y la web social, son instrumentos óptimos que pueden favorecer el acceso físico e intelectual al museo, la divulgación de contenidos, el establecimiento de relaciones y la implicación de los usuarios en la vida de éste.

Es difícil de predecir el futuro, pero es innegable que la gestión del patrimonio, como la de otros sectores de la cultura, se va a ver afectada de alguna manera por los cambios sociales, tecnológicos y económicos del mundo contemporáneo. Desde estas premisas, estas páginas finales han sido, más que unas conclusiones, una aproximación personal desde la experiencia práctica de nuestros proyectos y nuestra reflexión a la luz de lo expuesto en los capítulos precedentes. No hemos pretendido dictar preceptos. Sólo someter al debate nuestro trabajo cotidiano y las formas posibles de abordarlo.

